Ece Temelkuran

Juntos



Un manifiesto contra el mundo sin corazón



Índice

Al pequeño Valentino:
me atrevo a prometértelo

ADIÓS, MUNDO SIN CORAZÓN

El mundo está grávido. El planeta está a punto de dar a luz a lo nuevo. Lo viejo ya hace tiempo que ha muerto, y el nacimiento se producirá antes de lo previsto. De ahí el dolor y la turbación.

En medio del ruido, oigo las palabras que susurra el nuevo mundo. La dignidad —dice— sustituirá al orgullo; la solidaridad superará al poder, y la amistad desplazará a la jerarquía. Los más jóvenes de entre nosotros ya lo saben. Por eso se muestran tan enérgicos.

Pero lo nuevo necesita un corazón. Un corazón cuyo latido azote la matriz anquilosada de las viejas instituciones, de la política hace largo tiempo fenecida y de la verdad compartimentada. Un corazón fuerte capaz de aunar toda la musculatura de la humanidad para dar el último empujón. El corazón de lo nuevo debe ser más potente que los poderes que intentan frenar su nacimiento. Porque este parto será el más difícil de todos.

Repara, estimado lector, en las graves condiciones de este nacimiento. Por segunda vez en la historia moderna nos enfrentamos a la cuestión del mal incomprensible. El mal radical que paraliza la mente. Antaño fueron las cámaras de gas. Hoy son los refugiados rechazados y abocados a la muerte. Es el hambre, el mar hirviente y el aire ardiente. Es el orgulloso descaro de los líderes autoritarios, la indiferencia de las instituciones políticas y la inhumana insensibilidad que se nos pide que adoptemos para sobrevivir. Es el nuevo fascismo como forma de espectáculo de masas, y la extenuación de vernos sometidos, en el universo digital, a las representaciones de lo peor de nuestra especie. Mientras tanto, nosotros, que optamos por creer que la humanidad puede hacerlo mejor, agotamos el intelecto global con nuestras diminutas discrepancias. Y hoy, en el siglo XXI, volvemos a plantear de nuevo preguntas arriesgadas: ¿es la naturaleza humana mala en esencia? ¿Somos posibles? ¿Merecemos existir siquiera?

El mundo está grávido. Pero no es lo nuevo lo que lo lastra con su pesantez, sino nuestra falta de fe en su nacimiento. Para dar el último empujón necesitamos un corazón que contraponer al mundo sin corazón, un corazón secular. Necesitamos una política progresista de las emociones que contraponer a la materia oscura del auge global del fascismo. Necesitamos principios estimulantes que nos permitan ver cuán numerosos somos. Porque este es ahora un mundo en el que los hechos no convencen a la gente; necesitamos, en cambio, un corazón, uno que sea capaz de aunar todas las protestas del planeta para

revertir la peligrosa corriente de la historia.

Lo necesitamos ahora, y ahora es tiempo suficiente.

Este es un manifiesto contra un mundo sin corazón. Es el nuevo vocabulario de la política progresista de las emociones. Porque ahora es el tiempo de lo nuevo, de lo hermoso y de lo humano.

UNAS PALABRAS ANTES DE EMPEZAR: UN TALISMÁN PARA NOSOTROS, POR AHORA

Como de nada sirve llorar, nos reímos, como dos pollos sin cabeza cacareando desbocados hacia el apocalipsis. El mundo se acaba, y hemos pasado los últimos diez minutos intentando separar meticulosamente el forro de plástico del papel de nuestros sobres.

Corren las primeras horas de una nueva mañana de finales de la primavera de 2020; llevamos apenas unas semanas de confinamiento y hace solo una que un enorme terremoto sacudió Zagreb. Ahora una nube de polvo se cierne sobre toda la ciudad. Somos dos mujeres de la misma edad plantadas en la calle Martićeva, junto a los contenedores de reciclaje, sosteniendo nuestros sobres de plástico de burbujas medio rotos y partiéndonos de risa juntas aunque no nos conocemos de nada.

Pero durante una fracción de segundo nuestras miradas se cruzan, y nos vemos la una a la otra y a nosotras mismas: el pelo revuelto, las mascarillas anticovid torcidas, clasificando nuestros desechos en los contenedores apropiados para obtener siquiera una pizca de control sobre estos tiempos de desecho en tanto a nuestras manos enguantadas en látex les está vedado arreglar ninguna otra cosa. Pirámides y revoluciones, sinfonías y viajes espaciales, la física cuántica y la *Mona Lisa*... y aquí estamos, a comienzos del siglo XXI, con pinta de ser los desechos de la historia humana.

Nuestra risa enfermiza pretende ahogar la pregunta, tan humana, de nuestro tiempo: ¿Es eso lo único que podemos ser ahora? ¿Lo único que podemos hacer?

«¿Y ahora qué hacemos?»

En 2019 se esperaba que yo respondiera a esta pregunta después de casi todas las charlas que daba, en incontables escenarios distintos, en innumerables países diversos. Tras la publicación de *Cómo perder un país* pasé casi todo el año hablando de la lógica de la maquinaria política que había engendrado toda la confusión, el miedo y la desesperación que estábamos sufriendo. Ningún país –explicaba– es inmune a la paralizante plaga política y moral de nuestro tiempo. Pero para cuando logré convencer a las relajadas audiencias occidentales de que ese nuevo tipo de fascismo estaba librando una guerra global contra el razonamiento humano básico, mis predicciones ya se estaban cumpliendo. Cada vez que terminaba una charla, durante unos breves momentos, invadía la sala el mismo pesado silencio justo antes de que

se iniciara la ronda de preguntas. Acabé comprendiendo que en aquella plomiza quietud muchos intentaban tomar una decisión crucial: «¿Pregunto por la forma de salir de esta locura invasiva o simplemente me voy a tomar una copa para olvidar?» Al fin y al cabo, muchos de nosotros pensábamos que las opciones que hasta el momento nos había proporcionado el mundo actual rara vez tenían más sentido que arrancar el plástico de burbujas de los sobres de papel. O eran aterradoramente inmensas, como la revolución total. El vasto espacio intermedio en el que transcurría la vida real apenas estaba en cuestión. Y en esa vida real, un periodo de la historia estaba llegando a su fin, aunque más bien parecía que era la humanidad la que se derrumbaba por completo.

Todos los *statu quo* tienen la capacidad mágica de engañar a las masas haciéndoles creer que, cuando el sistema se derrumbe, todo lo demás se derrumbará con él.

Todos los sistemas actúan así, como los temerosos marineros de la Antigüedad: te advierten de que, si te adentras en aguas inexploradas, te precipitarás por el borde del mundo. Eso es lo que dicen que nos está ocurriendo ahora. El sistema económico y político que hemos construido ha alcanzado su límite, y, al empezar a caer, amenaza con arrastrarnos consigo. Cualquier decisión que tomemos parece tan ineficaz como achicar agua con un cubo de un casco que se inunda. La enormidad del caos nos lleva a creer erróneamente que cualquier cosa que hagamos resultará demasiado exigua. Y al final tendemos a olvidar que nuestra especie es capaz de reinventarse incluso a través de las cosas más minúsculas.

Desde donde estoy, no distingo con claridad si es el instinto infantil de tratar con suavidad los objetos pequeños o una repugnancia adquirida lo que le impide agarrarlos con firmeza. Corre el verano de 2019, y Zeyno, una niña de cinco años, está recogiendo cosas en una playa desierta en la isla griega de Kálimnos. Las sujeta con la punta de los dedos y vuelve corriendo hacia la sombrilla. Pero luego, una vez que ha puesto a buen recaudo cada objeto, reanuda su lento caminar, escudriñando el suelo.

Cuando su empeño se vuelve manifiestamente persistente, dos mujeres de mediana edad empiezan a seguirla desde extremos opuestos de la playa. Su perezoso andar oculta cuidadosamente su genuina curiosidad mientras fingen que la sombrilla de Zeyno *se encuentra casualmente* en su camino. Se detienen a observar el misterioso montón.

–Trozos de plástico –dice una de ellas.

–¡Ah!, está recogiendo desechos –responde la otra.

Intercambian esa sonrisa afligida que esgrimen los adultos cuando se tropiezan con una muestra de entusiasmo. Zeyno, como una madre

ardilla que ha detectado el peligro, vuelve corriendo a proteger el nido. Tratando de recuperar el aliento, pronuncia un decidido discurso explicando que el plástico es muy, muy malo para la «madre Tierra» y que la basura puede convertirse en «arte», sí, de verdad. Después de acariciar a Zeyno en la cabeza en señal de aprobación, las mujeres hacen ademán de regresar a sus sombrillas. Sin embargo, casi en el mismo segundo, se detienen, recogen un pequeño desecho de la arena y vuelven para contribuir a la colección de la niña. Luego, en lugar de volver a tomar el sol, también ellas empiezan a escudriñar la arena. Invadidas por una inesperada vena poética de mediodía, recuerdan: incluso en estos tiempos de desecho, es nuestra predisposición inherente a crear belleza la que ha sustentado a nuestra especie cada vez que un sistema acababa en el cubo de basura de la historia. Y en cada colapso, pese a quienes creían que era el final de todo, esa esencia de nuestra especie ha sido la razón para renovar nuestra fe en la humanidad.

Cuando yo tenía la edad de Zeyno, todavía era capaz de escuchar el lenguaje mudo de las cosas. Había un cajón en nuestra casa que hacía las veces de sala de espera última para los pequeños objetos que ya no servían. La decisión sobre su destino se posponía constantemente: bolígrafos con un temperamento irritante que quizá un día funcionaran, cintas de envolver que esperaban a ser utilizadas para regalos de emergencia, las llaves oxidadas de puertas hacía largo tiempo desaparecidas, barras de labios parcialmente secas, un espejo de mano roto con vetas de antracita, peines de plástico descascarillados, y todo el etcétera de nuestra vida que ya no podía reclamar su propio lugar en nuestra casa. Todo aquello yacía allí a la espera de la próxima vez que mi madre decidiera echar nuestra vida por la borda. Pero su lamento, el inquietante llanto de los caídos que solo yo podía escuchar, resultaba insoportable para mis oídos.

Un día empecé a encolar todos aquellos miserables trastos, como una especie de operación de rescate. Poco a poco se convirtieron en extraños talismanes que colgaban en mi habitación. Al devolverlos al mundo como partes de un todo, pudieron volver a hablar.

Juntos no es diferente. Este libro es un talismán que reúne todas aquellas pequeñas cosas relativas a nuestra especie que no recordamos haber olvidado en los cajones de la humanidad. Solo si las soldamos entre sí podremos recordar cómo y por qué los humanos hemos logrado sobrevivir hasta ahora, y por qué hemos seguido optando por tener fe en nosotros mismos.

Leyendo mis palabras, observarás momentos aparentemente insignificantes, imágenes rotas, sueños parcialmente marchitos, ciudades jamás construidas y todo el etcétera del mundo. Esta es una nueva historia humana hecha con los retazos de las imágenes rotas de

nuestra especie.

Este libro talismán aborda diez opciones de la vida real para las personas como nosotros, las que nos molestamos en leer y escribir libros como este. No son decisiones que haya que adoptar en un futuro ignoto, sino ahora, exactamente donde y cuando las necesitamos. *Juntos* aspira a que, una vez más, optemos por nosotros mismos.

A algunos, estas opciones pueden parecerles demasiado delicadas para la brutalidad de nuestros tiempos. Sin embargo, *todo lo que tiene valor es frágil*; lo bello, lo humano y lo verdadero. Y cuando todo lo frágil se suelde de modo que configure una sólida historia de nuestra especie, solo entonces no sonaría extraño que yo de repente dijera: «Creo en ti.»

Pero, querido lector, para crear una nueva historia de nuestra especie, una historia mejor, te necesito. Necesito que tomes una decisión, y que la tomes ahora.

Ahora es una palabra demoledora.

Ahora es la imagen de una niñita que se queda paralizada a medio intento cuando le toca el turno de saltar la cuerda. Mientras las demás gritan –«¡Ahora! ¡Salta ahora!»–, la cuerda empieza a parecer la lengua de una serpiente. Cada uno de sus lametones al suelo anuncia a la niña que siempre es demasiado tarde.

Las personas como tú y como yo estamos como esa niñita, paralizadas a medio intento. Hay entre nosotros quien sigue buscando esperanza o ánimos para lanzarse, y hay quien ya se ha rendido, quien ha abandonado por completo el patio de recreo. Cada vez son menos los que preguntan por la forma de salir de la locura global. Muchos de nosotros decidimos en silencio buscar únicamente nuestra propia seguridad. Parece que *ahora* podría ser demasiado tarde. Demasiado tarde incluso para plantear la cuestión de ¿ahora qué hacemos?

Sin embargo, ahora es el momento de elegir creer: creer que somos algo mejor que desbocados pollos sin cabeza, que estamos destinados a la belleza y que no necesitamos aguardar a que vengan tiempos mejores para tener esperanza. El momento propicio es... ¡Ahora!

Y, si decides creer, te prometo que podremos saltar juntos esa maldita cuerda del tiempo.

1. ELIGE LA FE ANTES QUE LA ESPERANZA

En 2019 mi irritación ante la sempiterna pregunta de «Entonces, ¿dónde reside la esperanza?» se volvió tan autodestructiva que a finales de ese año reaccionaba a ella con sarcasmo. Fantaseaba con la idea de entregarle a la siguiente persona que se atreviera a hacerme la pregunta un menú del Restaurante Esperanza. Imaginaba una pintoresca *brasserie* que servía como plato fuerte un Guiso para Recobrar la Cordura. A los comensales se les ofrecería un tazón de Democracia servida en una rica salsa de Políticos Sensatos y Maduros tras haber evaporado toda la Agitación Global. Pero, por supuesto, allí donde hay sarcasmo siempre hay una congoja mal curada.

Ya es de dominio público: mi país, Turquía, es un sitio difícil para vivir. Durante años, tan solo un pequeño número de personas han logrado hacer lo suficiente para cambiar el sangriento rumbo de los acontecimientos. Y durante esos largos años el resto de Turquía ha estado reclamando esperanza. He escuchado esa palabra demasiadas veces en boca de personas que no han hecho lo bastante ni de lejos, tantas que la propia palabra empezó a sonarme como una muleta emocional para aquellos que simplemente no se atrevían a dar la cara.

Hoy, el mundo occidental, que desde el siglo XVIII ha pretendido ser un refugio seguro para el individuo, para el librepensador, también se está convirtiendo en un sitio difícil para vivir. Los europeos y americanos estamos aprendiendo a sentirnos cada vez menos como individuos protegidos por leyes y códigos morales y más como conejillos de Indias de un experimento masivo para medir nuestra capacidad de soportar interminables desafíos morales y políticos. Occidente también está experimentando lo paralizante que resulta presenciar tragedias cuando estas se entremezclan con irracionalidades, servidas con despiadadas mentiras por bufonescas figuras políticas que a veces se asemejan más bien a Darth Vader. Todos conocemos ya el efecto insensibilizador de ser bombardeados con desvergüenza desde las altas esferas de la política, y sabemos cómo esta refuerza la crueldad en la vida cotidiana. La inmoralidad se envuelve en una identidad cultural y política, y se presenta como «la libre elección de la gente real». Y como hemos presenciado durante la pandemia de 2020, esta locura puede costar cientos de miles de vidas humanas.

El único aspecto positivo de este laberinto político y moral de alcance mundial es que ahora estamos todos juntos en él, ningún país

se salva, y por eso debemos aferrarnos unos a otros para encontrar la salida. Pero se me parte el corazón cada vez que oigo a personas de otros países, que acaban de entrar en el laberinto, cometer exactamente los mismos errores mientras preguntan por la esperanza.

Sin embargo, hay un problema mucho mayor que mi irritación. Dado que estos tiempos confusos nos brindan las representaciones más feas y rastreras de la humanidad, tarde o temprano aflora un pensamiento peligroso: «¿Están los humanos fundamentalmente corrompidos?» En la medida en que esta virulenta cuestión se hace cada vez más frecuente, está empezando a socavar nuestra razón esencial para existir y actuar. Es como aquella escena de la película de Luc Besson *El quinto elemento* en la que Leeloo, que debía salvar al mundo, descubre la brutalidad de los humanos y decide que no merecen que nadie los salve. Y en nuestro caso puede que un beso apasionado de Bruce Willis no baste para convencernos de lo contrario. Hay una nueva generación que crece cuestionándose si los humanos merecen existir tanto como otras especies. Y no es fácil persuadirla de lo contrario cuando los representantes inmorales de la humanidad y sus frenéticos devotos están apurando los límites de lo que moralmente somos capaces de soportar.

En una charla que di en el Festival de Edimburgo, intenté hacer todo lo posible para llevar a cabo parte de esta labor de persuasión. Tras decirles a los asistentes que *esperanza* era una palabra demasiado débil para la tarea requerida y que solo nos salvaría nuestra determinación intrínseca de crear belleza, pensé que lo había logrado. Sin embargo, después de la charla se me acercó una mujer con un hermoso cabello gris. Llevaba una cruz colgada al cuello.

–No sea impaciente con ellos porque pidan esperanza –me dijo.

No perdió el tiempo en intercambiar palabras corteses, como suele ocurrir entre autores y lectores. Fue directa al grano. Así que hice lo mismo.

–Lo soy... –respondí–. De hecho, el mundo entero se está desmoronando, y podemos hacer algo más que pedir esperanza. ¿Y si no hay esperanza? ¿Nos quedamos de brazos cruzados y aceptamos nuestro destino? O incluso una pregunta más peligrosa: ¿y si hay esperanza? ¿Estarán dispuestos a hacer lo que haga falta?

Me cogió la mano con suavidad y la sostuvo en el aire, con compasión pero con firmeza, como si rescatara a un pájaro que se hubiera colado en un interior. Su aspecto era el de una de esas raras mujeres que se han ganado cada arruga de su rostro.

–Cuando hablan de esperanza se refieren a otra cosa. –Posó mi mano sobre la mesa como si fuera a confiarme un secreto–: Piense en la fe. –Debió de ver que miraba su cruz con la expresión de suficiencia de quien cree saberlo todo, así que añadió, con una sonrisa indulgente–:

No me refiero a la de tipo religioso.

Y eso hice.

–Vale, esto es lo que haremos. Nos situamos en el centro de la terminal y empezamos a girar con los ojos cerrados. Cuando nos detengamos, abrimos los ojos, y, sea cual sea la ciudad que veamos en los letreros que tengamos delante, allí vamos.

Se me ocurrió ese reto en la primavera de 1991 en la estación central de autobuses de Ankara, la capital de Turquía, con un grupo de amigos, todos igualmente aburridos de estudiar derecho. Consistía en conseguir volver a casa desde el lugar en el que acabáramos. Solo teníamos el dinero necesario para llegar al destino; el resto dependía de nuestra capacidad de supervivencia, alimentada por nuestra ilimitada confianza en nosotros mismos. Tras dar los decisivos giros, nuestro destino quedó sellado: Trebisonda, una ciudad del mar Negro cercana a la frontera con la Unión Soviética, que se había desintegrado aquel mismo año. Y así, menos de doce horas después del momento en que habíamos empezado a girar, estábamos deambulando ociosamente por un nuevo mercadillo callejero, levantado a toda prisa, que los lugareños llamaban el «Bazar Ruso». Aquí el régimen caído convertía los objetos cotidianos del pueblo en recuerdos del socialismo fallido.

Desde la caída de la URSS, las medallas por las que la gente había muerto y matado se habían convertido en accesorios de moda para los abrigos de los estudiantes universitarios... y Dios sabe qué sería de todas aquellas viejas máscaras de gas. Entre los voluminosos termómetros, las recias pieles y los cinturones militares había pendientes de cerámica a los que les faltaba la pareja, teteras decoradas con hojas de té aún en su interior y platillos sin su taza. El giro de la historia había sido tan repentino que ni siquiera había habido tiempo de lavar los platos. El bazar se hallaba inusualmente silencioso, no solo porque los vendedores aún eran novatos en la economía de libre mercado, sino también porque ahora se dedicaban simplemente a vender sus vidas.

Un aliento demasiado cercano me provocó un cosquilleo en la nuca:

–¡Eh, Natasha! ¿Sexo?

El mugriento susurro del joven me hizo desear frotarme la oreja para limpiarla. Al encontrarme con su mirada lujuriosa, retrocedí de un salto y respondí apresuradamente:

–No soy rusa.

La disculpa llegó igual de rápida:

–¡Vaya, lo siento, hermana!

Natasha era un nombre común para referirse a las mujeres rusas que estaban en venta, y yo tenía la suerte de ser hija de una ideología que

todavía era oficialmente viable: el capitalismo. Estaba fuera del mercado. Estaba a salvo.

De repente las mujeres del mercado se volvieron inseparables de los artículos colocados en las mesas, y sus precios se hicieron visibles. El silencio pasó de melancólico a repugnante. Mientras en los laboratorios de ideas occidentales se iniciaba el carnaval de «El socialismo ha muerto» y algunos bandidos rusos con mentalidad empresarial se convertían en incipientes oligarcas, también había hombres en mercados como este, en los países que rodeaban a la antigua URSS, que no vendían más que una cajita de caviar y una botella de vodka ruso. Con una mirada totalmente inexpresiva, fumaban cigarrillos baratos, exhibiendo bigotes marxistas que de la noche a la mañana se habían convertido en maquillaje de teatro de época. Quienes fuimos testigos de aquellos días recordaríamos luego que lo único más devastador que la muerte de un viajante era su forzado nacimiento prematuro.

«El capitalismo necesita un reinicio», proclamaba la portada del *Financial Times*.

El periódico casi formulaba una súplica a las negligentes deidades encargadas del dinero. Aunque los sabios de la economía de libre mercado llevan años diciendo en sus restringidas cumbres que el capitalismo ha entrado en una vía muerta, el anuncio público seguía resultando estremecedor. Como si al pronunciar la propia palabra *capitalismo* el periódico admitiera que se trataba solo de un modelo económico y político de naturaleza finita, y no del estado natural del mundo. Sonaba como una confesión del propio capitalismo: hay vida más allá del modelo, o al menos más allá de esta versión salvaje de él.

Actualmente, aunque hay cada vez más gente consciente de que estamos asistiendo al colapso de un modelo económico, la cuestión puede seguir pareciendo surrealista. Pero ¿qué aspecto tendría un mercadillo callejero del capitalismo colapsado? Junto con los miles de millones de artículos totalmente innecesarios, apuesto a que habría montones de libros de autoayuda sobre el éxito individual y otros no menores de esos libros que afirman que no pasa nada por fracasar. Los dos montones más grandes, sin embargo, serían los de los libros que tratan de reinventar la esperanza y los de las distopías carentes de ella. En mi mente, nos imagino sonriendo con desesperación mientras contemplamos esos dos montones de recuerdos que casi se anulan mutuamente. Y nosotros, la gente, tendríamos el mismo aspecto –bueno, más o menos– que tenemos hoy: el de víctimas de un proyecto fallido, perdidas y confundidas. Tal vez solo nuestros filtros de Instagram nos harían tener mejor aspecto que aquellos antiguos

ciudadanos de la URSS en los bazares rusos. Pero tarde o temprano tendríamos que reconocer que lo que convierte a los humanos en andrajos es la pérdida de rumbo, así como nuestra capacidad de creernos lo bastante competentes para encontrar uno nuevo. Es eso mismo lo que hoy nos hace preguntarnos: «¿Están corrompidos los humanos y, por ende, resultan superfluos?» Es lo que nos hace perder la fe en la humanidad.

Fe es la única palabra que puede dar cabida a la vez a todos esos conceptos que parecen estar hechos añicos: autoestima, confianza, seguridad… La palabra *fe*, sin embargo, nos obliga a transitar por la linde que separa la poesía del nebuloso reino de la teología. Ambas esferas requieren un vocabulario distinto del que puede ofrecer este librito mío. La fe suena a religión porque durante miles de años nos hemos acostumbrado a hacer de Dios o de los dioses la estrella polar de nuestra capacidad de creer. Lo más fácil ha sido permitir que el misticismo monopolizara el concepto de fe, puesto que nuestro talento para creer resulta demasiado aterrador para ubicarlo en lo mundano. La propia palabra encierra un peligroso potencial, casi explosivo. En consecuencia, siempre ha sido más seguro enmarcar ese ilimitado poder nuestro en lo divino y desplazar su origen fuera de nuestro yo mortal.

En general la izquierda se ha mantenido apartada del concepto, incluso se ha mofado de él, como hice yo con la cruz de aquella mujer en Edimburgo, debido a que –aparte de cualesquiera razones filosóficas– la palabra *fe* tiene la costumbre de descontrolarse. Crea una peligrosa relación entre los mortales, convirtiéndolos en ciegos seguidores y –no pocas veces– en bestias crueles. Solo cuando aceptemos la idea de Dios como una invención nuestra –es decir, algo imposible de contaminar y, por ende, el más seguro intermediario entre nosotros y los demás en este despiadado mundo– conseguiremos acomodar la fe a esta nuestra realidad mundana.

Dejaré a Dios en el ámbito de la poesía y la teología, y, en su lugar, ofreceré algo más parecido a la molesta sacudida que le damos a alguien que se queda dormido en la nieve al aparente calor del cinismo y la depresión. He aquí otro reto para poner a prueba estas reflexiones sobre la fe en lo humano, esta vez en un lugar sagrado: la Basílica Palatina de Santa Bárbara, en la antigua ciudad italiana de Mantua.

Resulta casi imposible para alguien procedente del mundo musulmán suní imaginarse dando un discurso sobre un libro político en un lugar sagrado. Si eres una mujer que tiene que entrar en la mezquita por una puerta lateral, tratando de ocultarte a la vista de la

congregación mayoritariamente masculina, constituye una sensación de lo más extraña entrar en una iglesia y ser recibida en el altar. Sin embargo, aquí estoy, en esta basílica del siglo XVI, aturdida por el eco de mi propia voz cuando digo: «No creo en Dios, sino en los humanos.»

Incluso cuando afirmo que no necesitamos la religión para tener fe y confianza en los demás, la reverberación envuelve mis palabras en un cierto aire de divinidad. El silencio pasa del atribuible a la habitual curiosidad de los oyentes al característico de la gozosa unidad de una congregación cuando pronuncio las palabras «fe en la humanidad» y «la belleza de lo humano». Oigo suspiros de alivio.

Al fin y al cabo, estamos en Italia: cuando el resto del mundo occidental aún no había atisbado en nuestros tiempos el menor rastro de demencia política y moral, los italianos ya tenían a Silvio Berlusconi, que era más divertido que Boris Johnson y mucho más peligroso que Donald Trump. Fue la primera nación de Europa que experimentó el brusco giro de la historia, mientras el resto de Occidente creía que se trataba de una locura mediterránea de naturaleza transitoria. Hoy están hartos de la vergüenza de verse representados por los peores de entre ellos, lo cual, pese a tener climas más fríos, ocurre también ahora en las democracias más maduras y los países económicamente más formidables.

Cuando bajo del altar me reciben ojos llenos de lágrimas y abiertas sonrisas, lo que por un instante me hace sentir como una falsa telepredicadora. Pero en cuanto mi cinismo se desvanece me doy cuenta de que eso es lo que ocurre cuando se utilizan las palabras como un masaje cardiaco para reactivar el corazón humano que hace miles de años inventó a los dioses y, antes, la propia fe. Es el único mecanismo humano que puede curar nuestra profunda sensación de fracaso y el odio hacia nosotros mismos que de ella se deriva. Porque está ahí, sigue funcionando, aun después de cientos de catástrofes y miles de tiranos, cada vez que parece que nuestra humanidad ha sido abandonada. No es un «Sí, podemos» sin rumbo concreto, sino más bien una forma de recordar a la gente su capacidad para encontrar un nuevo rumbo, y la necesidad de tener fe en su propio poder. La conveniencia de la palabra *fe* proviene del hecho de que ya la conocemos, y de que no requiere pruebas ni puede refutarse.

–¿Tiene usted esperanza en su país? –le preguntó un periodista a la actriz iraní Golshifteh Farahani mientras su patria se resistía de nuevo al totalitarismo islámico.

Durante una fracción de segundo ella guardó silencio, como si la pregunta le incomodara. Luego dijo:

–No tengo esperanza de que el fuego arda. No tengo esperanza de

que el agua fluya. La naturaleza humana es ser libre. Irán será libre.

Resulta comprensible que una mujer tan valiente, que abandonó su país para hacer realidad su pasión, piense que la libertad es parte integrante del carácter humano. Sin embargo, si observas a una serie de personas lo bastante diversas, te das cuenta de que en realidad es difícil demostrar que los seres humanos poseen tan altos méritos. Una vez se basa en esas elevadas expectativas, la fe en la humanidad se convierte en una teoría precaria. No es la maldad radical que hiberna en el ser humano la que me lleva a decir esto; es nuestra capacidad tan frecuente de ser exasperantemente banales, de mostrarnos vacuos y sumisos. Nuestra concepción de la naturaleza humana no puede limitarse a los seres humanos reales, ya sean exasperantemente mediocres o asombrosamente interesantes. «Tiene que haber algo más», dice mi necesidad de creer en lo humano y, por lo tanto, de creer en ti.

*

–Es una de las atracciones más populares de la ciudad.

La encantadora voluntaria del puesto de libros del Festival de Ideas me habla de un itinerario denominado «La Bristol jamás construida». Me entrega un folleto que reza: «Acompaña al historiador local Eugene Byrne en un recorrido a pie por cosas que no están ahí.» Byrne, que escribió un libro con el mismo título, te lleva por toda la ciudad para hablarte de todos los proyectos que nunca llegaron a realizarse. De modo que te pasas el día viendo cosas que no existen. El folleto te aconseja que lleves un calzado cómodo y traigas tu imaginación.

La cuestión no es «¿qué es lo que hay que ver cuando no hay nada?», sino si la ciudad jamás construida ha dejado de ser inexistente desde el momento en que puedes pasearte por ella. Si adaptamos la cuestión al mundo en su conjunto: ¿Debemos juzgar a la humanidad solo por sus logros y fracasos materiales? ¿O sería más justo incluir también sus aspiraciones?

El hecho de que muchas de ellas sean proyectos no realizados no hace menos reales las aspiraciones humanas, con tal de que sepamos reconocerlas. Si se organizara un «Paseo por el mundo jamás construido» a través de la historia de la humanidad, haría falta algo más que un buen calzado y la mera imaginación. Para que nuestros ojos vieran la determinación humana de crear belleza, necesitaríamos compasión y convicción moral. Esta postura resultaría de gran ayuda y apoyo para la humanidad actual, puesto que, pese a todo su ostentoso cinismo, esta, desesperada aunque secretamente, sigue teniendo fe. No le resulta fácil admitirlo. No es tan distinta de mí, luchando con la palabra *esperanza*, resistiéndose a su necesidad de creer.

Un grupo de neoyorquinos intentando borrar esvásticas de las ventanas del metro en las primeras horas de la mañana; un anciano analfabeto llevando leña a una biblioteca infantil que ha construido él mismo en una pequeña población de Anatolia; miles de manifestantes libaneses cantando «Baby Shark» para dormir a un niño que se ha quedado atrapado en un atasco; residentes de Hong Kong arrebatando a sus amigos de manos de la policía fuertemente armada; mujeres chilenas enfrentándose bailando a la brutalidad policial; escolares irlandeses organizándose para impedir la deportación de su amigo nigeriano… Estos son solo algunos de los cientos de momentos que la gente ha compartido en las redes sociales en los últimos años. Los compartimos porque queremos creer en lo humano, y reavivar nuestra fe siendo testigos de su determinación de crear belleza. Como si tratáramos de curar a los medios de comunicación de su obsesión por las irracionalidades y tragedias de los que rebosan, compartimos entradas en las que aparece gente corriente haciendo lo correcto. La popularidad de esas entradas y la dolorosa alegría que sentimos al compartir esos momentos constituyen solo una prueba más de nuestra eterna necesidad y capacidad de creer en lo humano.

Cabría pensar que la parte más difícil de esta fe es tener una formidable convicción moral, o perdonar a la gente más de lo que los piadosos perdonan a Dios. Pero, entre varios otros retos, el más difícil reside de hecho en un lugar aparentemente menos importante. En ti. Ese es el mayor desafío de todos.

–Sit autem puero huic incredibili conscious, sine fine amore et roboris habitat. Sit huic puero nisi obviam populo…

Estoy de pie en el centro de mi piso de Zagreb leyendo un papel en latín. El pequeño Valentino ocupa el centro de la habitación. Lo sostienen su padre, Víctor, que es español, y su madre, mi íntima amiga Burçak, y ambos sueltan una risita. Ahí, en el corazón de nuestro tonto ritual, subyace un compromiso serio: me estoy convirtiendo en la madrina laica de Valentino. Y estas son las palabras que nos unen:

> Que Valentino solo traiga alegría, prosperidad y buena fortuna allá donde vaya. Que vea el mundo entero y comprenda a la humanidad mejor que sus antepasados. Hoy, hijo mío, con el permiso de tu madre y de tu padre, me convierto en tu madrina laica. Por el presente acto prometo ser tu protectora, tu guía y tu compañera durante el resto de mi vida.

Hacia el final de la ceremonia, con una expresión de «¿qué coño…?» en la cara, Valentino, que tiene nueve meses, rompe a llorar por culpa de mi espantoso tono eclesiástico que imita las escenas de bautismo de

las películas. Y, como crueles adultos, nosotros nos reímos aún más de su ceño fruncido.

Pero en realidad no hay nada de lo que reírse. Porque resulta trágico que nosotros, personas que queremos creer en lo humano, carezcamos de rituales estructurados de naturaleza no religiosa que puedan sellar nuestras promesas mutuas. Prometer a un niño que estarás presente en todo momento es un asunto serio; teniendo en cuenta que ni siquiera doy de comer a las palomas que se acercan a mi ventana, por miedo a decepcionarlas algún día, este es un gran salto para mí. Al hacer esa promesa no solo adquiero la responsabilidad de estar presente, sino que también debo tener fe en mí misma para realizar la tarea.

Este, amigo mío, es el mayor reto que me he propuesto. Presenciar guerras, arriesgarte a morir o a otros peligros de la vida no es nada comparado con el miedo derivado de un riesgo así. La parte más difícil, y la más divina –¿puedo emplear la palabra?–, de tener fe en lo humano es tener que creer en uno mismo.

No tengo claro si la mujer de pelo gris de Edimburgo se refería a todo esto cuando me dijo que pensara en la fe. Pero lo que ahora entiendo es que es inútil luchar contra el poder mágico de lo humano que solo la fe puede engendrar. Y la esperanza es solo una tímida palabra clave que delata esa necesidad de fe. Los movimientos políticos actuales, esos que se empeñan en dar un nuevo rumbo a la humanidad o proponen una salida de nuestro laberinto político y moral, no deberían descuidar la necesidad y la capacidad de la gente de tener fe. Por muy explosiva que resulte la palabra *fe*, también reside en el mismo núcleo de la cuestión de la acción política. Todos deberíamos aceptar que la fe es y puede ser la única razón para actuar cuando todo está perdido.

Porque creer nos da la capacidad de hacer promesas y la determinación de cumplirlas; de crear belleza, de todo tipo. Mi mano no acaricia la tuya mientras lees el menú del Restaurante Esperanza. Te arrebato el menú-esperanza y apoyo un dedo en tu pecho, diciendo: «Creo en ti. Y tú puedes creer en mí. Debes hacerlo.»

2. ELIGE LA REALIDAD ÍNTEGRA

La jaula es tan pequeña que el oso apenas cabe dentro. Se golpea la cabeza contra los barrotes de hierro; por sus viejas costras marrones se aprecia que sale sangre nueva. Tiene la boca completamente abierta, en un rugido inaudible. La pelícana y yo nos detenemos a observar juntas al oso. Ella me ha traído hasta aquí arrastrando su ala rota. Y ahora sus ojos redondos y brillantes –único signo de vida en su cuerpo cubierto de barro– oscilan entre su amigo y yo. No hace falta conocer el lenguaje de las bestias para escuchar su grito: «¡Socorro!»

El Hotel Hilton era el lugar más seguro de Erbil –en el norte de Irak– para los periodistas, los espías y todos los demás visitantes habituales de los territorios devastados por la guerra. Los agujeros recién abiertos en sus paredes por los misiles antitanque contrastaban con la ebria sonrisa de los milicianos kurdos fuertemente armados que custodiaban la puerta protegida con sacos de arena. Pocos días después de la ejecución de Sadam Huseín, las turbulencias habían vuelto a la región: se estaba remodelando Irak mediante negociaciones internacionales empapadas de petróleo.

Mientras tanto, en el bar de la azotea del Hilton, los empresarios supranacionales –los únicos rostros alegres en aquellos tiempos– hacían tratos y bebían con trabajadoras sexuales traídas clandestinamente desde Bagdad por un proxeneta turcomano. La peluca torcida del fornido joven oscilaba mientras él tocaba un teclado Casio, proporcionando el entretenimiento musical del bar, más aún cuando negociaba los precios de las mujeres. Una chica «sobrante» se quitaba obsesivamente el esmalte de uñas en un rincón oscuro, revisándose las manos cada vez que les daba la luz que reflejaba la pequeña bola de discoteca.

Como siempre, corrían óptimos tiempos para unos pocos y pésimos para el resto, pero nadie se interesaba en el zoológico abandonado de detrás del hotel. Si yo hubiera mencionado a aquellas dos almas desamparadas –el oso moribundo de locura y su estoica camarada la pelícana–, nadie habría creído que fueran reales. El momento que vivíamos estaba, una vez más, demasiado saturado para dar cabida a historias reales.

La realidad es un vasto territorio, que además abarca el reino de lo mágico. De hecho, la magia germina sobre todo en la realidad. Un día cualquiera podemos ver una decidida amapola abriéndose paso a través del hormigón, tomarnos tiempo para observar la fuerza

incomparable de un frágil bebé recién nacido, o bien, mientras caminamos por la calle con los hombros encorvados, divisar de repente un grafiti que responde a todas nuestras preguntas.

Pero cuando los tiempos son extraordinarios o confusos –como ocurre hoy– puede parecer ingenuo decir que la realidad es el auténtico hogar de lo mágico. En tiempos así, cuando la palabra *real* se vuelve aterradora, evocando tan solo la tormenta de mierda perfecta que se desarrolla al otro lado de nuestra ventana, muchos de nosotros hacemos un pacto secreto con la vida. Intentamos constantemente calcular la distancia óptima a la que debemos mantenernos de la realidad: lo bastante cerca para no perder completamente el contacto, pero lo bastante lejos para no resultar heridos. Sin embargo, la realidad tiene la retorcida costumbre de la venganza; tarde o temprano se vengará de quienes creen que se han mantenido seguros e impolutos evadiendo astutamente el polvo y el barro que desprende.

–No, no. Es demasiado tarde. No puedo olvidar quién es en realidad, ni siquiera cuando estamos haciendo el amor. Resulta exasperante.

Una de mis amigas de Estambul tenía un matrimonio razonablemente cómodo y tolerablemente aburrido, y, como muchos matrimonios de ese tipo, se suponía que iba a durar para siempre... hasta que un día dejó de hacerlo.

Ella había elaborado una larga lista de las razones «oficiales» de su ruptura, que ofrecía a los parientes curiosos y al círculo menos íntimo de sus amigos; pero de hecho ninguna de ellas había sido el factor decisivo. «¿Cómo pudo...? Quiero decir, ¿cómo podía alguien no bajar a la plaza aquellas semanas? Ni siquiera una vez», reflexionaba. La razón secreta de su divorcio resultaban ser las protestas de Gezi.

En el verano de 2013 mi país se rebeló. El corazón de las protestas, que se extendieron por toda la nación y abarcaron todas sus facciones políticas, fue el parque Gezi, situado en la plaza Taksim de Estambul. Y el piso de mi amiga resultaba estar a cinco minutos a pie del meollo. Aunque hasta entonces ella había sido orgullosamente apolítica, eso no le impidió ir a Taksim, a veces solo para ver qué pasaba, y en otras ocasiones para unirse a la protesta. Se estaba haciendo historia, y permanecer al margen no era una opción para ella.

En cambio su marido, gestor de fondos de alto riesgo, consideró «toda aquella farsa» primero infantil, luego peligrosa, y, en general, demasiado radical para sus gustos conservadores. Las cuestiones que motivaron su ruptura no eran en absoluto de naturaleza política; eran más sencillas, pero más cruciales:

«¿Cómo no puede ni tan siquiera sentir curiosidad?»

«¿Qué voy a hacer con un hombre tan indiferente durante el resto de

mi vida?»

«¿Vamos a encerrarnos en un castillo a ver pasar la vida por la ventana?»

Al intentar describir lo que sentía cada vez que él la tocaba, mi amiga no podía decidirse entre «repugnancia» y «vergüenza ajena»: «Ya ni siquiera puedo besarle, ¿sabes?»

Aquel mismo año, varios matrimonios y relaciones de amigos y conocidos míos se rompieron por la misma razón. Sin embargo, también se iniciaron muchas nuevas. En 2014 quienes no se atrevían a entrar en contacto con la realidad se encontraron con que quienes sí lo hacían ya no les besaban. Y los que se sumergían en el polvo y el barro de la realidad no podían soportar el sabor a tofu de los que preferían confinarse en sus castillos.

Sin embargo, adoptar esta postura «tofu» ante la realidad no es una opción individual. De hecho, ya desde finales de la década de 1970, cuando el negocio del miedo a la realidad empezaba a despuntar, la mayoría de nosotros comenzamos a vernos influenciados por él. Y desde entonces el sistema económico, potenciado por la cultura dominante y una percepción conservadora de la moral, ha seguido imponiéndonos la idea de que el mundo es un tremendo embrollo del que todos tenemos que protegernos. En la década de 1980, la idea de construir nuestras propias realidades individuales, impolutas y proporcionales a nuestro poder adquisitivo, había pasado de ser inmoral a convertirse en algo normal. La realidad mundial había empezado a parecerse a una enfermedad incurable que solo tenían que sufrir los pobres y los desdichados. Para mantenernos sanos, debíamos esforzarnos, y comprar espacio y tiempo personales, a fin de que nuestras realidades individuales estuvieran completamente libres de la asquerosa carga del mundo.

Imaginarnos exentos de la carga política y moral de tener capacidad de acción ha resultado de lo más liberador. Y en este nuevo montaje, si la injusticia todavía te hace sentir incómodo, puedes aliviar tu conciencia con pequeñas buenas obras, como arrojar unas monedas a una organización benéfica online o proyectar un poco de energía positiva. O siempre podéis tomaros de la mano y repetir la nueva consigna de nuestra época: conocer la diferencia entre las cosas que podemos cambiar y las que no, y aceptar estas últimas. Aunque la peligrosa bestia de la realidad parecía estar a buen recaudo en una jaula, en realidad éramos los humanos los que teníamos vetado entrar en su reino.

A cambio de ser exiliados de la realidad, se nos ha sobornado con una infancia interminable, el derecho a la despreocupación eterna. Ya

se encargarán los adultos de los aburridos asuntos de la realidad. Como los Peter Pan de la historia, puede que no hayamos sido la más orgullosa de las generaciones, pero sí la que exhibía una sonrisa más abierta. Ni siquiera recordábamos haber olvidado los tiempos en los que las cosas eran distintas. Lo que vivieron las generaciones anteriores, menos temerosas de la realidad del mundo, se había borrado de nuestra memoria.

–Pero entonces quizá sea imposible borrar ese recuerdo –le dije a Ali en su piso de Zamalek, en El Cairo.

Tras un largo día hablando con los manifestantes de la plaza Tahrir, estaba cenando con mis nuevos amigos de Egipto y Túnez. Desde hace diez años, Ali y su esposa Ranwa dirigen Expresión Digital Árabe, una plataforma creada para educar a los jóvenes en el ámbito digital. Muchos de los nuevos activistas más prominentes de la plaza eran de hecho antiguos alumnos suyos. Se suponía que íbamos a hablar de los acontecimientos de la jornada, pero entonces, mientras ojeaba su biblioteca, vi algo sorprendentemente familiar.

–¡Ah!, ¿es *El pececito negro* de Samed Behrengi? Fue el primer libro que me leyó mi madre...

–Mi padre fue el primer editor del libro en Palestina –me dijo Ali con la voz entrecortada.

Recordamos juntos la historia: el pececito negro sale de casa para descubrir el Gran Mar. Se encuentra con varias criaturas, pero acaba atrapado en la bolsa de un pelícano. Allí conoce a muchos otros pececitos y los convence para luchar juntos. Entonces aúnan sus fuerzas y se liberan del cruel pelícano... Nuestras voces se superponen:

–Porque los pececitos son fuertes cuando están juntos.

Gracias a la historia similar de nuestras tierras, la risa que compartimos estaba teñida de hastío: a su padre lo habían perseguido por publicar aquellos libros, y a mi madre la habían encarcelado cuando luchaba contra los pelícanos. Era un giro irónico de la historia que ahora ambos nos encontráramos viviendo un movimiento de resistencia, como dos pececitos negros ya adultos, y recordando los acontecimientos de la sangrienta década de 1970, cuando personas como nosotros, de la generación anterior, habían sido asesinadas, encarceladas, exiliadas y torturadas en todo el mundo por rechazar un sistema en el que los peces grandes se comen a los pequeños o el poder de los pelícanos les otorga siempre la razón. Y ahí estábamos, procedentes de diferentes países, nadando juntos de nuevo para cambiar la realidad. Era realidad, no magia.

Ocho años después, en Bruselas, elegí *El pececito negro* para leérselo a Nova, que entonces tenía nueve años, a la hora de acostarse. El libro había sido mi regalo de cumpleaños. Curiosamente, aquella era la primera vez que leía el libro por mí misma. La historia era tan bonita como la recordaba, y yo intentaba imitar la animada lectura de mi madre, sobre todo la parte en la que el pececito negro organiza a los demás pececitos para vencer al pelícano.

Pero entonces, al escudriñar las palabras antes de leerlas, me topé con unas líneas que nunca había oído antes: «Y el pececito negro nunca volvió a casa y nadie volvió a saber nada de él.» Dejé escapar una risa amarga –probablemente algo aterradora para la niña– y me detuve.

Nova, mi pececita, tenía curiosidad por saber el final:

–¿Y luego? ¿Qué pasó después?

Así que lo terminé:

–El pececito negro volvió a casa y contó todas las cosas maravillosas que había visto en el Gran Mar. Todos los peces quedaron fascinados.

Parecía que, cuatro décadas antes, mi madre me había engañado haciéndome creer que la historia tenía un final feliz. Era una forma bastante astuta de sentenciar el destino de una niña como narradora, de moldearla como una persona que va en pos de la realidad para atrapar la magia. Así que decidí imitar a mi madre, optando por leer el final que ella había creado para mí, con la esperanza de que al crecer la propia Nova se convirtiera en una pececita que no tuviera miedo de la realidad y que prefiriera la razón a la fuerza. Al fin y al cabo, es raro que la realidad nos pase el balón y nos permita marcar un gol en nombre de lo mágico y de lo bello. Hay que atacar como Maradona –incluso con la mano de Dios– siempre que se pueda. Y yo soy parte de esa realidad, como lo fueron en su día el padre de Ali y mi madre. Pero aunque la realidad no nos ofrezca la posibilidad de marcar un gol tan fácilmente contra el predominio de lo cruel, sigue existiendo la posibilidad de driblar el balón. El dolor inducido por la realidad tan solo puede aliviarse en la realidad misma. Incluso cuando esa realidad no es un cuento para dormir, sino una auténtica tormenta de mierda.

La cotorra blanca de la jaula tiene un temperamento autodestructivo. Se está arrancando las plumas –o lo que queda de ellas– mientras refunfuña en árabe. La razón es probablemente el lugar donde vive.

Esta desafortunada cotorra reside en las inmediaciones de Tiro, junto a la frontera libanesa-israelí. Corre el verano de 2008, otra época turbulenta. El animal vive en la Casa Naranja, un pequeño albergue propiedad de dos valerosas mujeres. El jardín delantero del albergue

da a una playa que se extiende entre dos países enemigos, y donde ambos ejércitos recogen la arena para llenar sus sacos. También es el lugar elegido por las tortugas *Caretta caretta* para desovar. Las dos mujeres están ahí para proteger los huevos, especialmente de los soldados libaneses que realizan su entrenamiento diario frente al albergue. Toda esta carga geopolítica probablemente es excesiva para la cotorra, y de ahí que se desplume y maldiga ante nuestros ojos. Es una situación tragicómica que hace que la risa resulte a la vez irresistible y mortificante, de modo que frunzo los labios.

Aparte de la furia de la cotorra, el lugar es silencioso, y el silencio es un lujo en Oriente Próximo. La pequeña plantación de plátanos que se extiende entre la Casa Naranja y la playa está abrasada por el sol. Mientras observo los plátanos, recuerdo algo que alguien me dijo la primera vez que visité el Líbano, en 2006, justo después del ataque israelí a Beirut. Una anciana me explicó entonces que los plátanos hacen un ruido al crecer, y que, si hay suficiente silencio, se puede oír un *chuc, chuc, chuc* en las plantaciones. Le pregunto a la propietaria si es cierto.

–Sí, sí –me dice, y a continuación imita el sonido. Finge enfadarse, y hace un gesto señalando al ave medio desplumada–. Si esta deja de maldecir, podrías escucharlo tú misma.

De repente la cotorra se calla, pero acto seguido empieza a imitar los sonidos del plátano.

–*Chuc, chuc, chuc*…

Echamos a reír. Mi risa es ligera; la suya es una risa cansada. Con un suspiro, se levanta para caminar hacia la playa, donde tendrá una de sus rutinarias peleas con los soldados libaneses. Al acercarse a la playa su paso se anima. Su alegría se asemeja a la felicidad. Pero solo estando lo bastante cerca de la realidad de tu vida puedes saber que esta consiste simplemente en estar plenamente vivo. Aquí la felicidad es irrelevante, pero la alegría forma parte de la realidad tanto como la furia y la desolación.

¿Cuánto nos perdemos cuando elegimos no presenciar esa alegría mientras tratamos de protegernos de resultar heridos por nuestros tiempos? ¿Podemos medir algo así? No sabría decirlo, porque, como me dijo una vez Ghassan, un amigo beirutí, soy «uno de esos locos que corren hacia la mierda, no en dirección contraria como debería hacer». Ese molesto hábito mío también resulta ser la elección obvia para un narrador de historias. De modo que aquel día, tras abandonar la Casa Naranja, empecé a escribir *Muz Sesleri* –«Sonidos de plátano»–, mi primera novela, en la que trataba de imaginar qué sonidos serían audibles en Oriente Próximo si el estruendo de la guerra no se los hubiera tragado a todos. No creo que hubiera sido capaz de imaginar semejante quietud en aquella tierra si la mujer de la Casa Naranja no

se hubiera atrevido a silenciar ella sola a todo un ejército únicamente para proteger unos huevos.

Fue durante mi estancia en Beirut cuando descubrí que es posible llegar a echar de menos la propia guerra. No la sangre y la muerte, sino su cruda realidad. Más concretamente, lo que uno echa de menos es la versión de sí mismo que emerge, plenamente viva y audaz, en esos momentos, dado que, aunque deseemos mantenerlo en secreto, la mayoría de nosotros anhelamos formar parte de una historia real. No porque queramos ser el invitado más interesante en los cócteles, sino para dar sentido a la vida, conocer nuestros auténticos límites y poner a prueba nuestra solidez moral.

Así que tal vez nuestro miedo a la realidad, y la razón por la que hacemos un pacto secreto con nosotros mismos para mantenernos a una distancia óptima de ella, sea también, en parte, el miedo a ver cómo podría ser nuestro verdadero yo cuando está inmerso en esa realidad. Imaginamos que, si de verdad nos ponemos a prueba, podríamos acabar fracasando, tanto moral como físicamente. Es ese miedo el que nos lleva a gritar «¡basta!» a nuestras pantallas antes de apartarnos y apagarlas. La vergüenza provocada por nuestra indiferencia nos parece más manejable que el riesgo de quedar destrozados por un encuentro con lo real.

Pero a partir de ese momento nuestra relación con el mundo se convierte meramente en el incómodo acto de asomarnos a él de vez en cuando. En nuestra prisa por asegurar nuestra propia felicidad y protegernos, olvidamos que también necesitamos la magia para ver que la vida no es un reino de terror al que temer, y que la magia solo se hace visible cuando estamos lo bastante cerca de la realidad para poder tocarla. Es la distancia la que acrecienta nuestro miedo, y la realidad resulta siempre menos aterradora de lo que parece desde lejos. El yo que se revela en el contexto de la realidad es siempre más fuerte de lo que habíamos imaginado.

Es fácil olvidar estos hechos en un mundo plagado de oportunidades no solo de ser espectadores reticentes de una realidad despiadada, sino también de ser intérpretes que compiten por robar el protagonismo a la «realidad» de otros. Adoptar este «yo» interpretativo se ha convertido en una nueva normalidad. Ha sucedido tan deprisa que los padres a los que en su infancia se enseñó a despreciar a la reina malvada que decía pagada de sí misma «Espejito, espejito mágico...» han terminado teniendo hijos que no solo se dedican a contemplar constantemente su propio rostro, sino que además obtienen beneficios de ello. Hace cuatro décadas habríamos sentido lástima si los hombres que llevaban publicidad ambulante hubieran exhibido una sonrisa

forzada, pero hoy nos parece de lo más corriente ver a los niños fingir felicidad en sus cuentas de las redes sociales.

Esta transformación no se ha producido ni debido a decisiones conscientes ni como resultado de una opresión visible. Simplemente hemos tenido que remodelar nuestra existencia para sobrevivir en un mundo en el que todas las entidades, desde el Estado hasta el individuo, han tenido que transformarse en empresas, la única estructura posible en la configuración actual de la sociedad. Por desgracia, todo aquello que es incapaz de funcionar como una empresa está destinado a perecer. Desde este prisma, la humanidad parece irrefutablemente falsa, egoísta y entregada al lucro: una serie de criaturas que interpretan voluntariamente un papel no solo en sus vídeos personales, sino en todas sus horas de vigilia, aun cuando no ganan dinero con ello. Se ha hecho bastante difícil recordar un sencillo hecho relativo a la humanidad: su poder mágico y su belleza solo resultan visibles cuando también vosotros estáis ahí, sin espejos, y solo cuando estáis lo bastante cerca como para tocaros.

*

—¡Sí, sí! La verdad es que somos afortunados. ¡Todas las noches mojamos el pan en el mar!

Kiraz, una mujer de cuarenta años, se ríe. Las otras dos mujeres de la chabola se unen a ella. Estamos en Küçükarmutlu, un barrio pobre de Estambul situado en lo alto de una colina con vistas al Bósforo. Hoy es su «día de cocción colectiva de crêpe suzette», como lo bautizó Kiraz después de aprender el término *crêpe suzette* en casa de la familia adinerada en la que hace la limpieza. Por otro lado, el término *colectivo* forma parte de su vocabulario, ya que esta colina es desde hace décadas un bastión izquierdista bien organizado. Esa es la única razón por la que se aferran a su barrio, que se ha convertido en un terreno demasiado valioso para que los pobres puedan vivir en él.

Hoy cocinarán tortitas para varias familias mientras dure el gas de la cocina de camping que todos han contribuido a comprar. Yo estoy sentada al estilo indio en el sofá, que también hace las veces de cama para las hijas de Kiraz, y les planteo preguntas sobre la pobreza. En ese momento, en 2007, están expulsando a los pobres de la ciudad para amontonarlos en guetos. Como cualquier otra metrópolis, Estambul ya no necesita mano de obra barata como en las décadas anteriores. Yo recorro la ciudad hablando con los más pobres entre los pobres para documentar cómo sobreviven. Y así es como Kiraz navega por la injusticia de su realidad.

—Aquella noche me hicieron retrasarme, así que perdí el único autobús que llega hasta aquí. Me trajo el dueño de la casa. La familia

tenía que darme un aumento. Ya conoce a esa gente... –Su mirada me evita de manera intuitiva como miembro de la clase media, y en su lugar se dirige a los suyos, a sus amigas, que también trabajan como limpiadoras–. ¡Ah!, cuando llega la hora del aumento les entra el canguelo. Se andan con rodeos y esas cosas. –Sus ojos se vuelven de nuevo hacia mí, esperando un poco de comprensión–. Ya sabe, conducen esos coches, viven en esos sitios, nos hacen trabajar sin seguridad social, y aun así a mí me da vergüenza pedir un aumento, pero a él no le da vergüenza... En fin... El tío ve mi chabola y se pone: «Pero menuda vida tienes tú aquí, ¿eh? Desde luego, mejor que la mía. ¡Una casa con vistas al Bósforo!» No sé qué me pasó. El coche seguía en movimiento, pero abrí la puerta. Se acojonó. Yo le dije: «No lo sabe usted bien. ¡Tenemos una suerte...! ¡Mojamos el pan en el Bósforo para cenar!» ¡Maldito bastardo!

Las otras dos, con los ojos como platos, le preguntan:

–¿Le llamaste eso? ¡¿De verdad?!

Kiraz suelta una carcajada.

–¡Claro que no!

Agitan los brazos en el aire con fingida decepción. Pero luego sonríen, como si le perdonaran ese toque ingenioso en su narración.

De repente, Kiraz grita:

–¡Largo de aquí, zorra!

La gata de la familia está intentando robar las crêpes suzette. Kiraz se ríe del pobre animal, que ha tenido que hacerse *vegetariano* para sobrevivir, otra palabra que ha aprendido hace poco. Arranca un trozo de tortita y se lo arroja a la gata.

–Ahí tienes. ¡La muy zorra quiere ser francesa como nosotras!

Para aquellos que no tienen más remedio que penetrar en la *verdadera* realidad y luchar con ella, su resistencia crea algo muy poderoso. Al elegir solo observar esa lucha desde la distancia, los espectadores se privan no solo de la oportunidad de aprender el arte de la resistencia, sino también de su magia, que engendra alegría. Cuando nos mantenemos a una distancia prudencial de la realidad, no comprendemos que quienes están inmersos en ella están luchando con todo lo que tienen. El malestar del espectador, sus sentimientos de culpa e impotencia, son simplemente irrelevantes para ellos.

«¡A la mierda! No puedo seguir viendo esto», escribió Ayşegül en nuestro grupo de WhatsApp. Hay que decir que desde 2020 detrás de cada gran mujer hay un grupo de chat femenino. Este era el nuestro: una estrella del rock, una actriz, dos abogadas, la dueña de un café y yo. Una pequeña herramienta para hacernos la vida un poco más llevadera y ayudarnos a entender juntas la realidad del mundo. En los

últimos dos años, una de nosotras había dado a luz, otra había enterrado a su madre y cada una de nosotras se había recuperado al menos una vez; todo ello retransmitido en directo con ágiles pulgares.

La última semana de febrero de 2020 volvimos a quedarnos paralizadas por la vergüenza, dudando entre aferrarnos a nuestras pantallas para seguir las noticias o despegarnos de ellas para soltar maldiciones. Tras la operación militar turca en Siria, los aliados rusos del régimen sirio habían respondido matando a soldados turcos. El presidente turco Erdoğan, que solo unos días antes era amiguete de Vladímir Putin, exigió el apoyo de la Unión Europea y de la OTAN. Estaba a punto de estallar la Tercera Guerra Mundial, y Erdoğan, como siempre, hizo lo impensable. A fin de presionar a Europa para que formara una alianza contra Putin, decidió utilizar a refugiados sirios. En plena noche, abrió la frontera de Turquía con Grecia para «inundar» Europa de refugiados. Fue un disparate de marca mayor. Sin previo aviso, despertaron y metieron en autocares con destino a la frontera griega a varios grupos de refugiados ubicados en Turquía –muchos de los cuales ni siquiera procedían de Siria– para abandonarlos en el bosque. A algunos los trasladaron a la costa del Egeo para que los traficantes de personas los llevaran clandestinamente.

Las subsiguientes violaciones de los derechos humanos se retransmitieron en directo, mostrando cómo la policía fronteriza griega rociaba a la gente con gas pimienta y se embarcaba a bebés en lanchas neumáticas rumbo a la isla griega de Lesbos, donde algunos lugareños atacaron a los recién llegados. Parecía un enorme experimento social. Al comprimir la mayor crisis moral y política de nuestro tiempo en esta isla mediterránea, era como si el mundo quisiera observar cómo florece la barbarie entre los seres humanos. Ayşegül, como millones de personas aquella noche, sentía la culpa del espectador.

Al día siguiente empezó a dar clases de yoga gratuitas a mujeres refugiadas sirias en Ankara, la capital de Turquía. Ninguna de nosotras era tan ingenua como para creer que puedes cambiar el mundo con pequeñas buenas obras o cantando mantras. Pero ella sencillamente necesitaba formar parte de la realidad en lugar de sufrir la vergüenza de distanciarse de ella. O, dicho de otro modo, le parecía aún más inútil quedar paralizada por la vergüenza que enseñar la posición del «perro boca abajo» a mujeres sirias a las que les importaba un bledo el yoga, pero que necesitaban hacer algo, cualquier cosa que las hiciera sentirse como seres humanos normales, para así soportar su propia realidad.

Ayşegül me explicó que solo después de la clase fue capaz de inspirar y espirar con normalidad. La voluntad de entrar en contacto

con la realidad y con los seres humanos que hay en ella era tan básica como el impulso de respirar, y de respirar juntos. Me dijo que en momentos como esos no hay que andarse con titubeos; sencillamente hay que ponerse a hacer algo, lo que sea. Tenía razón. Al fin y al cabo, no vale titubear cuando se trata de la respiración. Y uno descubre que para respirar en momentos difíciles necesitas que otra persona te ayude a hacerlo correctamente.

En cualquier entorno en el que haya mujeres en venta, la relación entre una mujer que se vende y otra que no lo hace puede resultar incómoda. Ella cree que serás condescendiente, y tú crees que no querrá perder el tiempo cuando podría estar ganando dinero; se interponen los roles que se os asignan en un mundo masculino. Pero entonces, ¿para qué sirven el alcohol y los tiempos interesantes, si no es para alzarse por encima de esos roles tan poco favorecedores?

La chica del rincón más oscuro del bar de la azotea del Hilton, la que ha estado quitándose el esmalte de uñas, esconde las manos cuando me acerco. Le doy conversación, tratando de que se dé cuenta de que soy inofensiva. Cuando por fin se olvida del aspecto de sus manos, le cuento lo del oso y la pelícana. ¡*No*!, le parece increíble. Y ¡*no*!, a mí me parece increíble que sea una estudiante universitaria. Mientras habla de su realidad más extensa, aunque en ese momento invisible –la universidad, sus amigos, y sus sueños de continuar sus estudios en el extranjero cuando tenga suficiente dinero–, la desdicha de nuestra realidad visible, pero limitada, pierde su gravedad.

Cuando nuestros hombros se tocan, su cuerpo parece elevarse y volverse más sustancial: más fuerte, pero también más ligero. Da golpecitos con el dedo en su vaso de whisky. Su anillo, con una gigantesca esmeralda falsa, repiquetea más deprisa que el órgano Casio del proxeneta turcomano. Me parece que está marcando el ritmo de su realidad mayor, en la que prosperará de forma mágica pero inequívoca.

–Entonces –pregunta, alzando sorprendentemente la voz–, ¿dónde está exactamente ese oso loco?

Todo el bar se vuelve hacia nosotras.

También yo levanto la voz en señal de solidaridad:

–No muy lejos –respondo alegremente–. En realidad bastante cerca.

Mientras nos reímos, imagino que debemos de parecer dos camaradas que resisten en un miserable zoológico humano. Nuestra alegría resulta visible solo para aquellos que están lo suficientemente cerca para verla, y que saben que la alegría de respirar juntos puede formar parte incluso de la peor clase de realidad.

3. ELIGE HACERTE AMIGO DEL MIEDO

–Tome, cójame la mano –le susurro a la mujer de mediana edad que se sienta a mi lado.

Su cuerpo cubierto de Louis Vuitton abandona toda norma de etiqueta en el mismo momento en que el avión entra en una zona de turbulencias. Está claro que sus manos buscan algo más sólido que los reposabrazos, así que le facilito las cosas. De todos modos, ahora ya debe de resultarle evidente: las turbulencias son mi hábitat natural.

Me agarra la mano con tal fuerza que, ignorando su edad, la sosiego como si fuera un niño pequeño.

–Tranquila. Tranquila. No pasa nada.

Sus ojos son de hecho como los de un niño suplicando que alguien le reconforte.

–¿De verdad? ¿Cuánto falta para que aterricemos?

Para cuando el avión aterriza dificultosamente en Bruselas, la mujer está apretándome el brazo izquierdo con ambas manos. Pero luego, en los pocos momentos en que esperamos para bajar del avión, su gratitud retorna rápidamente a su rígido yo enfundado en Louis Vuitton. Vuelvo la cabeza hacia otro lado, facilitando así que me evite con comodidad.

Finalmente, antes de desaparecer en su doble, farfulla un «¡Gracias!» que a mí me suena a «¡Que te den!». Debe de ser por la expresión de su rostro. Una bruja de primera clase –pienso– volando en clase turista. Mi vanidad por haber sido su puntal durante solo diez minutos me hace olvidar que así es como funciona realmente el miedo en las personas.

Cuando nos golpea la ventisca del horror, nuestra respuesta humana no es más sofisticada que la de los polluelos que aprietan entre sí sus cuerpos para protegerse del peligro. Instintivamente ofrecemos la mano a quienes tienen miedo, porque todos sabemos, visceralmente, que solo el consuelo de treinta y siete grados de calor humano puede disolver el solidificado ánimo de alguien que está aterrorizado. Pero luego, cuando el miedo pasa y recuperamos la lucidez, lo primero que hacemos muchos es escapar a toda prisa de la versión de nosotros que se ha revelado en ese momento de temor, porque de pronto nos parece demasiado débil para incluirla en nuestro álbum de selfis interno. ¡Eliminar!

Es el miedo al *miedo*. Un impulso tan poderoso que ni siquiera nos

damos cuenta de lo que hemos perdido cuando eliminamos el miedo de nuestras historias grabadas. Porque son historias que también dan testimonio de la verdad de nuestro frágil yo, y de la profunda belleza de la solidaridad real y espontánea que surge entre las personas en los momentos de temor. Al eliminar esos momentos embarazosos, también eliminamos la amabilidad y la generosidad que nos ofrecen. Si tuviéramos menos miedo al *miedo*, nuestro álbum de fotos de lo humano estaría completo. Del mismo modo que para ver la magia potenciadora de la realidad hace falta que nos acerquemos lo suficiente a ella, así también debemos elegir intimar con el miedo para poder ver cuánta humanidad incluye de hecho. Al fin y al cabo, teniendo en cuenta el estado del mundo, puede que todos necesitemos esa imagen del miedo en primer plano.

–Tengo miedo.

Mi vecino de al lado en Zagreb es un hombre gigantesco de cuarenta y tantos años. Salvo por el olor a hierba que se cuela en mi piso cada tarde alrededor de las siete, nunca he notado su presencia. Y no lo había visto ni una sola vez en cuatro años, hasta el 23 de marzo de 2020, cuando un terremoto de magnitud 5,3 sacudió Zagreb. Ese día, apenas transcurrida una semana desde el inicio del confinamiento por la pandemia del coronavirus, alrededor de las cinco y media de la mañana me despertó un horrible y ronco crujido procedente de las profundidades del hormigón de mi piso, como si un monstruo estuviera resucitando entre las paredes. Sin apresurarme, repasé la lista de control que había guardado en la memoria desde el terremoto de magnitud 7,6 que vivió Estambul en 1999. ¿Dónde tenía que colocarme? ¿Cómo se hacía aquello del «triángulo de la vida»?

Mientras mi cerebro abría uno tras otro sus archivos de memoria, decidí que no podía funcionar sin un café. Cuando estaba preparándolo se produjo la réplica. Un segundo café, que me pareció absolutamente necesario, coincidió con la tercera sacudida. Cuando las paredes dejaron por fin de crujir, decidí, con el absoluto desapego de un observador diplomático, comprobar la escalera para ver si se había producido algún daño en la estructura del edificio. Y fue entonces cuando mi gigantesco vecino asomó su rostro.

A punto de llorar, abrió los brazos, murmurando: «Tengo miedo.» Con mi café en una mano y un cigarrillo en la otra, le di un conciso y afable discurso acerca de los diferentes tipos de terremotos y las tranquilizadoras líneas horizontales de las grietas que se habían abierto en nuestras paredes, y le expliqué por qué aquel terremoto en concreto no era tan peligroso. Cuando se le aflojaron los músculos de la cara, me preguntó con voz entrecortada:

–¿Puedo llamar a su puerta si vuelvo a tener miedo?

Sin embargo, pese a las numerosas réplicas, que duraron varias semanas, no volvió a llamar a mi puerta ni una sola vez. De haberlo hecho, habría visto que estaba lista para recibirle, dispuesta a ofrecerle informes tranquilizadores sobre las réplicas y el mejor café de Zagreb preparado con mi cafetera barata. En cambio, por desgracia, desde entonces he tenido que limitarme a sentir su presencia –con su agradable olor a hierbacada dos horas, en lugar de una vez cada tarde.

Me lo imaginaba como un gigante encogido, sentado a solas, maldiciendo su propia debilidad y el puñetero terremoto –el primero en ciento cuarenta años– que había coincidido con la aparición del coronavirus. Y no dejaban de surgir nuevas razones para que se sintiera impotente y aterrorizado, ya que en el mismo momento en que se produjo el terremoto empezó a nevar copiosamente, y luego, unos días después, Zagreb quedó envuelta en una nube de polvo procedente del desierto de Turkmenistán. Varias veces tuve que resistirme al impulso de llamar a la puerta de mi vecino y decirle: «¡Eh, tranquilo! Esta es la nueva normalidad. Y solo saldremos adelante cuando nos sintamos cómodos conviviendo con el miedo.»

Vivimos en una época de constante agitación, y el miedo ya no es un momento pasajero que podemos permitirnos el lujo de eliminar de nuestra memoria. Las distintas crisis globales se multiplican de formas tan diversas que nuestras respuestas a ellas devienen contradictorias. Terremoto: ¡Salid fuera! Coronavirus: ¡Quedaos en casa! Fascismo: ¡Uníos para detenerlo! Coronavirus: ¡Alejaos de los demás! Nuestra nueva normalidad es como ir en un avión que toca tierra después de un vuelo largo y turbulento solo para volver a despegar de inmediato y repetir la misma aterradora rutina de incertidumbres.

Resulta comprensible que una de las preguntas que oímos con más frecuencia sea: «¿Terminará esto algún día?» Sin embargo, *esto* es ahora nuestra realidad, y abarca tanto temores propiamente épicos –como el previsible apocalipsis, una tercera guerra mundial u otra pandemia– como también otras inquietudes más innobles: tomates aterradores, genéticamente modificados hasta tal punto que pronto podrían mordernos ellos a nosotros, o un antiguo amante despechado que crea un perfil falso en las redes sociales para mortificarnos el resto de nuestros días.

Este tiovivo del miedo impregna nuestra época de un peculiar *Zeitgeist:* el de que nuestras vidas han coincidido con el periodo más condenado de la historia. Por otra parte, esa proliferación y variedad de crisis nos proporciona los medios para aprender a controlar cómo debemos actuar cuando tenemos miedo. Cada temor nos ofrece un

nuevo fragmento de conocimiento de nosotros mismos –y de los demás– que podemos grabar en la memoria para consultarlo en futuras crisis. Son piezas del rompecabezas de la humanidad que de manera incesante construimos en nuestra mente. En dicho rompecabezas, una pregunta adquiere relevancia: ¿cuál es la auténtica medida de nuestro yo y de nuestros miedos en el panorama general de la crisis?

–Pero en serio, ¿qué vas a hacer ahora con todo este queso?

El 14 de noviembre de 1999 hace una noche gélida en Düzce, cerca de Estambul, una pequeña ciudad que ha sido el epicentro del terremoto de 7,6 grados de magnitud. Han pasado dos días desde la catástrofe que ha asolado la ciudad y yo estoy transmitiendo en directo para CNN Turquía desde el jardín de la vivienda de una pareja de mediana edad. Ambos están envueltos en varias capas de mantas, calentándose las manos en el fuego que arde en un viejo cubo de queso. Y están rodeados de más cubos llenos de queso casero, del tipo que solo hacen los griegos y los turcos; lo único que han podido rescatar de entre los escombros de su casa demolida.

Todavía conmocionados, son incapaces de responder a ninguna de mis preguntas a no ser que trate sobre ese queso. Una emisión en directo de cinco minutos de duración centrada en el queso probablemente les parezca a los televidentes algo similar a una película francesa de vanguardia, entre otras cosas porque han muerto diecisiete mil personas y otras doscientas cincuenta mil se han quedado sin hogar de la noche a la mañana.

Mientras el presentador del informativo me hace una señal para que ponga fin a esa tontería del queso, siento el impulso de intentar conectar una vez más con la conmocionada pareja.

–Pero entonces, solo unas horas después del terremoto, miles de voluntarios procedentes de varias ciudades llegaron a esta población. Fueron ellos los que recuperaron estos cubos de queso, además de rescatar a varios niños y adultos al borde de la muerte. Asimismo, dos mil mineros han recorrido más de trescientos kilómetros para llegar hasta aquí, donde han estado trabajando las últimas veinticuatro horas sin dormir. Entraron en la ciudad como caballeros del inframundo.

Veo que la pareja, por fin, asiente con la cabeza. Pero el entusiasmo de su gesto de asentimiento no es mera aprobación. Ocurre más bien que escuchar la historia que han vivido en palabras de otra persona les ha permitido mirar de frente al miedo que han sentido y comprender la esencia de lo que acaban de experimentar. Y no solo comprender la experiencia, sino también descubrir algo sobre sí mismos y los demás supervivientes. Ahora cada uno de ellos se apresura a contar algún episodio de la increíble solidaridad que han presenciado en las últimas

cuarenta y ocho horas. La expresión de sus rostros cambia, y de repente la pesadilla de los escombros que yacen tras ellos parece más fácil de soportar. El hombre, que está mirando el fuego, esboza una sonrisa rota, como si de repente descubriera en las llamas una humanidad compartida.

Cuando nos hallamos en situaciones de miedo, nuestra capacidad de confiar en los demás y a la vez suponer que sin duda los demás confiarán en nosotros depende de cómo decidamos grabar en la memoria el recuerdo de ese miedo. Y para que ese recuerdo se grabe de forma justa y humana, nuestro miedo personal debe estar imbricado en el panorama general de la crisis. Solo observando a los demás y sus miedos podremos entender que lo contrario del miedo no es el valor, sino la capacidad de mantener los ojos abiertos a toda la realidad en su conjunto. Situar el miedo personal en una perspectiva más amplia es la única manera de ver su auténtico tamaño y, por ende, poder manejarlo. Los miedos imaginarios resultan más difíciles de gestionar, pero cuando nuestro miedo tiene una base real, como ocurre en el turbulento mundo actual, la única cura es trivializarlo situándolo en una perspectiva más amplia. Solo entonces podemos recordarnos mutuamente nuestra común debilidad, nuestra risible miseria y la hermosa fragilidad sobre la que se construye nuestra existencia. Cuando lo hagamos, incluso podremos celebrar esos momentos de miedo, puesto que en ellos se van por la borda todos los accesorios superficiales y transitorios de la vida –nuestra armadura de Louis Vuitton, por así decirlo–, dejándonos solo con nuestro yo tan excesivamente humano. Pero para ser capaz de contemplar bajo esta luz tanto el miedo como nuestro propio yo temeroso hace falta cierta comprensión de lo que es ser humano.

*

«La película [a diferencia de anteriores trabajos del director] no se toma a la ligera las Grandes Cuestiones.»

Cuando en 1969 se estrenó en Nueva York *El secreto de Santa Vittoria*, dirigida por Stanley Kramer, el *New York Times* publicó una breve crítica en la que al final recomendaba ver otro filme que se había estrenado el mismo día. No era la primera vez que un crítico se mostraba incapaz de entender nada.

El secreto de Santa Vittoria, una de mis películas favoritas, contiene una breve secuencia que ilustra una de las pocas «grandes cuestiones» de la humanidad. En una pared, alguien ha pintado una frase de Mussolini que reza: «Es mejor vivir un día como un león que cien años como una oveja.» Bajo el rótulo, Bombolini, el alcalde de Santa Vittoria –interpretado por un espectacular Anthony Quinn–, comparte

su propia opinión: «Es mejor vivir cien años. Italo Bombolini.»

He aquí el argumento resumido. Los nazis invaden el pueblecito italiano de Santa Vittoria. Van en busca de su afamado vino. El asustado y normalmente inútil alcalde Bombolini decide salvar la producción vinícola del pueblo, pero le resulta difícil, dado que ni uno solo de sus habitantes le toma en serio. A medida que el miedo se apodera de Santa Vittoria, el pueblo empieza a dividirse en dos grupos: los que resisten y los que están dispuestos a rendirse. Pero Bombolini tiene una grandiosa idea. Todo el pueblo llevará el vino hasta un búnker secreto, botella a botella, formando una cadena humana.

A partir de ahí, la tarea de Bombolini consiste en repetirle una y otra vez al comandante nazi las mismas palabras: «¡No hay vino!»; mientras que la de los lugareños se reduce simplemente a mantenerse unidos y guardar el secreto. Al final vencen los ovejunos habitantes de Santa Vittoria, mientras que los leoninos nazis se marchan sin el vino. Y nosotros, los espectadores, aprendemos una profunda lección sobre la humanidad: ¡cuando son solidarias, las ovejas que actúan como tales aún pueden sobrevivir!

En las últimas tres décadas no ha habido ninguna película ni novela popular que haya abordado el tema de la victoria colectiva de las ovejas. Si uno escudriña el repertorio de la producción artística y cultural más popular relacionada con crisis y catástrofes, verá que casi todas las obras siguen el mismo patrón argumental: un individuo (la mayoría de las veces un hombre, aunque últimamente también ha habido alguna que otra mujer) que intenta proteger a su familia o salvar el mundo por sí solo. Y cuando las cosas se ponen realmente serias, como ocurre en la actualidad, aparece un conjunto de superhéroes de Marvel, una pequeña manada de leones, que aúnan sus fuerzas para hacer el trabajo. Todas esas son historias de *leones*, y no hacen sino convencer a las ovejas de su absoluta incompetencia repitiendo que solo el *Übermensch* puede salvar al mundo; el resto, las ovejas, solo debe preocuparse de sobrevivir. Por eso *El secreto de Santa Vittoria* es una gran película: afirma que la resistencia colectiva de las ovejas puede prevalecer sobre el *Übermensch*.

También está muy lejos de ese otro relato popular de nuestros tiempos: la distopía del sálvese quien pueda. En esta versión de la historia de la catástrofe, en cuanto el miedo se apodera de las ovejas, estas se convierten en una especie de hienas y empiezan a despedazarse unas a otras. Esta representación «canibalística» de la humanidad se ha revelado no menos irresistible en la cultura popular, acaso porque la imagen de unos seres humanos débiles y ovejunos resulta más difícil de vender a las masas que la distorsionada –pero todavía popular– interpretación nietzscheana de la humanidad que

antaño se manipuló para hacer de ella el núcleo del fascismo. Pero ni la naturaleza humana ni la propia naturaleza son realmente tan crueles. Y si pudiéramos ver más allá de los discursos populares que hemos superpuesto a nuestra historia, observaríamos que lo primero que acontece en un momento de crisis no es que las ovejas se vuelvan unas contra otras, sino que se miran unas a otras con expresión de temor y se preguntan: «¿Qué demonios vamos a hacer ahora?»

Hoy, gracias a la era de miedos infinitos que estamos viviendo, tenemos la oportunidad de presenciar con nuestros propios ojos el *verdadero* relato: que de hecho los humanos no responden al miedo perdiéndolo por completo. Antes al contrario, somos, por naturaleza, más propensos a asumir nuestros miedos comunes y a celebrar nuestra mansedumbre.

En marzo de 2020, por primera vez en unos cuantos milenios, el mundo vivió la primavera sin espectadores humanos. Nuestras ciudades desiertas daban la impresión de que el planeta imponía un confinamiento global a la humanidad. A excepción de los gatos callejeros y las palomas de las plazas urbanas, cabreados por no haber sido avisados con antelación, la naturaleza parecía hallarse en tal estado de gozo que muchos empezaron a cuestionarse si nuestra presencia en la Tierra era estrictamente necesaria. Mientras tanto, se esperaba que experimentáramos el miedo causado por la pandemia de una manera insólita: sin hacer nada.

Al principio parecía bastante fácil. Tanto es así que, cuando algunos hombres y mujeres franceses se rebelaron contra la consigna de permanecer en sus casas, sus conciudadanos les reprendieron diciéndoles: «A vuestros abuelos se les pidió que fueran a la guerra, así que lo menos que podéis hacer es quedaros en casa.» En pocas semanas, sin embargo, la inacción derivó en otro tipo de guerra, que trajo consigo muchos temores nuevos. En las redes sociales, los vídeos de personas que perdían la chaveta se convirtieron de inmediato en parte del folclore contemporáneo, mientras los padres que educaban a sus hijos en casa empezaban a cuestionar seriamente su amor por ellos. El día en que se levantó el confinamiento, China, donde se había iniciado la pandemia, experimentó una oleada de divorcios sin precedentes. Una a una, las certezas a las que nos aferrábamos se revelaban tan absurdas –y tan inútiles– como aquellos cubos de queso de Düzce que antes recordaba.

En el plazo de una semana nos vimos obligados a aprender a no tocarnos la cara, a no tocarles las manos a los demás y a quedarnos quietos cuando la ansiedad nos desbordaba. La covid-19 hizo que todas nuestras herramientas para gestionar el miedo resultaran

superfluas, y nos obligó a resistirnos a cualquier acto físico instintivo para tranquilizarnos unos a otros. Esta vez a las ovejas se nos dijo que no permaneciéramos juntas, sino a dos metros de distancia. Las manos que ofrecían ayuda se cubrían con guantes de látex, y las voces que nos acercaban se abrían paso a través de nuestras pantallas. De repente nos vimos motivados por un nuevo imperativo: encontrar nuevas formas de PERMANECER en contacto en un mundo sin contacto, y grabar en la memoria los recuerdos de los nuevos y flamantes miedos del mundo.

En abril, el mundo empezaba a parecerse a un campo de batalla entre darwinistas sociales y seguidores de P. A. Kropotkin, que en 1902 escribió *El apoyo mutuo: un factor de evolución*. Como buen anarcocomunista ruso, Kropotkin era de hecho un darwinista convencido, pero criticaba con dureza a los darwinistas sociales que postulaban la teoría de la selección natural y la competencia como el ideal de organización de las sociedades humanas. Su famoso libro, basado en sus observaciones de la naturaleza, se proponía demostrar que las especies no solo compiten, sino que también cooperan para sobrevivir.

La covid-19 resucitó a unos cuantos «odiadores» de la concepción de la naturaleza de Kropotkin. Salieron a las calles de Estados Unidos con pancartas en las que se leía «Sacrificad a los débiles», mientras protestaban por el confinamiento debido al coronavirus. Por desgracia, algunos de ellos también dirigían las naciones más poderosas del mundo. Esos descendientes de Mussolini querían que solo los supuestos leones sobrevivieran.

Sin embargo, en la vida real, y durante esta crisis tan real, esos feos especímenes de la humanidad eran una minoría, y pronto se convirtieron en un hazmerreír. El resto de nosotros, la mayoría, compartíamos en cambio nuestras ovejunas maneras de soportar estos tiempos difíciles: ayudándonos mutuamente a pagar la compra del supermercado, cosiendo batas y mascarillas, buscando nuevas formas de ayudar a los trabajadores sanitarios o simplemente aliviando los miedos de los demás –y los nuestros– con palabras tranquilizadoras. En general, la actitud dominante era trivializar nuestro miedo como un acto de solidaridad y mofarse de quienes adoptaban una postura de negación leonina. Era como si una red mundial de vecinos se dijeran unos a otros: «Saldremos de esta.»

Obviamente, no estábamos todos «juntos en ello». Algunos de nosotros se compraron una isla desde la que disfrutar de la cuarentena, al tiempo que otros tenían que ir a trabajar mientras veían las publicaciones de los ricos y aburridos en Instagram. Mientras miles de científicos trabajaban frenéticamente para salvar a la humanidad, otras personas hacían planes para obtener beneficios de una futura

vacuna. Sin embargo, aun entonces los relatos distópicos del caos no se materializaron como se había predicho. Los explotados, comprensiblemente o no, decidieron no atacar a los privilegiados. No hubo saqueos ni actos de represalia. Las ovejas estábamos descubriendo que volvernos unas contra otras y luchar entre nosotras es algo que solo acontece cuando se han agotado todas las demás opciones. Eso no es bueno ni malo; simplemente es así. La pandemia hizo irrelevante, incluso absurda, nuestra creencia de que la humanidad es en esencia egoísta y malvada, una creencia que ha impulsado la moral dominante durante siglos.

En su lugar, la gente formó de manera casi instintiva pequeños grupos al estilo de Santa Vittoria y puso en marcha una cadena humana tipo Bombolini para proteger su humanidad, resistiéndose al efecto paralizante del miedo. Y ello porque, a menos que la propaganda de los terrores imaginarios la empuje en sentido contrario, eso es lo que *realmente* hace la gente en tiempos de crisis apocalíptica, y probablemente sea la razón por la que los leones están en peligro de extinción y las ovejas no.

Mika y yo parecemos cirujanas a punto de operar dos vasos de gin-tonic en el banco que hay en la calle frente a mi piso de Zagreb. Estamos totalmente equipadas para una brevísima *happy hour* coronavírica: guantes de látex, botellitas de gel hidroalcohólico y mascarillas. Llevamos dos meses con estas medidas extremas de autoaislamiento, obra de la propia Mika. No se ha declarado ningún confinamiento oficial en la ciudad, pero ha hecho falta un termo con la mejor ginebra disponible, servida en los vasos apropiados y acompañada de un tentempié –todo ello cuidadosamente desinfectado–, para convencerla de que salga de su piso.

–¿Qué te ocurre, mujer? –le pregunto al fin–. ¿Por qué estás tan rara?

Lleva demasiado tiempo evitando educadamente mis llamadas y mensajes cargados de preocupación.

Tras felicitarme por mi gin-tonic con su característico ceño fruncido, me dice:

–No tengo miedo del virus ni de nada. Solo que no puedo enfrentarme a esta realidad a menos que... –la imprescindible calada a su cigarrillo la obliga a revelar un rostro sin mascarilla– a menos que finja que vuelve a ser la guerra de Bosnia.

Mientras toma sorbitos de su cóctel, por primera vez en cuatro años me cuenta la historia de su estancia en un campo de refugiados bosnios en Croacia.

–No hablé con nadie y no tomé café durante meses.

Para Mika, hablar y tomar café es un arte...

–Como Rosa Luxemburgo –apostillo, y ambas sonreímos al recordar

a nuestra brillante y desaparecida hermana, que se impuso a sí misma normas aún más estrictas que las de la prisión para poder controlar su propio tiempo.

–No estaba preparada para este nuevo mundo de temerosa incertidumbre –añade Mika.

Cuando le digo que yo también tengo miedo al futuro, ella protesta de inmediato.

–¡No, no! No pienses en el futuro. Tienes que seguir adelante. Eso es algo que se aprende en la guerra.

Cuando terminamos los gin-tonics y nos mandamos un beso a través de los dos metros de distancia coronavírica, volvemos a recuperar nuestro ser razonablemente alegre.

En tiempos de temor, «el futuro» puede ser la expresión que más minimiza nuestra perspectiva. O nos obliga a encontrar una razón para ser optimistas o nos ahoga en las peores expectativas del pesimismo. Empuja a la mente a operar en una empobrecida dualidad de positivo y negativo, despojándola de su infinita capacidad imaginativa. Pinta los inesperados y a veces desconocidos colores de todas nuestras posibles realidades tan solo en un rosa palo o un gris ceniza. Mi rechazo a la palabra *futuro* no se debe a que yo abogue por esa tontería *new age* de «permanecer en el ahora», sino más bien al hecho de que solo si nos centramos en nuestro presente y aceptamos el miedo que conlleva seguiremos siendo conscientes de que lo que hacemos *ahora* es lo que determinará nuestro futuro. Seguir adelante implica no solo sobrevivir, sino sobrevivir de la mejor manera, siendo capaces de ver –y recordartoda nuestra historia, con miedo incluido. Y a veces eso también implica aceptar la dulce locura que nos permite sobrellevar esos momentos en los que la realidad parece insoportable.

En mayo, incluso mis propias habilidades de supervivencia extrema estaban casi agotadas. La soledad con la que siempre me había sentido a gusto se volvió abrumadora. Aun así, mi autodisciplina seguía intacta: paseos diarios de una hora hasta el bosque de la ciudad. Solo en la soledad extrema se aprende que volverse loco es un solapado proceso de normalización; la nueva percepción de lo normal se filtra en tu cabeza con un cierto alivio que no es muy diferente de la sensación que todos recordamos de cuando de niños nos orinábamos en la cama. El umbral de la normalidad se reduce tan despacio que parece... bueno, *normal*.

Mi nueva normalidad en aquellos días era soplar las semillas de los dientes de león que acababan de brotar. De alguna manera se me metió en la cabeza la idea de que, si aquella primavera no soplábamos las semillas de los dientes de león, puede que al año siguiente no

aparecieran. Además, buscar dientes de león y un lugar aislado para ejecutar la tarea me hacía olvidar mis temores. Cada vez que realizaba mi misión, llegaba a comprender y aceptar el hecho de que unas pequeñas gotas de dulce locura son la mejor precaución contra la verdadera y aterradora locura del miedo. Esos momentos constituyen la prueba de nuestra hermosa condición de ovejas capaces de soportar las peores turbulencias. Y son el antídoto que evitará que pretendamos ser estúpidos leones.

4. ELIGE LA DIGNIDAD ANTES QUE EL ORGULLO

Una mañana de 2020, se hizo viral en las redes sociales un vídeo en el que se veía a dos tíos obligando a un robot a realizar tareas manuales. El pobre robot había estado levantando y transportando cajas pacíficamente y con futurista eficacia hasta que los hombres empezaron a golpearlo con palos de hockey y sillas plegables, todo ello con la aterradora indiferencia de un experimento científico.

Unos días más tarde se reveló que el robot no era real. Se trataba de una animación generada por ordenador, y el vídeo había sido publicado por la empresa estadounidense de robótica Boston Dynamics con fines publicitarios. Sin embargo, las diversas reacciones que suscitó el vídeo resultaron, en muchos aspectos, mucho más interesantes que cualquier tecnología innovadora de Boston Dynamics.

Algunos bromeaban con la idea de que algún día, cuando las máquinas tomaran el control, el vídeo se convertiría en un perfecto material de propaganda contra la humanidad. Pero hubo muchos, como yo, que al instante empezamos a lidiar con la indignación instintiva que nos despertaba aquel acto de humillación. Nos aferramos a nuestra respuesta emocional originaria a pesar de que la víctima ni siquiera era una máquina real, sino virtual. La reacción de esta influyente minoría fue tan intensa que unos días después la empresa publicó un nuevo vídeo en el que, cansado de tanto maltrato, el robot animado se venga de los brutales humanos.

¿Quién iba a pensar que un día anhelaríamos la catarsis a través de una máquina humillada? Sin embargo, parece que bastante gente lo hizo. Aunque los vídeos pretendían ser un mero entretenimiento efímero en las redes sociales, la saga puso de manifiesto un silencioso consenso: incluso en el sistema actual, en el que ya no damos por sentada la dignidad como un pilar fundamental, seguimos teniendo la capacidad de inquietarnos cuando esta se ve atacada de forma evidente.

A la mañana siguiente traté de imaginar un androide con sentido de la dignidad. Me pregunté si podría eludir la indignación o bromear sobre ella con la misma habilidad que nosotros. ¿Sería tan fácil para él como para nosotros ignorar su programación? ¿Y cómo hemos llegado a ser tan flexibles con la dignidad que se nos ha encriptado?

—¡No quiero ir al colegio!

Son las palabras que repite una y otra vez mi yo de ocho años. Estamos en 1981. Ha pasado un año desde el despiadado golpe militar acaecido en Turquía. Casi todos los profesores progresistas y de izquierdas están sin trabajo o exiliados en poblaciones remotas, de modo que a mi generación solo le queda el tipo favorito del régimen: los que, de buena gana o a regañadientes, han hecho las paces con la opresión.

Eso es algo que todavía no sé en ese momento. Pero sé que mi profesora lleva el pelo teñido de rubio, las uñas largas pintadas de rojo, y se la ve demasiado feliz. Cuando creces en el bando de los oprimidos, la felicidad de los demás se convierte en un guiño de complicidad.

Aunque a mí me adora, me disgusta la forma en que nuestra profesora trata a los niños pobres. Les ordena sentarse al fondo de la clase, les castiga de forma aleatoria golpeándoles las palmas de las manos con una regla o les humilla por ir sucios. A mí me toca sentarme delante con los «buenos», cerca del trono. Pero decido que quiero sentarme detrás.

No sé exactamente la razón, pero sí que me siento inquieta si no me siento con esos niños. También les doy consejos tácticos acerca de cómo evitar una paliza, algo que rara vez les importa. Es imposible expresarlo, pero estar al fondo de la clase genera una vigorizante y poderosa alegría. Pasarán años antes de que descubra que se trata de uno de los enigmas morales de la clase media, pero en ese momento soy una niña que siente un enorme placer en compañía de aquellos a los que me han dicho que debo evitar.

Por fin, un día, tras regañarme debidamente, la profesora me hace la pregunta en voz alta:

–¿Por qué te sientas con los inadaptados?

Recuerdo un increíble nudo en la garganta, y cómo mi falta de vocabulario se tradujo en un llanto inconsolable.

Así que, después del colegio, cuando por fin llego a casa, le cuento la historia a mi madre. A la semana siguiente estoy en un nuevo colegio donde mi nueva profesora se parece más a *nosotros,* y mamá me dice que aquel nudo en la garganta se llama «dignidad».

–Duele cuando no puedes gritar –me explica.

Recuerdo su silenciosa indignación, el movimiento de su mandíbula, al resolver el problema de ese momento batiéndose en retirada en lugar de gritar para deshacer su propio nudo, todo ello gracias a los terrores del gobierno militar.

Casi siempre, en algún momento del comienzo de nuestra vida, descubrimos la palabra *dignidad* a través del dolor y la ira. Y tan pronto como aprendemos el nombre de ese dolor, se abre ante nosotros un mundo a la vez maravilloso y aterrador con nuevas cosas

de las que guardarnos. Este proceso irreversible no solo profundiza nuestro ser, sino que además nos invita a convertirnos en miembros de ese grupo específico de la humanidad que a lo largo de la historia se ha sacrificado para proteger nuestra dignidad. De hecho, solo nos convertimos realmente en humanos el día en que descubrimos esa palabra. Solo empezamos a ocupar un espacio del tamaño que corresponde a un ser humano cuando dejamos de encogernos ante la indignidad. A veces descubrimos la palabra tras sufrir el dolor, pero a veces es este el que sigue a la palabra.

–Si naces en una familia pobre con demasiados hermanos no puedes permitirte el lujo de ser orgulloso: te morirías de hambre.

Los niños del pueblo se lanzan sobre la comida, que se ha colocado sobre un mantel en el suelo. Hay una mesa en la sala comunal, pero está reservada para las invitadas de la ciudad. Estas últimas, integrantes de una organización de mujeres «estrictamente apolítica», han venido a celebrar el 8 de marzo, el Día Internacional de la Mujer, a esta remota aldea cercana a Mardin, una ciudad de población kurda y asiria situada en el sureste de Turquía. La celebración resulta tan breve como absurda: a la gente de la ciudad la colocan en el patio de la escuela, donde se dan discursos unos a otros sobre la igualdad de género y los derechos de las mujeres, mientras un artista realiza en silencio algún tipo de obra de arte contemporáneo colgando espejos en la valla metálica.

Fuera de la valla, las mujeres kurdas de la aldea observan, sin entender una palabra, pero perfectamente conscientes de que no se espera que sean más que maniquíes en ese espectáculo organizado a toda prisa. En cuanto termina la ceremonia, desaparecen con un silencio cortés, pero sus hijos se quedan para sacar el único provecho posible: pan y carne. La gente de la ciudad, que debe sentarse a su mesa a comer, se mantiene a distancia y observa a los niños con expresiones de ¡*ah*! y ¡*oh*! que suenan más a lástima que a ternura.

El periodismo entraña cierta comodidad moral en tanto te permite no tener que elegir bandos, al menos materialmente. Así que ahí estoy, a mis veinticinco años, en el círculo externo de la sala, observando perpleja. Harbiye, que tiene mi edad y es la única maestra del pueblo, está a mi lado. Nació aquí, en el seno de una familia pobre –es uno de los muchos hermanos que mencionaba–, estudió en una ciudad de Turquía occidental y conoció la mirada de los turcos de clase media «estrictamente apolíticos». Su voz está teñida de provocación:

–No estarías tan molesta si hubieras conocido el hambre –me dice.

–No es el hambre lo que me molesta –respondo–. Y los niños no

necesitan sentirse orgullosos. Aunque los adultos podrían tratarlos con un poco de dignidad.

Ella es una de esas mujeres kurdas que exhiben una postura tremendamente erguida y una dura expresión facial: un rasgo que muestra que su indignación ha ido creciendo a lo largo de los años por haber experimentado ese tipo de refinadas situaciones. Pero ahora, tras mi respuesta, puedo ver un atisbo de sonrisa en la comisura de sus labios. Elige cuidadosamente sus palabras para no parecer que transige:

–Ya es demasiado tarde para las señoras, pero nuestros hijos aprenderán muy pronto. –Sigue sin querer mirarme–. Les enseñaré que el pan los envenena si va acompañado de indignidad.

Su mandíbula no para de moverse, como si intentara tragarse algo.

*

Aunque la humanidad haya decidido en fecha bastante reciente considerar la dignidad uno de nuestros rasgos intrínsecos, puede que en realidad no lo sea. Después de pasar miles de años juntos en este planeta, en torno al Siglo de las Luces hicimos un pacto con el futuro, declarando que la dignidad sería nuestro valor inalienable. Cuando Europa decidió deshacerse de sus monarcas, los que no tenían poder se unieron para hacer que los privilegiados inclinaran la cabeza ante esta gran palabra. Después de toda la sangre que se había derramado en nombre de la dignidad, decidimos que merecía la pena proteger ese rasgo de la humanidad. Desde entonces hemos aleccionado sobre la dignidad a los nuevos miembros de nuestra especie, al tiempo que nosotros mismos seguimos aprendiendo sobre ella. Y a medida que aprendemos, transformamos tanto el significado de la palabra como nuestro propio proceso de aprendizaje. Hasta el punto de que hoy podemos proclamarla a voz en grito de forma distinta de quienes nos precedieron.

Durante la primera década del siglo XXI, gentes de todo el mundo llenaron las plazas de las ciudades exigiendo lo mismo: dignidad. Desde las manifestaciones de Seattle en 1999 hasta las revueltas árabes, pasando por las protestas a gran escala producidas en toda Europa y Estados Unidos, millones de personas compartieron un mismo grito como si se arrancaran un nudo de la garganta que llevaban décadas intentando tragar. Aquellos manifestantes no luchaban por su propia supervivencia material en un sistema económico brutal, ni clamaban por la imprescindible igualdad en un mundo gravemente injusto. En diferentes lenguas, pero con una sola voz, expresaban el hecho de que el valor de la humanidad no puede ni debe traducirse en un precio de mercado. Exigían ser reconocidos

como seres humanos y ser tratados en consecuencia, con dignidad.

Aquellas protestas y revueltas fueron o reprimidas o ignoradas por los poderosos del mundo. Pero luego, una década después de Tahrir, ocurrió algo que aparentemente no guardaba relación con lo anterior. Los emergentes políticos populistas de derechas que habían empezado a tomar el poder en todo el mundo eligieron la palabra *orgullo* como lema común. En sus diferentes lenguas, se organizaron y movilizaron bajo una misma bandera: «Queremos recuperar nuestro orgullo.» Para la política populista de derechas era fácil avivar la ira mediante esta ponzoñosa palabra, y arraigaron diferentes versiones del eslogan: ¡*Para nosotros, Hungría es lo primero!; ¡Hagamos que Estados Unidos vuelva a ser grande!; ¡Recuperemos el control*!

Con todo ese ruido se fue haciendo más difícil percibir la inmensa diferencia entre esas dos palabras: *orgullo* y *dignidad*.

Parecen tener un significado lo bastante próximo como para que se las pueda confundir. Sin embargo, hay una diferencia crucial entre ambas: el orgullo divide a las masas entre «nosotros y ellos», mientras que la dignidad alude a un «nosotros» que no excluye a nadie. Esta unidad es inherente al significado del término. La dignidad tiene que ver con una autoestima que no requiere ninguna evaluación externa, mientras que el orgullo está relacionado con el valor que nos otorgan los demás. Restaurar el orgullo requiere un acto violento para que *ellos* nos reconozcan, con la promesa de que dicho acto aliviará el dolor del orgullo roto *en nosotros*. Exigir dignidad, en cambio, requiere una reformulación completa del sistema que inflige la injusticia y en el que solo se trata como humanos a quienes pueden permitírselo.

Desde que la palabra *orgullo* se adueñó de la escena política mundial, los partidarios de la dignidad han librado batallas en dos frentes: contra el sistema que reemplazó el valor intrínseco de los seres humanos por un precio de mercado, y contra quienes, a sabiendas o no, ponen su energía política al servicio de ese mismo sistema. No es una tarea agradable explicar a personas que persiguen febrilmente un sentimiento de orgullo que en realidad están dolidas por dentro, y que ese dolor se llama dignidad. Corregir un error de tal calibre resulta mucho más difícil que enseñarle a un niño a no comer el pan de la indignidad cuando se muere de hambre.

Por fortuna, la dignidad no solo se aprende con el dolor, sino también con la alegría de defenderla. Y eso fue lo que quisieron transmitir al resto del mundo quienes llenaron las plazas a principios del siglo XXI, no únicamente mediante sus consignas y pancartas, sino creando atisbos de una nueva vida que solo se vuelve alegre cuando estás del lado de la dignidad para todos.

En la última década he escuchado a muchas personas expresar su decepción por el hecho de que aquellas protestas no lograran cambiar

el mundo. Sin embargo, lo que lograron cambió la historia en el más profundo de los sentidos, en tanto empezaron a reescribir el relato de la dignidad de un modo que transformará los movimientos de resistencia durante todo lo que resta de siglo. A una escala enorme, nos mostraron físicamente la vigorizante alegría de sentarse con los «inadaptados» al fondo de la clase y cometieron la gratificante ligereza de decir no al pan de la indignidad. Realizaron el acto más desafiante de toda la historia de la resistencia: construyeron, en las plazas urbanas del corazón de sus países, una serie de vidas en miniatura que mostraban cómo sería la vida si lograban prevalecer sobre el sistema de la indignidad. Y plasmaron la alegría de esa nueva vida incluso en medio de los gases lacrimógenos y la violencia policial. Procedentes de un abanico de clases sociales, también nos mostraron que todos pueden ayudar a construir el mundo y que nadie carece del poder de actuar como una persona con dignidad. Todas aquellas gentes de diferentes países nos revelaron que es posible sustituir el nudo en la garganta por la alegría de haberse tragado una nube. Nos mostraron la dignidad en su forma más delicada, algo que tendemos a despreciar.

El 26 de mayo de 2018, los franceses aplaudían a un joven maliense llamado Mamoudou Gassama. Lo habían bautizado como «el Spiderman del distrito 18».

Un niño de cuatro años colgaba de un balcón en la cuarta planta de un bloque de pisos, y, sin pensárselo dos veces, Gassama escaló el edificio y salvó al pequeño. Pocos días después, el presidente Emmanuel Macron le concedió la nacionalidad francesa, junto con una medalla y un puesto en el cuerpo de bomberos de París. Todas las noticias sobre él decían lo mismo: Gassama llevaba varios meses en Francia como inmigrante ilegal sin ninguna perspectiva hasta que realizó aquel acto heroico.

Aunque mi francés resulta extremadamente limitado, vi todas sus entrevistas en Zagreb, donde –tras un proceso emocionalmente agotador– me habían concedido por segunda vez un permiso de residencia temporal tras verme obligada a abandonar Turquía por motivos políticos. El rostro de Gassama era como un relato constantemente renovado. El mensaje que quería transmitir era que sus actos no debían considerarse heroicos, sino una mera intervención humana, amable, pero absolutamente normal. Elegía cuidadosamente sus palabras, tratando de convencer al mundo de que él no era una portentosa víctima, sino tan solo un ser humano. Porque, como Gassama y yo sabemos muy bien, cuando te refugias en una tierra extraña, la privación más curiosa que comporta tu nueva vida es que ya nadie te pide ayuda. Es mental y emocionalmente más manejable

para los autóctonos ver al refugiado o al exiliado únicamente como destinatario de esta.

Acoger a un refugiado con necesidades básicas resulta siempre más manejable para la sociedad anfitriona que aceptar el hecho de que podría estar acogiendo en su seno a una persona real, una nueva vida. La satisfacción temporal de las necesidades básicas de ese individuo resulta menos aterradora que la perspectiva de imaginar al refugiado como un miembro nuevo y permanente de su sociedad. Pero entonces que te perciban de ese modo constituye una extraña forma de soledad que marca una fina línea en la persona. Como víctima, a la que solo cabe ayudar, tu dignidad se ve dañada de un modo difícil de describir. Aprendes que hay infinitas formas de no reconocer el valor de una persona además de numerosas formas de reconocerlo.

–Queremos ayudar. Y tenemos un plan.

Corre el invierno de 2009, y me encuentro en un almacén de Estambul donde un grupo de traperos almacenan plástico y papel desechado para venderlo después. Estamos en uno de los barrios más conflictivos de la ciudad, Tarlabaşı. Aunque se halla a solo unos cientos de metros de la plaza Taksim, el corazón de Estambul, en la práctica –hasta que se puso en marcha el reciente y despiadado plan urbanístico– el barrio era el hogar de las clases bajas y de los inmigrantes indocumentados de todas las nacionalidades. Esta noche tengo una reunión con los traperos en relación con mi próxima novela.

–Hermana, ya sabes que estamos en deuda contigo.

Rechazo educadamente la idea. La supuesta deuda viene de hace años, cuando escribí sobre ellos en varias ocasiones en mi columna de prensa. El gran capital, con ayuda de las autoridades municipales, estaba atacándoles. Había que borrarlos del mapa para monopolizar el negocio del reciclaje. En aquel momento eso significaba que miles de familias se quedarían sin ingresos. De modo que los traperos se organizaron en varias ciudades para resistir, y puede que mis columnas hubieran ayudado un poquito.

Dado que varios de ellos eran amantes de los libros, esa noche sabían que mi nueva novela no tardaría en publicarse. De modo que tuvieron la generosidad de ofrecerme su ayuda. Acepté cortésmente su plan de publicidad secreta, en realidad sin esperar nada. Para mi absoluta sorpresa, en cuestión de días aparecieron pintadas con el nombre de mi novela en muchas paredes de varias grandes ciudades. Sigo pensando que probablemente fue la operación publicitaria editorial más genial jamás realizada, aunque hasta ahora no podía hablar de ella para mantener nuestro secreto a salvo.

Un mes después me hallaba de nuevo en el almacén para darles las

gracias. Ser cómplices de un delito tenía un regusto agradable, pero lo más hermoso de la velada fue su gozo al contarme las historias relativas a su aventura con los grafitis, todas ellas narradas con caballeresca dignidad y una pizca de socarronería hacia sí mismos.

–Fue la vez que he huido más rápido de la policía. ¡Ja!

–¿Recuerdas a aquella anciana que creía que estábamos escribiendo consignas políticas? ¡Dios mío, se puso furiosa! «¡Es literatura, señora, li-te-ra-tuuura!», le grité yo. «¡Aquí estamos, al servicio de la civilización!» ¡Ja!

–Yo me coloqué por culpa de la pintura. ¡Tendríamos que repetirlo!

Parecían sentirse vigorizados al verse como lo que realmente eran: seres humanos capaces de ayudar a quienes aparentemente ocupaban un lugar mejor que el suyo. La alegría superaba la desigualdad que nos había situado en clases sociales distintas.

*

Siempre que decimos que un rasgo humano, como el amor o la dignidad, podría servir para saltarse las diferencias de clase y la desigualdad social, existe el peligro de que nos malinterpreten. Este tipo de afirmaciones requieren cierta sutileza adicional. Conviene dejar claro que la dignidad no puede repararse cuando hay desigualdad, y que no es posible el amor cuando la crueldad es la norma por la que se rige el sistema. Pero el problema de la dignidad va más allá de la desigualdad, la explotación o la opresión. Aunque uno viva con todos los privilegios posibles, podría tener que tragarse la indignación de verse rechazado como si estuviera desprovisto de todo mérito.

Cuando el tiempo es cálido y agradable, en las primeras semanas de la primavera, el Bósforo parece el dibujo que haría un niño de cinco años de un mundo inmaculado. El mar es azul, las nubes son blancas y el sol sonríe. En 2011, esa imagen llena los amplios ventanales de mi despacho en el periódico. Es una sala grande y elegante, que he llenado de cosas que no deberían estar ahí: máscaras de Osama bin Laden, Sadam y Gadafiprocedentes de Beirut; banderas de Hezbolá del Congo; baratijas de Armenia; regalos de presos políticos... Por desordenado que resulte, mi despacho es el único lugar del edificio en el que se sirven licores de todo el mundo, incluido el suave coñac de Ereván, el mejor que puede comprarse con –poco– dinero. Corren las primeras horas de la tarde de otra jornada agotadora, después de haber enviado el periódico a la imprenta, y el número dos del holding mediático se detiene repentinamente en mi despacho. Es un hombre de modales impecables, por lo que resulta bastante inusual que deje caer su enorme cuerpo en mi sillón sin decir nada. Su soliloquio empieza

con un suspiro de desesperación:

–El otro día pasó algo. Esto es entre tú y yo. –Es bueno escuchar a los impotentes, pero ¿y a los poderosos?–. Estábamos a punto de cerrar un gran acuerdo con un empresario en el piso superior con el jefe. –¡No puede salir nada bueno de ser confidente de los poderosos!–. La televisión estaba encendida, y estábamos a punto de estrecharnos la mano. En ese momento el informativo da una noticia sobre la cuestión kurda, y, como sabes, yo soy kurdo. –Su rostro pierde toda la majestuosidad asociada a su poder–. Y él va y dice: «Tenemos que joderlos a todos y así acabar de una vez por todas.» –Me mira con los ojos de un perro herido–. Y fui incapaz de decir nada.

Nuestro silencio inmóvil se rompe con la entrada del chico del té, un joven kurdo que no habla mucho. Con un forzado acento estambulí, le pregunta al jefe si quiere algo. De repente, el jefe empieza a hablarle en kurdo, lo que por un segundo desconcierta al encargado del té. Oír hablar kurdo en ese edificio le sorprende tanto que no puede recordar las palabras en su lengua materna. Tan solo intercambian unas pocas frases, pero basta para que sus rostros se transformen en el dibujo que haría un niño de cinco años de dos hombres felices. Ha sido una rápida reparación de la dignidad para ambas partes.

Dignidad es una palabra que tiene la capacidad de atravesar todos los estratos de la sociedad, desde el más alto, donde se hacen los grandes negocios, hasta el más bajo, donde el chico del té se sienta con los hombros caídos. Por eso en el mundo actual, en el que nuestro sistema representa su último acto, la palabra puede tener el poder de unir a la gente para construir una vida mejor.

Mientras yo escribía estas palabras, en la primera semana de 2020, en las redes sociales turcas aparecían muchas publicaciones que rezaban: «Recordando los mejores días de nuestra vida.»

Aunque todas las fotos estaban llenas de gases lacrimógenos, quienes se habían unido a las protestas de Gezi, que barrieron el país durante más de un mes, preferían recordar sus bocanadas de alegría. Más o menos al mismo tiempo, al otro lado del Atlántico, en Mineápolis, George Floyd gritaba sus últimas palabras: «¡No puedo respirar!» Mientras su grito resonaba en los cientos de miles de personas que salieron a la calle en Estados Unidos, los veteranos de Gezi empezaron a observar las numerosas semejanzas que existían entre ambas rebeliones. Señalaban que constituían actos casi idénticos no en el contexto de un análisis político serio, sino debido más bien a su familiaridad con unas personas que años después parecían casi iguales a ellos: gozosos de su reactivada dignidad. A medida que en las ciudades europeas se iban sucediendo las manifestaciones de

solidaridad, era como si se reanudara una larga marcha tras un paréntesis de ocho años. Aunque se hubiera visto interrumpida, la marcha que una vez pasó por el parque Gezi de Estambul –y, antes, por la plaza Tahrir de El Cairo– parecía tener suficiente impulso para seguir avanzando desde Mineápolis hasta Trafalgar Square, siempre al grito de la misma palabra: *dignidad*.

Hoy en día no hace falta ser un marxista novato «en busca de signos de revolución» ni un sobreexcitado activista para ser consciente de que el capitalismo tal como lo conocemos está representando su último acto. Cada vez más gente proclama abiertamente el hecho de que el contrato del capitalismo viola no solo el contrato de la democracia, sino también el contrato de los derechos humanos en el que antaño la dignidad humana se declaró inviolable. Y los pueblos del mundo están profundamente dolidos. No se trata solo del sufrimiento de la hambruna o de la desesperación de asistir impotentes a determinada injusticia o desigualdad; la gente está herida en un sentido más profundo. Y en estos mismos días en los que escribo sobre este dolor fundamental, en todo el mundo estamos viendo lo que puede hacer la gente. Una vez que empieza a sentir la alegría de la dignidad, recuerda a nuestra especie que todavía estamos descubriendo la palabra. Y si se nos recuerda la alegría de la dignidad con la suficiente frecuencia, ¿quién sabe?, puede que incluso sea esa palabra la que cambie el mundo. De hecho, yo apostaría por ello.

5. ELIGE LA ATENCIÓN ANTES QUE LA IRA

–¿Ves a ese grandullón? Pronto estará fuera de combate.

Como todo el mundo en la calle, me detengo a observar una pelea de tráfico a primera hora de la mañana; uno de esos clásicos espectáculos de Estambul que aparecen aleatoriamente aquí y allá como si sirvieran de válvulas de escape de la presión de toda la ciudad.

Los espectadores estamos relativamente tranquilos, pues todos conocemos la rutina: primero unos cuantos puñetazos, seguidos de murmullos del público acerca de cómo hoy en día se han perdido los buenos modales; y luego, sin que llegue la sangre al río, en cinco minutos todo el mundo sigue su camino, cada uno a lo suyo. Sin embargo, por más que sepamos cómo va, es imposible evitar el peculiar acompañamiento que brinda la ciudad a cada pelea callejera: el comentario detallado minuto a minuto. Los transeúntes matutinos que van camino del trabajo se juntan en pequeños grupos vagamente definidos para llevar a cabo sus deliberaciones espontáneas. El indigente de mediana edad que se encuentra a mi lado está ansioso por compartir su pronóstico del resultado. Se muestra tan impaciente como el niño que siempre suspende pero esta vez está seguro de la respuesta a la pregunta del profesor.

–Ese grandullón del todoterreno elegante, que mira por dónde resulta ser el que la ha cagado, pronto volverá a meterse en su coche, derrotado. Ya verás, soltará maldiciones hasta reventar solo para salvar la cara. –Le pido un análisis más detallado, y apenas logra fingir reticencia durante un segundo–. Al final el que gana es el que está más enfadado, no el más fuerte.

En un instante, mi interlocutor se convierte él mismo en un espectáculo mejor que la propia pelea. Los músculos de su pecho se agitan al ritmo de puñetazos imaginarios al aire mientras sus ojos anticipan una victoria que parece casi suya. Revive súbitamente en su cuerpo cansado.

¡Qué dulce es la ira! Un estado mental deliciosamente agudo que se abre paso a través de la jungla de las complicaciones tediosas. Difuminando mágicamente todo lo demás, la ira te deja con la pureza de una única emoción. ¡Ah, cuán voluptuosa resulta su simplicidad! Todos amamos secretamente la ira, puesto que es la única de nuestras emociones capaz de anular los desequilibrios de poder que nos hacen

débiles. Creer que todos tenemos esa arma secreta hace que hasta el más manso de nosotros se sienta como un David dormido, incluso –y sobre todo– cuando Goliat nos golpea a diario. No es casual que la historia más antigua de todas, la *Ilíada*, empiece con la palabra «cólera»: los derrotados, los apaleados y los desvalidos solo hacen oír su voz en la historia cuando se enfadan. Desde tiempo inmemorial, la cólera ha sido la tinta con la que quienes han visto borrado su nombre de la historia de la humanidad pueden escribirlo de nuevo. Esa es la razón por la que no solo amamos la cólera, sino que además creemos en su poder desde el día en que empezamos a clamar justicia.

Aunque, para ser sincera, debo decir que ya no estoy segura de que la ira de nuestro tiempo baste para atravesar los bosques de la complejidad, para drenar el pantano de la autocomplacencia, para darnos una justa lucha y finalmente la victoria del bien, de lo correcto. ¿Puede el tío pequeñajo, con la suficiente cólera, devolver a su Goliat al todoterreno de un puñetazo, o debería el indigente dejar de confiar en la sabiduría incardinada en sus entrañas?

–Pongamos que un terraplanista te saca de quicio. Muy bien. ¿Cómo le convences? Le enseñas una foto de satélite de nuestro planeta. Pero él te responde confiado: «¡Bah, eso está retocado con Photoshop!» Así que le dices que has viajado al espacio con varios amigos y has visto con tus propios ojos que la Tierra es redonda. Él suelta una sonrisita de suficiencia: «Te conocemos. Tú eres un vendido, uno de esos que dan noticias falsas.» Ahora estás enfadado de verdad. Te gastas todo tu dinero en alquilar una nave espacial y llevar al tipo al espacio para que vea por sí mismo que la Tierra de hecho es redonda. Pero él, con la impecable seguridad en sí mismo propia del ignorante, te dice: «Bueno, nosotros creemos lo contrario.»

»Ahí tienes: el problema se ha convertido en una cuestión filosófica. Ahora has de demostrar que ver es más válido que creer. De repente la afirmación de un simple hecho se convierte en un choque entre ciencia y fe. Ante tamaña estupidez no puedes sino poner los ojos en blanco, pero aun así decides retomar una batalla que creías ganada en la Edad Media. Y ahora la cuestión adquiere tintes políticos en tanto tienes que agrupar a la mayoría contra todos esos soldados de la idiotez. Tienes que organizarte, generar un sentimiento de solidaridad que te una a las aparentemente pocas personas cuerdas que quedan en esta tierra redonda. Y eso, amigo mío, requiere mucho más que limitarse a estar enfadado con el terraplanista, el negacionista climático, el votante de Trump, el partidario del Brexit o de Modi, el misógino, el devoto del libre mercado, etcétera, etcétera.

Son palabras mías pronunciadas en la Universidad de Maynooth, en

Dublín, hablando con un estudiante tras haber dado una charla en 2019, en el marco de las denominadas Conferencias del Decano. Él parece insatisfecho con el título de mi conferencia, «La alegría de la dignidad contra el mal de la banalidad: el choque filosófico entre los valores fundamentales de la humanidad y la malicia políticamente impuesta de nuestra época». Quiere algo más... algo sobre la cólera, ¿sabe? Pronuncia la palabra *cólera* de tal modo que parece que no le basta con ella; necesita un término más furioso que la propia furia. No es el único, y yo misma recuerdo haberme sentido como él. Haber estado *realmente enfadada*. Tan enfadada que cualquiera que no expresara su ira sacudiría mi alma de rabia. Ahora probablemente piense que soy una de esas damiselas en su torre de marfil que se creen con derecho a jugar con las ideas y saborean el lujo de *no sentir una mierda*. Mientras su cuerpo se agita con los puñetazos imaginarios que me lanza, presto atención a su ira. Detrás de su cólera se está configurando un nuevo mundo político.

A lo largo de la historia, cada vez que se ha inventado una nueva arma la naturaleza de la lucha se ha transformado, al igual que la propia humanidad. En el mundo actual tenemos un campo de batalla absolutamente nuevo, herramientas completamente distintas con las que luchar. Y en consecuencia, como soldados de infantería de esta nueva lucha, nos encontramos en un momento de transformación.

Esa nueva arma son las redes sociales y, como hicieran antaño la radio y la televisión, están remodelando la humanidad, el alma de nuestro tiempo y nuestra lucha por los valores humanos fundamentales. Sin embargo, en este momento nuestra situación se asemeja a la de las personas que celebraban sesiones de electromagnetismo cuando aprendimos a controlar la electricidad, o a la de los ancianos que saludaban al presentador de las noticias cuando la televisión entró por primera vez en nuestros hogares. Todavía estamos tratando de averiguar cómo posicionarnos moral, política e incluso físicamente en esta nueva era digital, por no hablar de regularla.

La apariencia benigna de nuestra nueva maravilla tecnológica no facilita las cosas. Las redes sociales, con su autoproclamada devoción a la «libertad de expresión», crean la ilusión de que todos actuamos de forma igualitaria en una esfera pública, como el ágora griega donde se creó la democracia. Sin embargo, la plataforma en la que se forjan la moral y la política actuales es de hecho propiedad privada de alguien. De modo que cuando hacemos política, expresando nuestra ira o llamando a la gente a la rebelión, lo hacemos, por así decirlo, en el jardín de alguien, suponiendo erróneamente que esa plataforma nos pertenece a «nosotros, el pueblo».

El único beneficio que obtenemos de ese infinito jardín digital es la

alegría de poder existir en la red y ejercer nuestro ya básico derecho humano a la comunicación. A cambio cedemos nuestros datos personales, extraídos de cada «me gusta», «comentar» y «seguir», que se venden como mercancía al mejor postor. Para generar todavía más ingresos, los propietarios del espacio digital necesitan aún más datos, de modo que diseñan sus plataformas para mantenernos incesantemente enganchados. La única forma de asegurarse de que permanezcamos ahí es avivando constantemente nuestras emociones.

Para esas empresas, esto se ha vuelto extremadamente fácil. En las últimas décadas se ha infantilizado la política para convertir las emociones en protagonistas de nuestras vidas y nuestras interacciones sociales. Lo importante ahora es lo que *te gusta* o lo que *detestas*, no lo que piensas o lo que sabes. Lo que tú *crees* es la respuesta, independientemente de cuál sea la verdad. Esto resulta muy conveniente para los dueños de los jardines digitales, puesto que expresar emociones es una ocupación interminable. Al igual que en la discusión con el terraplanista, una discrepancia basada en la fe y el sentimiento no tiene fin: hay que replantearlo todo una y otra vez, y, cuando los hechos fallan, incluso quienes utilizan la lógica recurren a la emoción frustrada. Y mientras, la rueda de los beneficios sigue girando.

Entre las emociones, la ira es la que resulta más atractiva y, con mucho, la más rentable. También es la forma más eficaz que tienen los individuos de remendar sus miedos y decepciones en tiempos confusos como los actuales. Nos brinda la optimista presunción de que, si le damos rienda suelta, invertirá el equilibrio de poder. Sin embargo, esa constante expresión de ira, con su ilusión de participación política o social, en realidad nos hace aún más sumisos.

En todas las lenguas están empezando a formarse comunidades airadas, estimuladas de un día para otro por el crujir de dientes suscitado por cada nuevo acto de maldad perpetrado por los poderosos. Dichas comunidades crean su propio léxico y sus propios códigos, elevando así el listón en lo relativo a la magnitud de su ira. Motivado por el temor a que le tilden de poco humanitario, cada individuo trata de estar a la altura del nuevo estándar. Si uno de ellos guarda silencio, la comunidad recela: *¿Se ha vuelto un cobarde? ¿Ha dejado de luchar? ¿No siente una mierda*?

La ira que debía dirigirse al acto injusto o a su malvado autor se vuelve gradualmente contra los involucrados, o no lo bastante involucrados, en su expresión. Pronto la participación en esas comunidades, y la constante manifestación de la ira, disminuye toda la conexión del individuo con la esfera política hasta que esta se reduce únicamente a furia. El ruido de la ira casi no deja margen a la mente para pensar con claridad ni para prestar atención a lo que realmente

subyace a la cólera, al incidente que de entrada desencadenó la ira. Cuando la ira excesiva invade la esfera de la comunicación, uno no es consciente de que, si de verdad fuera capaz de corregir los actuales desequilibrios de poder, la ira no estaría permitida en absoluto en ese jardín digital privado orientado a los beneficios.

«Un retraso de tres a seis meses», declara el informe de evaluación de riesgos. Se trata de una historia clásica: una empresa, en este caso la canadiense Alamos, produce oro utilizando cianuro en uno de los lugares natural e históricamente más hermosos del noroeste de Turquía, el monte Ida y el valle de Troya. En cuanto se inició el proyecto, en 2019, los habitantes de la región empezaron a protestar. En poco tiempo se les unieron miles de personas en lo que se convirtió en un movimiento de ocupación bautizado como «Observatorio del Agua y de la Conciencia».

Ante las protestas, la empresa se vio obligada a detener el proyecto. Y durante un tiempo pareció que todo iba bien, de modo que todos aquellos que se habían entregado a la justa ira necesaria para frenar el proyecto pasaron al siguiente objetivo.

Sin embargo, solo unas semanas después, y gracias a una gran labor periodística, se filtró el informe de evaluación de riesgos. Este analizaba la reacción de la opinión pública, considerándola un pequeño bache en el camino que no duraría más de seis meses. Así que toda aquella ira, hasta sus mejores expresiones, había sido de hecho calculada, monetizada e incluida como una partida en la lista de gastos.

Tras conocer el informe, los habitantes de la región reorganizaron su protesta para hacerla más sostenible. Ya no había canciones ni actos callejeros; ahora se limitaban a hacer acto de presencia sistemáticamente en el lugar. La atención incesante se convirtió en parte integral de sus vidas, pues sabían que hoy la lucha por los valores humanos o por la naturaleza depende de cuánto tiempo puedes mantener tu atención intacta, no de lo enfadado que estés o lo fuerte que grites. Y aprendieron que la atención persistente no puede detallarse en un informe de evaluación de riesgos de una empresa tan fácilmente como la ira intrascendente. No tenían tiempo ni energía que perder en expresar sus emociones, de modo que prestaron toda su atención a los movimientos de los poderosos, porque querían que la tierra y sus hijos sobrevivieran. Aunque apostaría a que echaban de menos estar enfadados, muy enfadados.

–Echo de menos estar enfadada –le dije a mi terapeuta.

Era la primera vez en casi un año que pedía una sesión por Skype. Su sonrisa se pixeló en la pantalla mientras empezaba a describirle mi estado de ánimo:

–No estoy segura de si se trata de una cuestión psicológica o filosófica, pero me he dado cuenta de que últimamente he renunciado a la ira. A lo mejor es que parece irrelevante cuando uno está ocupado en sobrevivir.

Cuando uno se centra en la supervivencia, como yo he tenido que hacer tras abandonar mi país, cuando vive en un continuo estado de inseguridad, las emociones se paralizan. Todo su ser pasa a volcarse en la idea de seguir adelante con la dignidad intacta, y eso no deja lugar a la ira. Cuando te sientes realmente impotente descubres que expresar la ira es un lujo, puesto que la auténtica ausencia de poder es esa sonrisa que te obligas a dibujar en el rostro cuando lo que de verdad deseas es «escupir en sus tumbas». Es el rictus que exhibes mientras llamas cortésmente a puertas que en realidad desearías cerrar de golpe. Y esa maldita cita de Nietzsche se convierte en una inquietante broma: «lo que no te mata» te asesina en cualquier caso de infinitas pero invisibles maneras.

Después de presentarle mi versión revisada del aforismo de Nietzsche, mi terapeuta me dijo:

–Pero bien tendrás que sobrevivir, ¿no?

Me reí como hace uno cuando llorar resulta la opción más tediosa.

–Es un giro de la historia de lo más injusto –le expliqué–. Renuncio a la ira cuando por fin vuelve a estar de moda, ya ves.

Le hablé de todos los hermosos libros sobre la ira femenina recientemente publicados, y de cómo las mujeres, especialmente las jóvenes, están empezando a apropiarse de su ira como reafirmación política. Eso también había sucedido con la generación de mujeres que me precedieron, pero, por desgracia, se había saltado la mía.

–Así que ahora envidio a las personas enfadadas.

Mi terapeuta, como suele hacer, imitó mi sonrisa para que yo pudiera ver su triste aspecto. Luego pasé a contarle mi encuentro con el airado joven de Maynooth y lo embarazoso que resultaba que me tomaran por uno de esos que «no sienten una mierda». Juntos recordamos momentos anteriores en los que yo había expresado mi ira política, hace años en Turquía, gritando a los poderosos en las pantallas de televisión y en las columnas de los periódicos, mientras recibía los aplausos de un público que me consideraba el megáfono a través del cual podía oír su propia voz. ¡Qué grandioso y alienante a la vez había sido cuando la gente me concedió el título de «valiente»!

Fue más o menos entonces cuando caí en la cuenta de que el intelectual de perfil público es el gladiador de nuestro tiempo, sobre todo en los últimos años, desde el momento en que las redes sociales

se convirtieron en el principal escenario del llamado debate público. Uno asume ese papel casi de forma inadvertida, simplemente diciendo la verdad, pero pronto resulta evidente que la opinión pública está menos interesada en el acto político de decirle la verdad al poder que en aplaudir la propia ira en sí. El «valiente» les dice: «Haz algo, organízate. Di algo. *¿Es que no sientes una mierda?*», y ellos se limitan a aplaudir la cólera.

El «valiente» se convierte en una muñeca parlante de las que se accionan tirando de una cuerda, lista para que la opinión pública la ponga en marcha tras cada acto malvado cometido por los poderosos. La multitud se complace en oír las frases familiares que dice la muñeca, sus repeticiones, y es la propia muñeca, antes que los destinatarios de dichas frases, la que se convierte en el objetivo central del juego. Hay aquí demasiado yo involucrado, demasiado de *mí*.

–En resumen –le dije a mi terapeuta–, está claro que se trata de una cuestión de naturaleza tanto política como filosófica. Mi renuncia a la ira no se debió solo a mi propio instinto de supervivencia, sino también a una decisión moral.

Él me obsequió con la misma sonrisa típica de terapeuta que siempre exhibe cuando resumo mi sesión. Pero todavía le resultó más divertido cuando le brindé un avance para una sesión futura:

–Pero entonces tendremos que pensar en la moral de la supervivencia, *n'est-ce pas*?

Tras la sesión seguí dando vueltas a la cuestión del aspecto autoimpuesto de la ira y la moral de la supervivencia. Y la cuestión seguía ahí cuando viajé a Budapest unas semanas después.

–Este lleva queso, este lleva carne, este lleva patata y este lleva espinacas.

La mujer húngara de mediana edad ha repetido esas mismas palabras en inglés a cada cliente potencial al menos diez veces en los últimos cinco minutos, y seguirá haciéndolo hasta que el sol se ponga. Cada vez que alguien se acerque a preguntarle qué relleno lleva cada pastelito, ella exhibirá su sonrisa para vender algunos más, a unos céntimos cada una. La dolorosa tensión de esa sonrisa forzada se liberará durante la noche, y a la mañana siguiente se reavivará de nuevo. La mujer es una de las numerosas comerciantes que atienden los llamados «bares en ruinas» de Budapest.

El concepto del «bar en ruinas» se desarrolló en Hungría en la década de 1990 y se extendió luego a otros países de la cuenca del Danubio. Su origen se remonta a la época del Telón de Acero, cuando hasta las libertades más básicas debían ejercerse en secreto. Los vecinos se reunían en edificios abandonados que convertían en

espacios orgánicos de diversión y solidaridad. La propia idea está impregnada de ese humor negro que siempre ha permitido a la gente salir adelante en los periodos más oscuros de la historia. Uno de aquellos bares en ruinas llevaba por nombre «Club de Viajeros del Mundo»: en él se servía a personas que no podían ir a ningún sitio. Años después, un par de emprendedores convirtieron aquellos espacios en mercados turísticos con cafés y bares interiores que ahora los lugareños evitan. Los bares en ruinas, antaño lugares secretos de libertad política, hoy tienen guardias de seguridad encargados de controlar a los visitantes, que en un minuto subirán sus pintorescos detalles *vintage* a sus cuentas en las redes sociales.

Las paredes del local exhiben pintadas con eslóganes que se remontan a la década de 1990, cuando en Europa del Este se reavivaron las esperanzas de una vida más digna, convirtiendo a toda una generación en revolucionaria. Cada uno de sus rincones está impregnado de la alegría y el dolor de los parroquianos de hace tres décadas. La mujer de mediana edad que vende los pastelitos también podría haber sido una asidua en aquella época; hoy, cuando no está repitiendo la insignificante frase a la que la vida la ha condenado, posa para las fotos de los turistas como lugareña exótica.

¿Y si yo le implorara: «Enfádate con esta vida que te ha privado de ser protagonista de la historia para convertirte en un extra en la cuenta de Instagram de otra persona»? Apuesto a que me tomaría por una novata en este mundo de crueldades estratificadas. Supondría que no tengo ni idea de lo que de verdad implica la supervivencia. Imaginaría que, en tanto yo le hablaba de emociones, la idea de seguir adelante aun con su dignidad aplastada me resultaba irrelevante. Al fin y al cabo, yo no tenía que exhibir su sonrisa forzada.

Millones de personas, ya sea en talleres de trabajo esclavo o en despachos de lujo, comparten esa misma sonrisa. También ellas echan de menos la ira y, al mismo tiempo, la juzgan irrelevante. Carentes del lujo de tomar la decisión moral de renunciar a la ira, se ven obligadas a seguir adelante centrando plenamente su atención en la supervivencia. No estoy segura de que necesiten que nadie les recuerde la belleza de la ira. Lo que necesitan oír es una salida real y viable.

Cuando la ira se halla tan extendida que se convierte en algo banal, su ausencia parece algo extraño, casi ajeno al mundo. Cuando se nos empuja a volvernos exhibicionistas, a quien mantiene una actitud reservada se le considera raro o incluso enfermo. Y cuando la cultura dominante nos exige que contemos nuestras historias personales, a quien no lo hace se le tilda de distante, asocial y frío.

Esta es la historia de una santa del siglo XXI; una activista medioambiental que en 2018 se convirtió en una figura mundial.

A Greta Tunberg se la ha acusado de todas esas cosas: de ser extraña y ajena al mundo, rara y enferma, distante, asocial y fría. Esos «defectos de carácter» suyos fueron objeto de tal escrutinio que al final se vio obligada a hablar de su síndrome de Asperger solo para dar a los curiosos una razón médica que justificara su temperamento. Las personas que parecían esperar ansiosamente una grieta emocional, una crisis o un ataque de risa descontrolada se sintieron aliviadas: claro, es que tenía una enfermedad.

Greta calificaba el Asperger como su «superpoder», una fuerza que le imposibilitaba mentir o actuar para agradar a la gente. En el mundo de la posverdad, en el que nada es lo bastante sólido para confiar en ello, en el que todos están inmersos en sus propias emociones, este talento –o limitación– transformó su imagen en la de una muchacha de dieciséis años incorrupta y lúcida en un mundo de confusos pecadores.

Si vemos cualquier vídeo suyo, observaremos a un público lleno de celebridades mirando a Greta como harían los romanos con una santa Catalina del siglo XXI (o la corrupta corte francesa con una nueva Juana de Arco), mientras su rostro irradia convicción y compromiso. A diferencia del resto de la humanidad, a ella no le preocupa ser aburrida, y repite lo mismo una y otra vez en tono monocorde: si no empezamos a creer (en la ciencia), arderemos (no en el infierno, sino) en los incendios provocados por el calentamiento global. Cuando habla esta santa laica, todo el mundo se calla, no solo porque dice la verdad y utiliza los hechos, sino porque no muestra ira ni siquiera cuando dice que está furiosa. Lo que hace, en cambio, es presentar al mundo una forma distinta de ser: un estado de atención máxima e ininterrumpida.

Lo que ella tiene, y lo que pide a sus seguidores que tengan, es el tipo de atención que se alza sobre el ruidoso carnaval actual de emociones.

Aunque el contenido de sus palabras no tenga nada que ver con lo divino, su fe justa e intachable en la verdad y en las personas parece casi bíblica en esta época en la que predomina lo hiperprosaico. Su resuelta atención y la coherente acción que la acompaña parecen de hecho síntomas de un síndrome en tanto recuerdan a la gente hasta qué punto está contaminada por el cinismo, la excesiva ironía y la ira intrascendente. La gente empieza a recordar lo que no recordaba haber olvidado: cómo actúan las personas y qué aspecto tienen cuando se comprometen. Es como si el mundo redescubriera el sabor de la atención resuelta, y la posibilidad de sustituir la ira por la resistencia a la distracción.

Puede que ello se deba a que todos empezamos a darnos cuenta de

que esta vez las cosas son lo bastante graves para exigir nuestra atención.

Quizá sería beneficioso para todos ser conscientes de que obligar sistemáticamente al individuo a desviar su atención es un rasgo distintivo del fascismo. Sus interminables y extravagantes espectáculos, y la reacción a cada una de esas infinitas irracionalidades, agotan al individuo, machacándolo hasta provocarle finalmente un aturdimiento irreversible. Quizá debamos entender que ahora todos nos hallamos en estado de supervivencia y que no hay lugar para la ira.

Solo una atención correctamente dirigida puede anular las distracciones y permitirnos centrar nuestra mirada en el núcleo del problema. Esta atención nos permitirá ver las principales arterias de nuestra difícil situación, identificando cómo discurren a través del cuerpo político de nuestra vida cotidiana. Solo si enfocamos nuestra mirada sin pestañear en el funcionamiento de la maquinaria política podremos evitar quedar aturdidos por las fascinantes pero insignificantes representaciones de ella que cada día se nos ofrecen. La atención puede permitirnos observar con claridad las cuestiones de nuestra época, erradicando los irritantes espectáculos fabricados para mantenernos ocupados. De lo contrario, estamos abocados a convertirnos en toros bravos perpetuamente enfurecidos, como yo misma hace años y como el joven de la Universidad de Maynooth. Y, de hecho, solo cuando nuestra atención está intacta podemos encontrar la serenidad de espíritu necesaria para mirar a nuestro alrededor y ver quiénes son los que necesitan una auténtica solidaridad: los que sufren en silencio tras sus sonrisas forzadas.

Probablemente no es casualidad que Greta sea una mujer joven. Pertenece a una tradición poco conocida en la historia de la filosofía moral de la que han sido pioneras sobre todo las mujeres: brillantes pensadoras como Simone Weil e Iris Murdoch, que han explorado el papel de la atención como postura moral fundamental. Es una idea de la que todos somos conscientes sin saberlo: la ira, pese a su deliciosa sensación de poder, tiene sus límites a la hora de concebir el mundo y el propio yo. Estoy bastante segura de que ni Simone ni Iris temían parecer furiosas: reprimir su ira no provenía de un deseo de mantener una imagen de control; pero puede que supieran que, cuando la ira abarca toda nuestra existencia, deja menos espacio a lo frágil y, por ende, a lo hermoso.

*

Como preveían los espectadores, la pelea en la calle en Estambul dura solo unos minutos. Y la predicción de mi interlocutor resulta

acertada. El tipo pequeñajo con el coche destrozado lanza el puñetazo decisivo. El grandullón, con medio cuerpo ya en el todoterreno, maldice para salvar la cara. Ante nuestros ojos, Goliat se desmorona de vergüenza, y de repente el coche cutre de David parece un Mustang. Mi rey pescador me da un golpecito en el brazo con el codo.

–¿Has visto? Te lo dije. Siempre gana el más enfadado. ¿Tienes un cigarrillo, cielo?

Se enciende el cigarrillo y da una larga calada como si sellara su propia victoria. Saborea el momento con la mirada fija en el vacío. Tiene los ojos húmedos. ¡Cómo ansiamos esos momentos de victoria para nuestros Davides interiores!, pienso, y no es de extrañar, dado que tantos de nosotros creemos que solo la ira nos brindará un resultado justo. Al fin y al cabo, es lo único que tenemos en abundancia, y lo único de lo que los Goliats tienen menos que nosotros. Pero si logramos sustituir la ira por la atención, nuestras victorias podrían durar más que unas deliciosas caladas.

6. ELIGE LA FUERZA ANTES QUE EL PODER

Hace más de veinte años, en un remoto pueblecito del sureste de Turquía afligido por una perenne escasez de agua, unos mil quinientos hombres se reunieron en torno a la piscina olímpica de una magnífica mansión para celebrar una conferencia de paz entre dos señores feudales. Las conversaciones habían de poner fin a una larga y antigua venganza. Se colocaron alfombras para que los hombres pudieran sentarse con las piernas cruzadas y beber cantidades interminables de café árabe *(mırra)* durante las negociaciones, y, más tarde, pudieran disfrutar comiendo kebab una vez sellado el pacto. Por entonces yo tenía veinticuatro años y era la única mujer que asistía a la reunión. Como cualquier novato que se las da de genio, estaba segura de que encontrar y entrevistar a uno de aquellos caciques mafiosos –una figura prominente en el aparato estatal ilegal de Turquía– era una gran idea, y más teniendo en cuenta que me acompañaba un reportero gráfico rubio que parecía aún menos masculino que yo.

Mientras me quedaba plantada en vaqueros ante la enorme puerta de la mansión, armándome de valor para entrar, recuerdo que pensé: «Ahora, o camino como una reina guerrera, o desaparezco.»

Mi ceño fruncido, el larguísimo pañuelo de seda que flameaba al moverme y la exagerada fuerza de mis pisadas funcionaron: a los diez minutos, el tío de mediana edad encargado del *mırra* comenzó a actuar como si fuera mi sirviente personal, siguiéndome a todas partes, y los hombres habían empezado a dirigirse a mí como «señora». Descubrí que, cuando caminas como si fueras alguien y mantienes la boca cerrada, la gente tiende a creer que eres alguien de verdad; y alguien poderoso, además.

–Pero no puedes caminar así, como si fueras a la guerra.

Mientras escribía *Cómo perder un país* –donde analizo la proliferación de males políticos y morales que afligen a nuestra época– estando completamente sola en mi piso de Zagreb, decidí que, dado que no podía hacer mucho por reparar mi estado mental, debía intentar al menos restaurar mi cuerpo. Fue así como inicié mis sesiones de pilates con Asja, la entrenadora personal más fiable de toda la ciudad.

Apenas entré en su estudio empezó a regañarme.

–Querida, si golpeas con tanta fuerza los talones, tus articulaciones sufrirán. Contente, resiste a la gravedad. Sé ligera. Ser ligero es ser fuerte.

Asja, que ha sido levantadora de pesas, sabe unas cuantas cosas acerca de cómo resistir a la gravedad. Ahora, a sus cincuenta y tantos años, sus elegantes movimientos coordinan sus marcados músculos de tal modo que se acerca a ti como el mascarón de proa de un barco al que todos los vientos resultan mágicamente favorables. Su agradable voz lleva suavemente tu cuerpo a un lugar en el que ya no temes el impacto de la piedra enterrada al dejarte caer sobre la nieve. Lejos de ello, te entregas, como hice yo, y empiezas a hablar de tus heridas y a contar la historia de cómo te las hiciste. Todavía recuerdo la forma en que Asja me siguió la corriente cuando le conté la hazaña de cómo había inventado mi paso de reina guerrera hace más de veinte años.

Sin embargo, no pareció en absoluto impresionada.

Imaginando que no había entendido lo que quería decir, le repetí lo esencial:

–Esa es mi forma de parecer intimidante. ¿Entiendes a qué me refiero?

Ella sonrió con expresión burlona:

–Las reinas guerreras no caminan como elefantes, querida. Hay una gran diferencia entre parecer poderoso y ser fuerte. Y yo voy a hacerte más fuerte.

Desde el primer día me dejó claro que nuestra prioridad era fortalecer mi columna vertebral, corregir mi postura para que pudiera resistir la gravedad, no mediante una exhibición forzada de poder, sino mediante la auténtica fuerza.

–La fuerza es invisible –me dijo–; no tiene nada que ver con músculos hinchados.

Lo primero que hizo fue ponerme delante de un espejo para que viera lo contrahecho, encorvado y contorsionado que estaba mi cuerpo. Durante los últimos cuatro años, su espejo –o, mejor dicho, mi imagen reflejada en él– ha sido una parte integral de nuestras sesiones. Lo que allí veo es un cuerpo femenino, un ente acumulativo y complejo, que en la segunda década del siglo XXI aún intenta averiguar su auténtico tamaño y su verdadero peso.

Todavía no existe ningún espejo capaz de mostrar el auténtico tamaño de un cuerpo femenino. Nuestros cuerpos se consideran a la vez lo bastante pequeños para descuidarlos y demasiado complicados para comprenderlos. Cuando necesitan un reconocimiento apropiado se los considera demasiado débiles, y cuando anhelan un abrazo incondicional se los rechaza por ser demasiado grandes. Tal es el cuerpo femenino: irremediablemente esculpido a lo largo de tres mil años; quemado vivo cuando no es deseado, o, cuando arde por dentro con pasión, prontamente extinto; oculto o exhibido, exprimido y

cebado, amado de lejos y vigilado de cerca. Nuestra carne debe ser maltratada para ser glorificada, y solo se la celebra cuando se desvanece por completo.

Esa mirada omnipresente, por más que intentemos olvidarla o rechazarla, sigue modelándonos al gusto del poder de turno. Tanto el altivo enfurruñamiento del «Jódete» como la sumisa sonrisa del «Quiéreme» deforman nuestra postura por igual. E, irónicamente, ambas posturas provocan el mismo dolor en la columna vertebral.

Durante siglos no ha habido un solo día de descanso para este cuerpo: desde que tenemos memoria hemos estado o resistiendo o sometiéndonos. Sin embargo, ya sea con la ligereza de pies de una bailarina o las ruidosas pisadas de una reina guerrera novata, hemos conseguido caminar hasta aquí. Por desgracia, esta magullada maravilla sigue constituyendo la única dirección en la que recibimos la vida y respondemos a ella. Y aquí estamos, plantadas ante un espejo que ahora se llena con un frenesí de imágenes violentas, amenazando con destruir por completo el cuerpo femenino que nos mira a su vez. Ninguna mujer es ajena a esta oscura realidad si no rechaza de plano la idea de intentar siquiera encontrarse en el espejo de nuestro tiempo.

–Estoy harto de tener que aminorar el paso cuando de noche camino detrás de una mujer para que no se asuste –me decía un amigo varón de Turquía en 2019.

Los demás hombres del grupo empezaron a quejarse con entusiasmo de lo cansados que estaban también ellos de que los vieran como potenciales depredadores en este mundo del MeToo. Las mujeres del grupo nos quedamos sin palabras, con los ojos abiertos como platos. «¿Por dónde empezar?», pensaba cada una de nosotras. ¿Quizá por el hecho de que en lo que iba de año 474 mujeres habían muerto asesinadas en Turquía? ¿O de que a la mayoría de los hombres que cometían «feminicidio» se les dejaba en libertad porque «expresaban su arrepentimiento» en los tribunales? ¿O con la ineludible conclusión de que la razón última para que los hombres maten a las mujeres parece ser simplemente que *pueden* hacerlo? Y sin embargo, ahí estábamos, con mis amigos íntimos varones sumidos en tal estado de agraviada agitación que acabé por dudar de si debía o no decir que en realidad resulta un poquito más difícil ser la mujer que camina delante por la noche, pensando en todo momento que alguien puede agredirte.

Es demasiado fácil creer que toda esa violencia contra las mujeres y la constante infravaloración que se hace de ella se producen siempre en otro sitio, entre los «palurdos». En realidad, como descubrí aquel día con mis amigos, la violencia está en todas partes y de hecho empieza en el mismo momento en que decimos: «Bueno, mejor cambiamos de tema.»

Se ha desatado un odio global, babeante, contra la mujer, y ese rencor no es accidental. Los ataques son subrepticios, pero devastadores; intermitentes, pero decisivos. Llegan a través de un cambio insignificante en alguna ley o de un aumento inadvertido de la confianza en sí mismos que muestran cierto tipo de hombres en la calle. Es como una anguila que se nos escurre por todas partes. Su primer impacto es tan leve que o bien nos quedamos dudando, o bien no nos alarmamos lo bastante como para responder. Y a veces esos ataques parecen tan absurdamente obsoletos que muchos de nosotros los juzgamos dignos de burla. Cambiamos de tema... hasta que llega un momento en que ya no podemos. Porque, por más que pueda demorarse nuestra reacción, eso no altera el hecho de que hay una guerra en curso. No solo el cuerpo y la mente de la mujer, sino también lo que hay de femenino en el hombre debe aprestarse al combate. Esta guerra no es únicamente contra las mujeres: es contra todo lo femenino.

Sin embargo, algo inusual, un rayo de luz, está atravesando las oscuras imágenes del espejo. Mientras escribo estas palabras, las mujeres polacas salen a la calle para defender su derecho al aborto. Hace unas semanas fueron las bielorrusas las que se rebelaron en las plazas de Minsk contra un dictador varón. Al mismo tiempo, las mujeres afroamericanas se alzaban contra la supremacía masculina blanca en un movimiento que inspiró al mundo entero. De hecho, desde hace un par de años este tipo de imágenes van en aumento: mujeres irlandesas acudiendo desde todo el globo para votar contra la prohibición del aborto; adolescentes kurdas librando solas en Siria la guerra más repugnante de la humanidad; mujeres chilenas creando un himno mundial contra la violación; mujeres sudanesas coreando «El sitio de la mujer no es el hogar; el sitio de la mujer es *al-thawra* (la revolución)»; mujeres indias liderando las protestas más duraderas hasta la fecha contra el despiadado líder Modi; mujeres libanesas dando puntapiés a los soldados en las calles mientras exigen un sistema justo; mujeres iraquíes intentando hacer oír la voz largamente olvidada de un país devastado por la guerra...

Cuando esas imágenes de oscuridad y de luz chocan entre sí, el siglo XXI parece ya una zona de guerra mundial en vísperas de la decisiva batalla final. Y eso es lo que veo cuando miro mi cuerpo en el espejo: las cicatrices de batalla de una guerrera, una de las muchas guerreras entregadas a esa lucha. Porque en esta batalla ninguna mujer, ni un solo cuerpo, puede permitirse el lujo de quedarse solo.

Tres años después de que empezara a arreglar mi forma de mantenerme erguida, Asja sonrió cuando le dije:

–Puede que de verdad se avecine una guerra. Puede que tengamos que aprender a ser reinas guerreras.

También ella debía de ver lo que yo había visto en el espejo.

–Bueno, en ese caso será mejor que nos preparemos para la guerra –me respondió riendo sin mucho entusiasmo. Luego recuperó su característico tono de instructora–: Estar preparado implica quietud activa. Alinea todo tu cuerpo. Siente todas las conexiones.

En todo el mundo, los representantes de lo masculino-radical se han puesto en marcha y están más envalentonados que nunca. Lo masculino-radical abarca los peores aspectos de lo humano: destructivo en su idiotez, calculador en su ignorancia, santurrón en sus carencias... Incluye un amplio espectro que surge de la materia oscura que reside en el núcleo de la virilidad y abarca todo lo que esteriliza la vida, incluida la obediencia de sus contrapartes femeninas. Fueron sus ancestros quienes quemaron vivas a las mujeres cada vez que la estructura de poder se veía amenazada por el caos y se juzgaba necesario encender la hoguera para limpiar el mundo de complicaciones.

Hoy se organiza y moviliza a través de la amplia sonrisa del nuevo fascismo, y se extiende por todo el globo. Está en todas partes. Si ven que ese acto va a consolidar su poder, sus dirigentes –ya sea en Moscú, Washington o Ankara– utilizan la extrema piedad del conservadurismo religioso para enardecer el odio contra las mujeres, independientemente de su religión. Las capitales caen una tras otra en las manos más habituadas a magrear cuerpos femeninos. La única forma en que lo masculino-radical puede interactuar con el mundo que lo rodea es anhelando y conquistando aún más poder. Pero en eso mismo radica su debilidad. Lo masculino-radical no es fuerte en absoluto, sino tan solo un desorbitado acto de poder. Por desgracia, está armado con el aparato estatal de algunas de las naciones más poderosas del mundo.

Sin embargo, esas armas no solo se dirigen contra las mujeres. Todo lo femenino es objeto de ataque. Lo femenino incluye asimismo un amplio espectro que surge de la gozosa materia que reside en el núcleo del cuerpo de la mujer y abarca todo lo que resulta ser fértil, incluida aquella parte de la identidad masculina que por hacerla suya tantos hombres han sido ridiculizados. Lo masculino-radical no puede soportar nada fluido, sea el género o los ríos; todo tiene que estar fijo para que se sienta seguro. Hay que uniformar todas las irregularidades. Lo que amenaza tanto a los cuerpos de las mujeres como a la propia Tierra es el mismo lema masculino-radical: poder significa destrozar; gobernar significa controlar; existir significa poseer.

Y aquí estamos, aguardando en un estado de quietud activa. El concepto de quietud activa alude a la acción que se desarrolla cuando

todavía no ha ocurrido nada. La mente lo sabe, todos lo sabemos, estamos a punto de actuar. Pero primero debemos ser capaces de identificar la determinación de lo masculino-radical, que arrasa todo lo hermoso en su intento de lograr un propósito: dominar. Es crucial que quienes se oponen a esas fuerzas, y quienes son blanco directo de ellas, descubran, o inventen, una idea central que conecte todas las luchas en las que nos hallamos inmersos. Como el cuerpo que está a punto de actuar, debemos reforzar las conexiones, aunar todas nuestras acciones dispersas, prepararnos para un único y repentino movimiento. Esta es una sola guerra, por lo que se necesita un solo núcleo unificador que conecte a todos los que luchan en ella.

Sin embargo, estamos preparados. Estar preparado es algo instantáneo: ocurre cuando no hay tiempo para preliminares, y lo que tiene lugar es una rápida transformación de nuestro estado mental. Lo femenino-colectivo, actuando como un solo cuerpo, ya se ha puesto en marcha para responder al mayor ataque de la historia a todo lo femenino: un ataque a nuestros ríos, nuestro aire y nuestro suelo. Desde Canadá hasta las selvas amazónicas, desde docenas de pueblecitos turcos hasta las «abuelas anti-*fracking*» que en el Reino Unido pararon los pies a una empresa de perforación petrolífera, desde las rescatadoras de bosques de Kenia hasta las jóvenes activistas climáticas, en todo el mundo son las mujeres las que están liderando la resistencia para impedir que lo masculino-radical esquilme la Tierra. Protegen todo lo que es fértil igual que protegen sus cuerpos. Saben que acaso sus opresores no tengan límites a la hora de exhibir un poder brutal, pero también saben que la fuerza es más duradera que el poder. Y la fuerza viene de dentro. Su objetivo no es solo arrebatarle el poder a lo masculino-radical. Lo femenino debe reemplazar la dominación por el cuidado, la competencia por la cooperación, y la expoliación del planeta y de la humanidad por el sustento y el apoyo mutuos. En el siglo XXI lo femenino puede reemplazar el poder por la fuerza. Es, si se quiere, una revolución moral.

*

—Ten cuidado —me dice Asja mientras me alcanza la tabla de equilibrio—. Estarás sobre una superficie inestable. No hagas ninguno de esos movimientos raros con los brazos. El equilibrio no viene de los brazos, sino de un centro fuerte, el resto es un acto circense. Concéntrate en tu centro y hazlo fuerte. Y fíjate en un punto estable, es más fácil mantener el equilibrio cuando lo haces.

La inestable superficie política y moral de nuestro tiempo nos engaña para que hagamos demasiados movimientos innecesarios. La constante manifestación de disgusto por los ataques de lo masculino-

radical, las repetidas expresiones de conmoción por su codicia, el interminable bucle de compartir la desesperación y la decepción no es ni quietud activa ni acción propiamente dicha. Es solo un engañoso estadio intermedio. Únicamente desequilibra y agota el centro.

Perderse en nuestras diferencias y en las distancias que nos separan –esto es, en interminables guerras culturales en torno a arrogantes políticas identitarias– no es más que un «acto circense», como los movimientos raros con los brazos que hacen casi imposible el equilibrio. Nosotros –hombres incluidos– debemos unirnos en la empresa de construir un mundo femenino. Y, sin duda, la alegría de nuestra acción aunada y concertada nos proporcionará un punto estable en el que fijarnos. Unidos nos convertiremos en un Atlas femenino que sostendrá el globo. Pero esta vez, cuando nuestra lucha haya terminado, las cosas serán distintas. Seguiremos manteniéndonos unidos *después* del final, nadie nos ordenará volver a casa cuando el polvo se asiente. Porque el mundo también está preparado.

A medida que el sistema actual se desintegra está surgiendo un vacío de poder. Si todo lo femenino se prepara adecuadamente y reivindica el futuro, será posible construir un nuevo mundo desde el interior de esta confusión. Lo femenino, nuestra Señora Atlas si se quiere, necesita levantar el globo y estabilizarlo para detener el intento concertado de deshacerse de ella; de una vez por todas.

Mi ejercicio favorito es la plancha, Asja sabe por qué. La plancha tiene que ver con cuánto dolor puedes soportar. Y eso es lo mío. Pero ella me advierte:

–Presta atención. Distingue el dolor bueno del malo. No queremos dolor malo. Solo dolor bueno. El dolor bueno te fortalece y te corrige.

En estos tiempos cruentos hay muchos embaucadores que intentan demostrar que evitar el dolor es la opción correcta, incluso la única. Y no solo eso, sino que además nos enseñan cómo hacerlo estéticamente. Prometen guiarnos a un refugio seguro en medio de la tempestad de dolor actual, acogiéndonos en una serena orilla mental, lejos de la realidad. «Esa es la forma de sobrevivir», dicen, y puede que algunos de nosotros lo hagamos. Sin embargo, centrar nuestra vida en evitar el dolor equivale a rechazar nuestro anhelo instintivo de compartir. Si te conformas con esta moral de supervivencia, adelante, hazlo. Pero descubrirás que ese es el más solitario de los lugares, y que el suyo es un dolor *malo*, intrascendente y corruptor. Un refugio es un lugar estrecho en el que no puedes sino empequeñecerte poco a poco; al final la columna vertebral se dobla y la circulación se detiene. El cuerpo se paraliza.

El dolor bueno proviene de compartir la carga de nuestro tiempo.

Hacer todo lo que puedes y más para aliviar el peso de otros sin duda provoca dolor. Pero cada uno de esos dolores viene acompañado de una historia real, y viceversa. Son las historias compartidas que demuestran que una vez pasamos por esta tierra. Sin el dolor de compartir la carga no nos ponemos a prueba; somos como un barco fantasma a la deriva en medio de la noche.

–Queremos que no haya tensión en la cara ni respiración forzada. Que parezca fácil –me dice Asja. Eso es lo que me ocurre cuando ya no puedo seguir y empiezo a suplicar que termine la sesión a través de mis resoplidos–. Tómate un descanso y vuelve a intentarlo. Y esta vez respira bajo tu coraza.

Pese a todo el entusiasmo que encierra la afirmación «un mundo femenino es posible», cuando ya no podamos avanzar no terminará la lucha. Sabemos lo despiadada que puede llegar a ser la apisonadora del fascismo. No estoy segura de que haya que hablar a los jóvenes de las perversas profundidades a las que se ha arrojado a las mujeres en numerosas ocasiones en el pasado. ¿Chile, Argentina, Irán, Turquía, las cámaras de tortura donde en las décadas de 1970 y 1980 se destruyó a una generación igualmente valerosa? Pero, bueno, hablar de la caída no evita la caída, ¿verdad?

Sin embargo, la fachada que erigimos sí que importa. Es la imagen que conocerán y por la que nos recordarán quienes busquen inspiración. Las mujeres más jóvenes que nosotras no deben vernos acobardadas y, por ende, temerosas de la realidad, pues esta nunca ha sido del todo dolorosa; y las mayores no merecen que las defraudemos por no ser capaces de mantener la compostura. No podemos permitirnos el lujo de desanimar a las primeras ni decepcionar a estas últimas. Y si fallamos, no tenemos derecho a hacer de ello una historia épica. ¡Qué arrogante es anunciar el fracaso solo porque hemos fracasado! Si hemos de volver a intentarlo, esta vez tenemos que respirar mejor.

Respira bajo tu coraza. No contengas el aliento esperando que el esfuerzo termine cuanto antes. Vive. Vivir –mientras estés vivo– siempre ha sido posible, incluso durante las mayores catástrofes de la historia. Sigue siendo posible amar, reír y encontrar la alegría bajo nuestra coraza. Y esas historias gozosas deben transmitirse a los jóvenes.

Tenemos que hablar de los tiempos en los que respirábamos a pleno pulmón. Hay que repetir una y otra vez las historias que narran cómo la alegría de la dignidad femenina ensancha el pecho. También ellos deben saber que las batallas cotidianas de todas las guerras no se libran por ideas o por ideales, sino por los amigos, por la persona que

lucha a tu lado. A veces, si vuelves a intentarlo, es solo por ellos.

–Mira, ¿lo ves?

Últimamente Asja se muestra orgullosa del aspecto de mi cuerpo, de mi nueva manera de caminar y, sobre todo, de mi forma física al levantar cosas del modo apropiado. De vez en cuando me enseña los nuevos músculos que aparecen en mi brazo o en mi pierna.

–¿Lo ves? Este es nuevo.

Sin embargo, sigo fallando con las pesas más pesadas. Ella me da una palmadita en el hombro:

–Ya llegaremos a eso. Ten paciencia.

Lo femenino, todo lo femenino, es más paciente que la muerte. Es lo bastante resiliente como para esperar más de dos mil años para volver a florecer. El 9 de octubre de 2020, en Israel, dos científicas lograron reproducir dátiles a partir de semillas de más de dos milenios de antigüedad que se habían encontrado en excavaciones arqueológicas. Solo una de las numerosas semillas resultó ser de género femenino, pero esa única hembra fue muy afortunada.

El árbol fue bautizado con el nombre de Jeremías hasta que creció lo suficiente para revelar su sexo; entonces pasó a llamarse Ana. El parto duró quince años. La primera pequeña cosecha de frutos de Ana se celebró en todo el mundo. Aquella dama de dos mil años había regresado de las profundidades de la historia para resucitar en nuestra época con agua, aire, tierra y una atención resuelta, además de una fe inquebrantable en todas esas cosas; y en todo lo femenino.

Le conté a Asja lo del árbol Ana mientras adoptábamos nuestras posturas de equilibrio; apoyadas en un solo pie, parecíamos dos árboles enfrentados en el espejo.

En sus ojos brilló una chispa de malicia. De repente abandonó su postura de árbol, se llevó las manos a las caderas y me preguntó:

–¿No es una gran historia para ese libro que estás escribiendo?

Sin poder evitar cierto orgullo por haber conseguido finalmente que se interesara en una historia, asentí con frialdad. Ella añadió:

–Necesitamos más historias de ese tipo. –Unos segundos después terminó la frase con expresión seria–: Hoy más que nunca.

Luego volvimos a nuestros árboles, dos Anas plantadas una junto a otra, manteniendo pacientemente el equilibrio en tiempos inestables.

–Mírate al espejo y fíjate en ti misma. Alarga el cuello y mantente erguida. Quiero ver un poco de gracia –me dijo.

Conseguí hablar sin que se me escapara una risita.

–¡Por supuesto, Su Gracia!

Ambas sonreímos bajo nuestra coraza. De repente la luz otoñal reflejada en el espejo parecía más intensa.

7. ELIGE SUFICIENTE Y NO MENOS

En julio de 2020, como corresponde a una auténtica víctima del confinamiento de clase media, llegué a un momento álgido, aunque decepcionante, en las nuevas aficiones que había estado cultivando por puro aburrimiento.

Era mi segunda cosecha coronavírica, pero lo único que podía exhibir era un tomate auténticamente penoso y un manojo de rúcula prematura. Los productos de mis dos meses de cultivo en miniatura eran innegablemente escasos; tan escasos, de hecho, que no parecía apropiado comérselos sin más. De modo que decidí darme un capricho y buscar algún que otro aplauso virtual en Instagram por mis esfuerzos.

Mientras colocaba delicadamente mi obra maestra sobre las hojas de papel A4 que tenía más a mano para que las fotos que iba a compartir tuvieran un fondo perfecto, me di cuenta de que había cogido la copia impresa del primer borrador de este capítulo. Junto al triste tomate, de repente el capítulo me pareció insuficiente. Mi idea inicial de elogiar el concepto de *menos*, de que la aceptación de ese ideal implicaba dar un paso adelante hacia un mundo mejor, resultaba demasiado ingenua.

En el fondo yo seguía siendo la misma: «una ferviente crítica del capitalismo» –como me definen–, y defensora de la teoría de que la humanidad debe abandonar su obsesión por el crecimiento económico, de que el mundo puede vivir con un metabolismo menos activo. Como cualquier persona sensata, me opongo al extractivismo que arranca las entrañas del planeta en busca de materias primas y a la clasificación de los seres humanos en función de sus méritos económicos. Sin embargo, mi entusiasmo inicial por la economía del *menos* se vio frenado por mi revelación coronavírica, una revelación que muchos de nosotros tuvimos en ese momento: *menos* era demasiado lento y demasiado poco.

Una vez te conviertes en agricultor, es muy probable que empieces a pensar como tal. De modo que, cuando no me dedicaba a escribir este libro, mi vida pasó a centrarse de repente en las condiciones meteorológicas y en la lucha contra la fauna urbana –insectos, cuervos, etc.– para proteger mis cinco cubetas de tierra, mi prototerruño. Aunque mi vida no dependía de mi cultivo, mi estado de ánimo no era muy distinto del de aquellos cuyos ojos estaban siempre fijos en el horizonte del suelo. Cualquier irregularidad resultaba aterradora; el cambio implicaba un peligro potencial. De pronto la imagen de

millones de personas optando por una vida más sencilla basada en el *menos*, desaprendiendo la sofisticación que había desarrollado la humanidad a lo largo de tantos siglos, parecía absurda. Para empezar, *menos* no era más, y simplemente no bastaba para nuestras necesidades cerebrales. La economía del *menos* es una parte importante del debate sobre nuestro futuro, pero no constituye una base suficiente para construir un nuevo modelo, especialmente cuando el mundo se desmorona.

El día de mi revelación, mi amiga Annelies se sintió tan turbada como sorprendida. Durante nuestro habitual café coronavírico vía Zoom me leyó una entrada del diario de Virginia Woolf correspondiente al 26 de enero de 1941, en plena Segunda Guerra Mundial:

> Sí, estaba pensando: vivimos sin futuro. Eso es lo raro: con la nariz pegada a una puerta cerrada.

Fue una extraña coincidencia, puesto que solo unos días antes ella había hecho una analogía similar para describir el actual estado del mundo:

> Es como si tuviéramos la cara contra la pared, pero, debido a la niebla, no supiéramos que estamos a punto de chocar con ella.

Dos escritoras, con casi un siglo de diferencia, sintiéndose igualmente atrapadas por los peligros de su tiempo.

–Tu analogía es más acertada –le dije–. Al fin y al cabo, aparentemente Virginia pensaba que había una puerta que en algún momento podía haberse abierto, pero nosotras sabemos con certeza que la nuestra es un sólido muro.

En el verano de 2020 la gente empezaba a preocuparse por las consecuencias económicas de la pandemia más que por el creciente número de muertos. Las aburridas clases medias habían terminado la fase de confinamiento que las había llevado a hornear el pan y aplaudir los tomates, y la mayoría de nosotros estábamos ocupados protegiendo nuestras pequeñas vidas de la mayor crisis del capitalismo hasta la fecha.

Esta no era ni remotamente comparable a la destructiva crisis bancaria de 2008. La catástrofe actual tenía que ver con una insostenible y grotesca desigualdad, imposible de arreglar con un rescate gubernamental. El fallo estructural era irreparable. El parón temporal de la economía mundial inducido por el coronavirus no era la razón de la crisis, pero sí había sido el catalizador del desastre.

Quienes entendían de economía, y conocían la historia de los indicadores económicos clave, comparaban el nivel de desigualdad con el que se había experimentado antes de la Primera Guerra Mundial. Y, a diferencia de la señora Dalloway, nosotros sabíamos que el capitalismo tenía la costumbre de superar sus crisis a través del conflicto internacional.

El problema era que la inmensa mayoría de la gente simplemente no entendía el ultracomplejo universo de la economía, lo que nos privaba de la posibilidad de describir la pared contra la que estábamos a punto de chocar, por no hablar de hacer planes para evitarlo. Incluso para los escritores como yo, cuyo trabajo consiste en entender e interpretar la niebla, el vocabulario de la economía global resulta inaccesible.

–En este momento, querida, tengo las mil páginas de *Das Kapital* de Piketty debajo de mi ordenador, así consigo ese ángulo visual perfecto en Zoom –le dije bromeando a mi amiga.

Pese a su extensión, en 2020 el libro de Tomas Piketty fue un éxito de ventas, dado que demostraba no solo que el sistema no funcionaba, sino que además nos precipitábamos hacia un fracaso de proporciones colosales. Cuando ella me preguntó si lo había leído, le respondí en tono sarcástico:

–Bueno, probablemente dice: «¡Es la economía, estúpido!»

Pero me vino a la mente el hecho de que, en general, en las últimas décadas nos habíamos vuelto tan despreocupados en nuestra ignorancia de la economía que, llegado el siglo XXI, apenas podíamos pensar en una solución mejor que el reciclaje o la compra de productos ecológicos para salvar al mundo del desastre apocalíptico.

Recuerdo que fue a mediados de la década de 1980 cuando de pronto quienes sacaban las mejores notas en nuestro instituto empezaron a hablar de estudiar «administración de empresas» en la universidad.

Incluso la propia expresión era nueva, y ni uno solo de nosotros sabía qué empresas pretendía que administráramos aquella carrera. La expresión formaba parte del nuevo enigma, como ocurre hoy con las tecnologías digitales. Incluso el mero hecho de pronunciar aquellas palabras bastaba para dejar atrás al resto de nosotros, en el viejo mundo de los ingenuos fracasados. Aquellos futuros administradores de empresas, especialmente los hombres jóvenes, se comportaban con el orgullo propio de una brigada de élite, conscientes ya de que habían sido educados para dirigir el nuevo mundo.

Luego llegó la década de 1990. Yo era una novata en una sala de redacción, y empezaba a surgir una nueva estirpe de periodistas: los reporteros financieros. En un reflejo de la carrera global hacia el

hipercapitalismo y su cultura conductual, parecían más corredores de bolsa –los intocables del nuevo mundo– que periodistas. Su forma de hablar del dinero era demasiado compleja para que los simples mortales la entendiéramos. Y ahora el tema del dinero era sinónimo de un debate sobre el conjunto de la economía; se convirtió en una cuestión que debían monopolizar quienes no tan solo entendían el juego de las finanzas, sino que además creían en él.

La cobertura del otro sector de la economía, la mano de obra, pasó a asignarse a los periodistas novatos, cuyos artículos apenas llegaban a publicarse a menos que hubiera alguna gran protesta en la que se golpeara a la gente con contundencia. Los pobres eran irrelevantes e invisibles en las páginas de economía hasta que los mataban, y aun entonces solo aparecían en una dramática foto en primera plana, ilustrando la tragedia como si fuera una catástrofe natural.

No éramos estúpidos, ya sabíamos que «era la economía»; pero ahora la economía eran solo números, y los números solo hablaban con otros números, no con nosotros.

A finales de la década de 1990 el aspecto humano de la economía se había desligado por completo de su aspecto higiénico y numérico, y había sido desterrado a una sección distinta de los periódicos: «artículos de interés humano». Quienquiera que se atreviera a mezclar ambos aspectos cometía una herejía.

Volvía a reinar esa atmósfera incómoda en la redacción. No era la tensión franca que conllevan las clásicas advertencias que con tanta regularidad he recibido. Sé de qué hablo porque en mis veinte años de carrera como escritora política he elegido temas tan espinosos como las cuestiones armenia y kurda. Pero esta vez era distinto.

Se trataba de un tipo de incomodidad que te hacía sentirte fuera de lugar. Una sensación de inadecuación que te invitaba sutilmente a avergonzarte. No conllevaba esa solemne expresión ceñuda que aparece cuando rompes tabúes políticos o culturales, sino una agria expresión de descontento, un farfullar palabras vagas.

–Esto ya ha quedado obsoleto, cariño. ¿Por qué no sigues con aquello otro? ¿Qué era?... La crítica cultural. Y si de verdad quieres escribir sobre otras cosas, escribe historias de interés humano.

Ese tipo de desaprobación imprecisa solo se manifestaba cuando yo escribía sobre huelgas obreras. Escribir sobre los «desfavorecidos» y sus terribles condiciones de vida estaba bien siempre que mantuvieras un tono lastimero y sentimental. Pero retratar a la clase baja como una fuerza capaz de cambiar el juego de la economía era intimidatorio. Cartografiar la explotación, y aludir a una posible salida, resultaba sencillamente inapropiado. La palabra escrita debía ser *objetiva,* no

«propagandística», como me han dicho en incontables ocasiones. Las palabras habían de mantener una postura neutral en la lucha de poder entre opresores y oprimidos.

El concepto de clase social era prehistórico, y, en consecuencia, también lo eran los principios del marxismo que había utilizado la izquierda para entender el mundo. Para Marx, la base material (la economía, la producción de bienes, la propiedad) definía la superestructura (la educación, el ocio, las normas sociales y los políticos que nos representan).

Ahora la relación entre ambas se había invertido. Los periodistas, que antes habíamos centrado nuestros esfuerzos en las huelgas laborales o en la desigualdad económica, nos convencimos de que, si analizábamos la superestructura con suficiente tiempo y preciosismo a través de la crítica cultural –preferentemente la crítica de la cultura popular–, podíamos influir en la base material y aliviar la aplastante presión que la economía ejercía sobre los miembros más vulnerables de la sociedad. O, mejor dicho, esa era la única forma de que las voces disidentes de la época tuvieran cabida siquiera fuera en la periferia de los medios de comunicación dominantes, los amplificadores del nuevo orden. A los pobres les importaba un pimiento nuestra crítica cultural, pero en este nuevo orden del mundo nunca se nos acababan los temas: los conflictos de identidades étnicas, sexuales y religiosas abundaban, y resultaban más vistosos que las desvaídas imágenes color sepia de los conflictos de clase.

Era como un contrato secreto: para ganarse la vida, las voces disidentes se comprometían a no abordar el conflicto fundamental en el que se basaba el sistema económico, y, como recompensa, se les permitía habitar los pintorescos guetos del mundo, el superpoblado Soho de la crítica cultural. Y así fue como muchos de nosotros nos unimos a la construcción del discurso progresista popular que confinaba la injusticia económica a las páginas de interés humano; el ocasional santuario redentor de la corriente dominante.

La pobreza era ahora una cuestión de identidad y había que tratarla como tal. Y poseer el poder de la palabra no cambiaba el hecho de que éramos consumidores domesticados de ese nuevo mundo, no audaces defensores de ideas capaces de transformar el sistema. Así empezamos a habitar el consumo ético, un inofensivo cajón de arena situado en la periferia del sistema. Ocasionalmente se entrevistaba a pensadores y economistas socialistas como quien exhibe al tonto del pueblo, pero nuestra principal tarea era mantener un discurso progresista popular divertido y carnavalesco. La izquierda había sido globalmente derrotada, y estábamos atrapados en la abarrotada sala de espera de la historia.

Esta ignorancia forzada tuvo dos importantes consecuencias. En

primer lugar, el conocimiento económico acumulado por los progresistas se borró de la memoria de los activistas políticos, en tanto resultaba imposible transferir esa experiencia a la nueva generación a través del discurso popular de la izquierda. Y en segundo término, ver y mostrar la sangre y el sudor que subyacen al rutilante sistema se convirtió en tarea exclusiva de ONG sin recursos, cuyo personal procedía principalmente de las clases medias cultas. Al final, solo unos pocos recordábamos por qué hablar de la injusticia, el pilar que sostiene el capitalismo, se consideraba «inapropiado».

En 2020, Tomas Piketty, en el libro que ahora apuntalaba mi portátil (y que acabaría leyendo y admirando), acuñó la expresión «izquierda brahmánica» para definir a los progresistas cultos que habían desconectado de una clase trabajadora que ahora apoyaba el populismo de derechas. Muchos de nosotros dominábamos el vocabulario de la teoría posmoderna, pero el mundo de los números, ese mismo mundo que dirigía y destrozaba el nuestro, era un territorio inexplorado cuyo lenguaje nos resultaba ininteligible.

Y en 2008, cuando la economía mundial se puso patas arriba, tuvimos que hacer un gran esfuerzo para ponernos al día.

—¿Podría explicarme los derivados?

Para la corriente dominante, el documentalista Michael Moore parecía tan solo un agitador izquierdista ligeramente irritante... hasta la crisis bancaria de 2008. Cuando se desató el infierno, un número de espectadores sin precedentes recurrieron a su documental de 2009 para entender qué había fallado.

En *Capitalismo: una historia de amor*, Moore planteaba una sencilla pregunta y buscaba una respuesta clara: ¿qué fue lo que detonó la bomba que derribó nuestras casas?

Al profundizar, dos términos concretos se revelaron los siniestros culpables: «instrumentos financieros complejos» y «derivados». Nuestras vidas como seres humanos estaban vinculadas a ambos, y, sin embargo, solo una pequeña minoría sabía exactamente lo que eran. Por desgracia, Moore descubrió que ni siquiera los responsables de adoptar decisiones en las altas esferas de la política conocían realmente su significado.

El cineasta reveló que los discípulos del dinero estaban ciertamente fuera de control, dirigiendo la economía global a su antojo; y nosotros, el pueblo, no estábamos mejor informados ni menos indefensos que los campesinos medievales que cultivaban tomates en sus patios traseros. Necesitábamos desesperadamente que alguien descifrara la complejidad actual de la economía para poder entender a qué debíamos oponernos. Pero estábamos demasiado machacados para

entender algo o intentar opinar sobre algo, demasiado exhaustos para repeler la niebla inaccesible. Hasta que ocurrió algo realmente inesperado.

Ciertos retos de la historia de la humanidad no requieren una educación política teórica, sino una crisis masiva, o una necesidad imperiosa de ampliar nuestro vocabulario político. En tales circunstancias de urgente necesidad de expresar nuestras demandas, las palabras que se han ido acumulando en la sala de espera de la historia de repente cobran vida y empiezan a circular por nuestra vida cotidiana. Casi de forma milagrosa, la gente recuerda las palabras que la ayudarán a resistir, aunque puede que no recuerde haberlas olvidado antes. Y eso fue lo que empezó a ocurrir en la primavera de 2020:

> [...] esta concepción de la ayuda mutua hunde sus raíces en el pensamiento anarquista, que subraya la necesidad de una reciprocidad mutuamente beneficiosa y la independencia de estructuras formales como la policía o el gobierno local. En este sentido, los Grupos de Ayuda Mutua Covid-19 trabajan para lograr un nuevo tipo de sociedad basada en la solidaridad colectiva.

En junio de 2020, Emma O'Dwyer, profesora adjunta de Psicología Política en la Universidad de Kingston, escribió un artículo para el sitio web de la Escuela de Economía de Londres en el que divulgaba los resultados de sus primeras investigaciones sobre más de cuatro mil grupos de ayuda mutua creados en el Reino Unido a raíz de la covid-19. Aunque muchos de estos grupos surgieron por necesidad, y con objetivos prácticos como el apoyo emocional a las personas aisladas, varios de ellos ya se estaban organizando para resolver cuestiones relacionadas con el alquiler de formas que solo unas semanas antes del confinamiento se habrían considerado ideas fantásticas propias de los tontos del pueblo. A medida que las condiciones económicas se hacían cada vez más desesperadas, aquellos mismos grupos, tanto en el Reino Unido como en Estados Unidos, empezaron a construir redes de ayuda mutua.

Los «fracasados» estaban organizando su resistencia contra los propietarios del bastión más antiguo e intocable del capital: la tierra. Para quienes habían sido testigos de la transformación impuesta a ambas sociedades hacia el capitalismo desbocado en la era thatcheriana y reaganiana, las acciones de estos grupos de ayuda mutua eran como el anuncio de una inminente tormenta contra el desvergonzado lema capitalista de «no hay alternativa».

Pero se estaba gestando una alternativa, y empezó a surgir una economía sumergida basada en dos ideas: compartir y cuidar.

Partiendo de cero, y en solo unos meses, la gente se organizó mientras se luchaba contra una pandemia mundial. Aunque muchos se unieron a estos grupos simplemente porque sentían el impulso de ayudar a otros, su propósito moral básico les permitió ver que la política era una parte real de la vida, y que, una vez se atrevían a dar un paso en la niebla artificial de los números, la economía resultaba ser algo que podían entender.

De repente, ser políticamente activo pasó de limitarse a recitar la teoría de la ayuda mutua de Kropotkin a estar presente en las decisiones a pequeña escala, pero trascendentales, que se toman en el mundo real, donde dicha teoría se convierte en práctica. Al fin y al cabo, no fue una determinada educación política la que motivó a la gente a tener voz y voto en la economía, ni el hecho de que se hubiera dedicado a estudiar los derivados: la crisis de la pandemia exigía su presencia en reuniones políticas para democratizar la vida, para evitar el muro contra el que todos estábamos a punto de chocar.

«Esas acciones solidarias pasajeras no significan mucho en el panorama general de la economía mundial.» A medida que la gente se atrevía a interferir en el aparentemente inmutable sistema económico, el mismo viejo e incómodo descontento que yo había vivido en las salas de redacción volvía a asomar la cabeza con su cara agria.

Eso no era nada nuevo. Durante décadas, una de las críticas más habituales dirigidas a quienes postulaban ideas progresistas había sido que no eran capaces de presentar propuestas sólidas en materia económica. Y cuando lo hacían, la respuesta instantánea era siempre: «Eso no es lo bastante realista.»

Al no tener voz ni voto en los medios de producción, y tras haber sido mentalmente excomulgados del ámbito de la economía por la «derecha mercantil» –como la denomina Piketty– durante más de cuarenta años, parecía lógico que los progresistas fueran irrelevantes para quienes se dedicaban a refutar todas sus propuestas justas y humanitarias. A estos últimos les daba igual el hecho obvio de que en la vida real la imaginación suele verse limitada por los medios del pensador. Expulsados literal y figuradamente del sistema, los progresistas eran incapaces de proponer un plan lo suficientemente realista para cambiar el mundo. Solo es posible imaginar una realidad mejor, y alcanzable, si se comprende nuestra realidad económica, y únicamente es posible comprender la realidad participando en ella. Tan solo un año antes de la pandemia, el problema era justamente esa participación.

–A mucha gente incluso le gusta sentirse un tanto alienada por el capitalismo, no entender del todo cómo funciona. Hay que reeducarla

políticamente. Luego habrá que ver qué poderes económicos realmente quiere.

Al final de una larga conversación sobre el nuevo movimiento económico de izquierdas, Johnny Gordon-Farleigh, de la organización activista Stir To Action, le decía al periodista del *Guardian* Andy Beckett que todo se reducía a si la gente estaba dispuesta o no a entrar en el complejo terreno de la economía para transformarla y democratizarla.

Uno de los artículos de fondo que había publicado el periódico sobre la nueva economía de izquierdas y sus logros concretos en el Reino Unido se centraba en el renovado interés de los progresistas en el activismo económico. Los experimentos realizados con los llamados «fondos de propiedad inclusiva» en ciudades británicas de tendencia izquierdista como Bristol y Oxford ya estaban dando sus frutos, al tiempo que prosperaban las empresas locales gestionadas por ayuntamientos. (*¡Atención, querido lector*! Como de seguro los porcentajes mencionados en las próximas líneas ya habrán captado tu atención, puede que te saltes instintivamente esta parte. No lo hagas. Debemos examinar esto juntos, sencillamente porque así es esta perra vida. De modo que allá vamos. El proyecto de propiedad inclusiva requiere que las empresas británicas con doscientos cincuenta empleados o más creen un fondo al que deberán transferir progresivamente el 10 % de su capital social a un ritmo propuesto del 1 % anual durante diez años. Esos fondos serán de propiedad colectiva de los empleados, y los dividendos devengados por las acciones de la empresa se distribuirán entre estos últimos, aunque con un límite de quinientas libras al año por empleado; el resto se pagará a Hacienda.) La propuesta ha pasado a formar parte de las políticas del Partido Laborista, mientras que el candidato presidencial estadounidense Bernie Sanders ya ha adoptado un plan similar.

La izquierda, pues, intentaba deshacer el nudo gordiano de nuestro futuro económico. La idea de democratizar las empresas para regular el capitalismo ya se había puesto en práctica antes de finales de la década de 1970, pero la valentía de proponerla a escala nacional y universal en el siglo XXI resultaba novedosa. Se debía en parte a los fallos ampliamente admitidos del capitalismo, un fenómeno que incluso se había documentado en 2016 en los informes del Fondo Monetario Internacional.

En 2020 el fallo sistémico se vio rematado por la pandemia. En agosto, por ejemplo, la economía británica se había contraído un 20,4 %, y el FMI pronosticaba que en las economías avanzadas la relación entre el déficit y el PIB pasaría del 3,3 % en 2019 al 16,6 % en 2020, lo que en términos profanos significaba que había llegado el invierno, y este era peor que el de la década de 1930 ligado a las grandes

guerras.

Hasta el Foro Económico Mundial cambió de tono. De repente su página web empezó a hablar un lenguaje distinto, aludiendo a la necesidad global de lograr un «compromiso para construir de manera conjunta y urgente los fundamentos de nuestro sistema económico y social de cara a forjar un futuro más justo, sostenible y resiliente. Ello requiere un nuevo contrato social centrado en la dignidad humana y la justicia social, y donde el progreso de la sociedad no vaya por detrás del desarrollo». De modo que había una muy buena razón para este ambiente favorable a las nuevas ideas en el pensamiento dominante, aunque estas pudieran herir algunos corazones capitalistas.

Por desgracia, aunque esta vez se daban las condiciones para desencadenar una *petite revolution* que democratizara la economía, el conjunto de la ciudadanía no estaba tan entusiasmada por tener voz y voto como muchos teóricos de izquierdas querían suponer.

La pacificación de la sociedad a lo largo de cuatro décadas, el esfuerzo por convertir a la mayoría de los trabajadores en firmes creyentes en el capitalismo como estado natural de la humanidad, aparentemente habían tenido éxito. Pese a todos los actos de solidaridad surgidos debido a la pandemia, no podía decirse que la ciudadanía en general se mostrara demasiado entusiasta en lo relativo a reclamar su parte de poder en la economía política. La atmósfera apocalíptica se hallaba tan extendida que muchos sufríamos ya de nihilismo.

A muchos de nosotros las propuestas de la izquierda nos parecían demasiado buenas para ser verdad, y de todos modos, aunque se llevaran a la práctica ya era demasiado tarde para el planeta. Recuerdo que en 2019 un taxista afroamericano de Washington me dijo que le gustaba Alexandria Ocasio-Cortez, pero que no iba a apoyarla. La razón: era «demasiado verde». Cuando le pregunté a qué se refería, me dio una respuesta que resultaba bastante reveladora de la percepción generalizada de las propuestas económicas progresistas:

–Ya sabe, arcoíris y unicornios.

En su libro, Piketty formula tres propuestas que no tienen nada que ver en absoluto con arcoíris ni unicornios: un reparto más amplio del poder en las empresas para constituir una auténtica propiedad; el establecimiento de impuestos progresivos a las grandes fortunas de modo que la propiedad del capital sea temporal, y la creación de una dotación de capital universal para cada joven adulto. Piketty cree que esta última medida, que se financiaría con el impuesto sobre el patrimonio, resulta esencial «si de verdad se quiere difundir la riqueza para permitir que el 50 % que menos tiene pueda adquirir activos significativos y participe plenamente en la vida económica y social».

Pero entonces ¿cuántos de nosotros estamos dispuestos a «participar

plenamente en la vida económica», a tomar parte en el proceso de adopción de decisiones en el trabajo y a contribuir a ese complejo asunto de la elaboración de presupuestos? ¿Nuestro nihilismo –ya sea el resultado de numerosas y reiteradas decepciones o una reticencia aprendida debida a la despolitización a lo largo de varias generaciones– nos permite levantarnos y cargar con el peso de la transformación del capitalismo? La cuestión de nuestro tiempo pronto será la siguiente: ¿hay suficientes personas dispuestas a entrar en el juego después de que se las haya mantenido al margen durante todos estos años, y especialmente cuando el propio juego se está desmoronando? ¿Podemos transformar la empresa, el mecanismo de relojería que reside en el corazón del capitalismo, en una entidad con responsabilidades morales auditables para con sus empleados que importen tanto como el nivel de producción y los beneficios? ¿Podemos imaginar e implementar una política económica que acabe eliminando el concepto de propiedad privada y haga de la acumulación de capital algo ilegal e inmoral a un tiempo? Y lo que es más importante: ¿tenemos el aguante necesario para iniciar esta inmensa tarea con pequeños pasos como la creación de una cooperativa en nuestro ámbito laboral o el fortalecimiento de los grupos de ayuda mutua en nuestra propia comunidad? ¿Tenemos voluntad bastante para romper el muro contra el que estamos a punto de chocar, especialmente en un momento en el que la sensación de desenlace parece tan sólida? Al fin y al cabo, cuando tenemos problemas tan enormes, hablar solo de *menos* no parece suficiente. Pero ¿qué es suficiente, entonces?

En julio de 2020, todas las cadenas de tiendas multinacionales tenían su propia marca de puestos de desinfección diseñados para la entrada de sus comercios. Ahora la gente podía realizar sus abluciones coronavíricas antes de entrar en H&M o en Zara para recuperar la sensación perdida de la llamada normalidad. Ya no nos sentíamos culpables por colaborar con el consumismo. Ahora teníamos una misión: rescatar la economía global mediante nuestras compras.

En el nuevo acto del capitalismo, comprar una camiseta que no necesitábamos equivalía a proteger al empleado de un taller de trabajo esclavo de la eventualidad de morir de hambre. Tan sacrosanta era nuestra cruzada en favor de la mercancía que de repente nos dedicábamos a rescatar el barco del capitalismo del naufragio con nuestros pequeños cubos. De alguna manera, para muchos de nosotros, esta opción parecía más realista que los arcoíris y los unicornios.

En los comercios independientes locales tenía lugar una transacción económica especialmente sentimental. De pronto comprar menos

resultaba una idea egoísta cuando la tienda de comestibles de tu barrio estaba a punto de quebrar. Aguantábamos juntos: los consumidores, como aterrada tripulación de la economía de libre mercado; y los productores, que no estaban menos desesperados que los pasajeros de segunda clase del *Titanic*.

Cuando nos sentimos solos de verdad fue al ver que, en agosto, el excéntrico multimillonario Elon Musk daba saltos de alegría después de que la *Crew Dragon*, la primera nave tripulada de SpaceX enviada a la Estación Espacial Internacional, regresara a la Tierra sana y salva. A muchos de nosotros su cohete nos pareció un plan de escape para los superricos. Y como parte de quienes con toda certeza no podrán marcharse en una nave espacial, ahora nuestra tarea consistía tanto en democratizar la economía como en hacer un pacto para regular la producción, el consumo y las transacciones económicas a fin de mantener vivo el planeta y mantenernos con vida a nosotros mismos. ¿Cuál sería la esencia de ese pacto? Empecé a pensar en ello.

«La felicidad es saber que tienes suficiente.»

Al final de unas extrañas vacaciones de verano en la Europa de la covid, cuando todos empezamos a ser conscientes de la aterradora realidad económica del tiempo que habíamos permanecido encerrados, yo leía la definición de felicidad de Kurt Vonnegut y me planteaba la pregunta: «¿Qué es suficiente?»

Al contrario de lo que muchos podrían suponer, el capitalismo no funciona en un bucle cerrado de deseo inventado y satisfacción constante de ese mismo deseo. En realidad, es el miedo a dicha satisfacción el que constituye el núcleo del funcionamiento del sistema.

El capitalismo ha encriptado en cada individuo la creencia de que «en el momento en que esté satisfecho, mi existencia carecerá de validez». No es el mito de la felicidad lo que nos impulsa. Antes bien, es la máquina de movimiento perpetuo de la infelicidad la que nos convierte en colaboradores activos del sistema.

La idea de felicidad resulta, de hecho, aterradora, y si Kurt Vonnegut tiene razón –como suele ocurrir–, *suficiente* es enemigo de este tinglado en el que vivimos. Porque *suficiente* es un estado mental progresista, que permite al individuo rechazar el sistema de codicia en el que el ciego deseo de tener más funciona como un ataque constante a la idea de nuestra felicidad. Siempre podemos seguir reflexionando acerca de qué resulta *suficiente* en términos morales y filosóficos, revisando constantemente nuestra descripción a fin de idear un imaginario humano mejor, pero *suficiente* no es solo una cuestión trascendental, sino también un hecho matemático de la economía. Es

un hecho matemático que se ha puesto materialmente en práctica en el mundo real. Y actualmente vivo en un país en el que el recuerdo de ese mundo todavía es reciente y tangible.

–Teníamos menos variedad, pero suficientes cosas.

Había acompañado a mi amiga Merita, periodista y novelista croata, a Emmezeta, una versión croata de Ikea, para ayudarla a elegir una cama nueva. Desde que me mudé a Zagreb, me gusta aprovechar cualquier oportunidad para preguntarle a la población local cómo funcionaba el modelo socialista yugoslavo en la vida cotidiana. El modelo yugoslavo resulta bastante interesante en tanto no es enteramente distinto del sistema que proponen Piketty y varios economistas de la Nueva Izquierda: una economía basada en el socialismo de mercado autogestionado, donde el pueblo calcula democráticamente cuánto es suficiente.

Antes de la desintegración del bloque soviético, Yugoslavia había sido durante décadas la esperanza del resto de progresistas del mundo. En Turquía se la describía como «el socialismo sonriente» y se contraponía a los horrores del estalinismo. Pero lo que a mí me interesaba no era un conocimiento teórico del modelo y de los entresijos del sistema económico; tenía curiosidad por saber si había logrado definir el concepto de *suficiente* en la vida de los individuos que lo habían experimentado de primera mano. Debía de haber una razón por la que «los buenos tiempos del socialismo» se estaban convirtiendo secretamente en un tema popular en Croacia.

Después de rebuscar en un almacén repleto de una increíble variedad de productos, Merita y yo nos detuvimos en la sección de camas, tratando de asimilar la enorme gama de artículos que se presentaba ante nuestros ojos. Merita me dijo:

–Antes no teníamos la variedad de cosas que hay ahora. Pero no recuerdo que nadie lo pasara mal porque no tuviéramos suficientes camas. –Entonces recordó una chaqueta de cuero que llevaba de adolescente, a finales de la década de 1980–. Cuando fuimos a Italia por primera vez, la gente que conocí se sorprendió de que tuviera una chaqueta de cuero moderna. Creían que todos vivíamos en la miseria soviética. Recuerdo que en aquel momento me sentí genial exhibiendo mi chaqueta de cuero de fabricación socialista.

Pero luego vino la guerra, y luego la década de 2000. Ahora el país tiene más, por lo que cada vez menos gente tiene suficiente. Mientras deambulábamos, respirando el olor químico de la producción en masa, recordé las historias de cuando se nos permitía calcular cuánto era suficiente en mi propio país.

*

Las mujeres de su edad, las mujeres con su educación, experiencia vital e inmarcesible *jeunesse*, normalmente pasaban el rato hablando de sus historias de amor secretas o de aquellos elementos de su lista de cosas que hacer antes de morir que todavía tenían pendientes. Pero cuando nos achispábamos con Rémy Martin, su favorito –que yo me aseguraba de traer de mis viajes–, mi difunta mentora y amiga Demet, que por entonces tenía setenta y tantos años, empezaba a hablar sin parar de la Organización de Planificación Estatal de Turquía.

Yo tenía diecinueve cuando me tropecé con Demet, al comienzo de mi primer curso en periodismo, y el día en que nos conocimos «me rescató de la ignorancia», como ella solía decir. «Cariño, la chica necesitaba orientación» era su frase preferida cuando hablaba a otros de aquella época. Hasta que falleció a los ochenta años, cuando yo tenía cuarenta y cinco, no dejó de transmitirme sus conocimientos acerca de cómo ser lo que ella llamaba una «mujer extraña» y no morir en el intento:

1. Tienes que saber beber sola sin emborracharte.
2. Sé una buena conductora, porque a veces una mujer tiene que huir poniendo la directa.
3. Nadie tiene que saber de tus sufrimientos; llora en casa.
4. Tienes que acumular amigos, no propiedades.

Había varias reglas más, pero la más importante –y que nunca llegué a dominar del todo– era: «¡Administra tus gastos, so tonta!» Para mí, el dinero siempre era algo de lo que había que deshacerse lo antes posible, por lo que durante años no dejó de reprenderme, terminando siempre por recordarme «la Planificación Estatal».

Cada vez que hablaba de ello, sus palabras tenían cierto regusto a «Siempre nos quedará París». Su París le fue arrebatado por el golpe militar que en 1980 transformó Turquía por la fuerza y convirtió una economía mixta regulada por el Estado en un infierno de libre mercado. Ella recordaba vívidamente la época en la que quien dirigía el país no era la sonrisa altiva del alegre capitalista, sino los rostros preocupados de los más brillantes cerebros turcos, que calculaban durante meses lo que era suficiente para Turquía en cada sector de la producción.

–Este año –gritaba de repente–, se gradúan tantos miles de maestros de primaria, cuando el país solo necesita tantos.

O cuando los productores quemaban sus aceitunas para deshacerse del excedente, ella casi lloraba:

–¡¿Cómo es posible que no lo hubieran calculado antes?!

Incluso cuando estaba exhausta por el cáncer, en sus últimos años, todavía tenía energía suficiente para obsesionarse y cabrearse con la estupidez de la economía de libre mercado no regulada. Incluso encontró energía para leer el *Ulises*.

–Cariño, con la suerte que tengo, seguro que al otro lado me tropiezo justo con los escritores cuyos libros no he leído. Obviamente, no podré sentirme avergonzada delante de Joyce.

Las bromas seguían siendo su repelente contra los rostros de compasión que se congregaban en torno a su lecho de muerte.

Después de años de calcular y saber lo que era suficiente, dejó este mundo falto de un corazón. Muchos integrantes de su generación habían creído que era posible aplicar la ciencia de la economía para lograr una vida justa, en la que se protegiera la dignidad humana de los ataques de la obsesión por tener más. Incluso cuando sus compañeros se habían transformado en personas nuevas, adoptando aquella característica sonrisa, ella fue una de las pocas personas que se negaron a entrar en el juego. Cuando murió, seguía creyendo que *suficiente* es un hecho matemático, que es una cuestión de sentido común.

Fue el mundo de la indignidad y la injusticia el que le provocó el cáncer.

–Todo es culpa de los desengaños acumulados, cariño –me dijo una vez.

Y en 2020, cuando la sonrisa de sabelotodo se desvaneció incluso en los rostros de los capitalistas más acérrimos, sus palabras se habían puesto tan de moda que hasta los dirigentes de la economía las repetían. Pero, ¡ay!, si al otro lado encuentra Rémy Martin y se achispa, estoy segura de que irá en busca de Adam Smith o de John Stuart Mill para torturarles con sus historias sobre la Planificación Estatal. Porque ella nunca olvida, y yo también recuerdo.

Mi repetición del verbo *recordar* cuando hablo de economía no se debe a mi limitado vocabulario, ni es fruto de la nostalgia. Pretendo insinuar que todo el conocimiento, la experiencia y la inspiración que necesitamos ya están ahí, en el pasado y en el mundo actual. Lo que todos necesitamos es la voluntad de dar el paso y el conocimiento de qué es suficiente. Y sea cual sea el país en el que vivas, querido lector, estoy segura de que, enterrados en tu propia historia, tienes brillantes proyectos para mejorar las economías que ni siquiera recuerdas haber olvidado, y eso nos daría a todos la suficiente voluntad y aguante para volver a intentarlo.

Ellos sabían, y nosotros no tardaremos en recordar, que lo contrario de más no es menos, sino suficiente.

8. ELIGE EL ARRECIFE EN LUGAR DE LA CHATARRA

–Los socialdemócratas han mostrado una incompetencia exasperante. El partido centrista es corrupto y, si somos sinceros, en realidad bastante de derechas. Y el nuevo partido de derechas es sencillamente fascista. Los nuevos progresistas... bueno, yo les he votado, pero solo hay una pequeña posibilidad de que lleguen al Parlamento. Y opino que, aunque lo hagan, está claro que no podrán marcar ninguna diferencia.

Me pregunto en cuántas mesas, y en cuántas lenguas, se ha expresado este mismo lamento por nuestro callejón sin salida político en las últimas décadas. Este ejemplo concreto tuvo lugar en la mesa del comedor de mi piso de Zagreb en el verano de 2020, el día de las elecciones generales croatas. La breve y extrañamente poco entusiasta campaña electoral apenas si se había notado en las calles, y mis invitados, todos ellos personas políticamente activas, apenas hablaban de los comicios. En torno a las sobras de mi cocina de fusión balcánica-mediterránea-totalmente-inventada se expresaba un cierto hastío con todo un abanico de palabras distintas. Aunque nos obligáramos a reconocer la importancia de las elecciones, ya no podíamos considerar el voto una acción política constructiva. Ahora parecía más bien un desesperado esfuerzo por evitar que se materializara la peor opción posible.

Cuando se evaporaron las últimas gotas de entusiasmo por la política de partidos de la década de 1990, el acto de votar se convirtió en la única herramienta de la democracia que todavía podíamos utilizar para protegernos de su total desaparición. Las urnas eran la línea de defensa de los progresistas –una línea en constante retroceso–, y nuestros votos eran como espadas de madera con las que luchar contra la marcha del fascismo, ataviado con una flamante armadura. De tanto en tanto, cuando obteníamos una victoria ganada a pulso –como en las elecciones estadounidenses de 2020–, nuestro entusiasmo era tan enorme que casi parecía trágico.

Las personas sentadas en torno a mi mesa tenían suficiente formación política como para saber por qué esas espadas de madera se habían vuelto tan ineficaces: si los partidos progresistas establecidos permiten que la justicia social se vea comprometida por el capitalismo desbocado, entonces no es posible prometer de veras una democracia mejor. Y aquel domingo sabíamos muy bien que el problema que

empañaba la democracia en todo el mundo no podía resolverse metiendo a unos cuantos diputados progresistas más en el Parlamento croata, o, para el caso, en cualquier Parlamento. Hasta que no se resolviera el problema fundamental, había que endulzar la forma actual de democracia para que supiera mejor, y utilizar alguna mejora virtual para hacerla parecer atractiva, a fin de engatusar a los ciudadanos para que votaran.

Una mañana, Veronica Bielik, una joven polaca, se despertó en su cama y descubrió que se había convertido en una figura política.

Solo habían pasado veinticuatro horas desde que colgara su primera publicación de carácter político en Instagram, y hasta el momento había recibido más de setenta y cinco mil «me gusta» y más de quinientos comentarios. Veronica tenía 2,9 millones de seguidores, y su perfil se definía como «Fitness-Moda-Viajes». Hasta su repentina metamorfosis política en mayo de 2019, había anunciado atrevidos bikinis y ropa de deporte extremadamente ceñida. Pero su último anuncio, en el que adoptaba una pose centrada en su voluptuoso trasero perfectamente moldeado en mallas deportivas, formaba parte de una campaña política publicada en las redes sociales por la agencia Chase Creative por encargo de la Unión Europea. El plan era motivar a los jóvenes para que votaran, y el eslogan rezaba: «Si no te da lo mismo, da tu voto.» Así que Bielik escribió sobre el asunto que a ella no le daba lo mismo:

> ¡Alegraos, nativos digitales! En 2017 se eliminaron las tarifas de itinerancia en la UE. Usar el móvil como en casa significa que cuando viajas a otro país de la UE pagas lo mismo por las llamadas, los mensajes de texto y el uso de datos que en el tuyo.
>
> Esa foto tan guay que has hecho para Insta en vacaciones no tiene que esperar a la wifidel hotel o del restaurante para que la subas. Me encanta poder compartir todas las historias de mis viajes en Insta justo durante la experiencia. ¡Hace que todas las emociones sean tan reales...!
>
> Si a ti también te importan estas cosas, ¡ve a votar en las Elecciones Europeas la próxima semana!

Mientras la Unión Europea intentaba que las urnas parecieran lo bastante atractivas para que la juventud se molestara en votar, 1,4 millones de jóvenes, la mayoría de ellos adolescentes, ya se habían comprometido políticamente lo suficiente para organizar huelgas climáticas en mil cuatrocientas ciudades de todo el mundo.

Al principio parecía un movimiento de jóvenes ingenuos preocupados por el tiempo. Pero sus demandas no tardaron en ponerse de manifiesto: querían la transformación total del sistema económico y social mundial para salvar la vida en la Tierra. No necesitaron ningún

empujón externo que les estimulara a emprender acciones políticas. Antes al contrario, muchos de ellos se unieron al movimiento pese a las considerables amenazas de las clases dirigentes de su país. Aunque sus vidas giraban en torno a esta acción política, no mostraban un entusiasmo similar por el cambio de guardia en el *establishment* político, ni en la Unión Europea ni en sus propios países. Derrochar su energía política en los procesos políticos tradicionales no era una opción atractiva. Los artífices de las huelgas climáticas, y de otras protestas progresistas que se desarrollaban en todo el mundo, distanciaban deliberadamente su acción política de la política establecida.

En 2020 el *establishment* parecía cada vez más un barco que se iba a pique: sus esfuerzos para construir un futuro mejor se veían anegados por la oleada autoritaria. Al mismo tiempo proliferaban diversos intentos de encontrar un nuevo tipo de política fuera del sistema, todos en pos de un lugar firme donde desembarcar. Mientras tanto, en las afueras de Europa se desarrollaba discretamente un núcleo de vida sin relación aparente con ello.

En el verano de 2016 se sumergió un viejo Airbus desguazado en la bahía de Kuşadası, un destino turístico situado en la costa turca del Egeo. La idea era crear una nueva atracción para que los buceadores la exploraran, y se esperaba que las criaturas del mar fueran aceptando y habitando poco a poco los restos. El avión muerto acogería la vida. El esqueleto de metal reviviría, recubierto ahora de una carne distinta hecha de una vibrante multiplicidad. Con el tiempo ya ni siquiera se hablaría de chatarra hundida, sino de un nuevo arrecife. En el Mare Nostrum surgiría una nueva soberanía que albergaría a multitud de criaturas vivientes.

Hasta hacía poco las historias relativas a esta atracción submarina habían versado acerca de cómo se había sumergido el avión, pero pronto los buceadores empezarían a contar relatos sobre pulpos despatarrándose en la cabina o tortugas marinas haciendo el amor en los lavabos de primera clase. Con el tiempo la vida transformaría el esqueleto, eliminando todo rastro de la chatarra; bancos y cardúmenes de peces hasta entonces sin hogar hallarían aquí un nuevo refugio... Así es como podría ser la política en los próximos decenios.

Quienes participan en los nuevos movimientos políticos progresistas y reflexionan sobre ellos llevan oyendo y comentando el crujido producido por el hundimiento del *establishment* político desde finales de la década de 1990. Pero no ha sido fácil dar un nombre a los nuevos movimientos políticos que han estado girando en torno al barco que se hunde. Pensadores como Antonio Negri y Michael Hardt

denominaron al fenómeno «multitud», mientras que el antropólogo francés Didier Fassin describió la naturaleza de estas acciones como la construcción de «soberanías móviles». Sea cual sea el nombre que elijamos, hay algo que resulta cada vez más obvio: la larga marcha –intermitente, pero continua– de los que no tienen poder ha empezado ya, y está evolucionando ante nuestros ojos. Desde las protestas anticapitalistas de Seattle en 1999, ha ido tomando forma un nuevo comportamiento político, y un alma vibrante, en el seno de la oposición global.

Los nuevos movimientos progresistas han estado y siguen estando llenos de contradicciones aparentemente irresolubles, pero vigorosamente fértiles: son lo bastante potentes para transmutar la atmósfera política, pero no se muestran demasiado dispuestos a tomar el poder para gobernar las instituciones actuales. Tras sufrir repetidas decepciones en las democracias liberales, no les entusiasma convertirse en miembros de una organización política en el sentido tradicional. Saben muy bien que, cuando no hay justicia social, la democracia no es más que un acto teatral, y que el contrato social carece de sentido cuando el ciudadano más pobre y el más rico no son iguales en absoluto. Habiendo perdido la fe en las instituciones de un sistema así, estos movimientos progresistas intentan inventar nuevas formas de mantenerse conectados a escala global.

Los agentes de la nueva oposición son en su mayoría extremadamente cautelosos a la hora de proteger los límites de su individualidad, pero pueden actuar como una entidad perfectamente sincronizada y unificada cuando emprenden una acción.

Niegan la necesidad de tener un líder: o bien sacan a uno nuevo cada vez que se activa el movimiento, o bien intentan practicar formas de liderazgo colectivo. Se enorgullecen de ser espontáneos e impredecibles, aunque hasta ahora siguen una pauta: las protestas físicas aparecen como reacción a la opresión, pero cuando afrontan la violencia masiva del Estado se repliegan a sus células durmientes, en lugar de optar por armarse como han hecho las generaciones anteriores.

Como miembros de una generación nacida en una época de sarcasmo y escepticismo, están lejos de ser ingenuos, pero muchos de ellos quieren algo que otros podrían considerar romántico: una forma benigna de poder que no corrompa, y un modo de organizarse sin la opresión de la jerarquía. No exigen una simple inversión de las relaciones de poder entre el oprimido y el opresor: se han embarcado en una continua búsqueda de la transformación del concepto de poder, tanto en la política global como en sus propios movimientos. El actor estadounidense Harrison Ford tenía razón cuando en 2019 calificó a los manifestantes climáticos como «un ejército moral»; sus demandas

van más allá de la *realpolitik* para entrar en el reino de la filosofía y la moral, cuestionando los supuestos fundamentales del sistema dominante. La cuestión de *cómo ser* resulta tan esencial para ellos como la de qué hacer y cómo hacerlo.

Sin embargo, por muy fértiles que hayan sido estas contradicciones, también han hecho que el enfoque de los nuevos progresistas sea incompatible con las actuales instituciones de la democracia representativa, incluidos los partidos de izquierda establecidos, y más aún los de centro. Y aun cuando los nuevos progresistas han decidido comprometer sus infinitos colores para encajar en las restricciones de la democracia representativa, los partidos de oposición convencionales se han mostrado incapaces de desarrollar los medios organizativos necesarios para acogerles de forma permanente sin diezmar la naturaleza dinámica del movimiento. Dado que en el seno del movimiento no se siguen las reglas tradicionales de la política de partidos, cada vez que se ha intentado forjar este tipo de alianzas se ha producido un desajuste orgánico. Estas dos piezas de Lego, aparentemente compatibles, no encajan entre sí sea cual sea la forma en que se las coloque.

Todo se ha reducido a una gran cuestión que todavía sigue vigente: los nuevos progresistas tenían y siguen teniendo un problema de alojamiento. No están dispuestos a entrar en la casa del *establishment*, pero tampoco les entusiasma la idea de construir su propia casa con las reglas actuales de las estructuras políticas por miedo a que la suya termine pareciéndose a la primera. La resistencia sencillamente no tiene hogar. Puede *ocupar*, pero no puede, o no quiere, establecerse. Como los bancos y cardúmenes de peces, busca una construcción única que no limite su amplia variedad de movimientos. Lo que necesitan es una unidad en la que todos puedan bailar de forma sincronizada sin que se ejerza presión alguna sobre quienes pierden el ritmo. Se plantean preguntas aparentemente imposibles: ¿Podemos construir una pluralidad sin comprometer la singularidad? ¿Podemos crear una unidad abarcadora que no exija la uniformidad de sus componentes? ¿Puede nuestro amorfismo constituir una forma sostenible? ¿Podemos reinventar una nueva política que no excluya a nadie ni deje a nadie atrás? Y ello porque en la reciente historia del movimiento han visto rostros que no quieren olvidar. También yo recuerdo lo que ellos no pueden desechar.

«Parad el silencio, no la vida. En Croacia noventa mil personas padecen anorexia o bulimia. Merecen un tratamiento médico gratuito.»

En Zagreb hay un hombre que todos los sábados se instala en el centro de la ciudad con un gran cartel en el que están escritas estas

palabras. No grita ni dice nada: tan solo permanece inmóvil con el cartel colgado del cuello. Lleva en ese mismo sitio desde que su hija empezó a sufrir anorexia hace años. Da la sensación de que aguarda a que ocurra algo; algo que ponga fin a su incómoda soledad. Y cada vez que lo veo, me acuerdo de varios otros rostros solitarios en diversas épocas y lugares distintos. El anciano de El Cairo, en la plaza Tahrir, que llevaba una gran rama de olivo en su turbante. Su traje blanco exhibía una larga declaración escrita sobre el dolor de la injusticia. A su alrededor se reescribía la historia gracias a una revuelta épica, y parecía que por fin tenía un sitio donde estar sin que le confundieran con el tonto del pueblo. Recuerdo a otro hombre al que vi en 2002 en Porto Alegre. Un lugareño de mediana edad que se dejó caer por el carnaval político del Foro Social Mundial para poder tomarse una caipiriña barata, pero terminó quedándose por allí debido a los acalorados debates. Le recuerdo casi llorando cuando esperaba desesperadamente un «sí» a su pregunta: «¿Realmente es posible otro mundo?» Luego me viene a la memoria el rostro de una mujer de la India, en Bombay. Era una trabajadora sexual transgénero que había adoptado extraoficialmente a un niño. Bailaba con su hijo durante la ceremonia de clausura del segundo Foro Social Mundial celebrado en 2003, sintiéndose perfectamente aceptada, probablemente por primera vez. Su alegría tensaba al máximo sus músculos faciales. Y también la imagen de tres niños sin techo de Estambul, adictos a inhalar pegamento, ayudando a sus hermanos mayores a sacudir el vehículo policial que les rociaba con agua, todo ello riendo discretamente y con plena conciencia de su papel histórico. La revuelta de Gezi de 2013 seguramente fue para ellos la primera y última vez que se vieron tratados como parte del pueblo.

Y cada vez que veo al hombre de Zagreb, la espontánea ambición política y moral de los nuevos movimientos políticos me parece más noble y relevante: incluir a los que menos pueden, no dejar fuera a nadie pese a su soledad irregular. Y cuando esos irregulares pasan a incorporarse a la «multitud», amplían los límites del movimiento, convirtiéndolo en una arquitectura infinita y amorfa. Ese es el mérito excepcional de estos movimientos políticos; un mérito que no están dispuestos a comprometer. Su ambición no es solo evitar la exclusión de esos rostros *per se*, sino defender asimismo nuestro derecho a ser tan irregulares como ellos. Una inclusión que no regule: eso es lo que persiguen. Tal es la gozosa humildad en la que desean cimentar la vida y la política.

Estructurar una infinidad tan ambiciosa y a la vez tan humilde no es tarea fácil. ¿Qué tipo de arquitectura puede contener una materia política tan volátil y fluida sin reducirla? Este nuevo magma político busca un contenedor que no solo no se resista al fluido, sino que de

hecho acepte verse moldeado por él. Y seguramente acabará inventándose. Hasta entonces, no obstante, y como todos los sin techo, el movimiento, la «multitud», la «soberanía móvil», podría necesitar un refugio temporal en el desguace que alberga nuestras achatarradas instituciones; no en un nivel superficial, como en la campaña de la Unión Europea en Instagram, sino de forma genuina y orgánica.

Puede que a algunos esta perspectiva no les parezca lo suficientemente revolucionaria. Sin embargo, teniendo en cuenta lo apremiante de los problemas de la Tierra y el peligro inminente de perder por completo la democracia a manos del fascismo, puede que nos veamos obligados a incorporar nuestra energía a las estructuras convencionales de la política para transformarla de manera radical, al menos hasta que la chatarra hundida se convierta en un arrecife. El pulpo no necesita saber pilotar un avión para ocupar la cabina. Como cantaba Iggy Pop en la película *El sueño de Arizona*, «el pez lo sabe todo». Y hoy hasta es posible que el pez tenga un plan.

Nueva York, Londres y Estambul, tres ciudades cosmopolitas que siempre han sido precursoras del futuro inmediato de la política, se mostraron insólitamente rebeldes en la primavera de 2020. El gobernador de Nueva York se enfrentó a Trump a la hora de afrontar la pandemia; el alcalde de Londres se enzarzó en una guerra fría con Boris Johnson por las medidas para luchar contra el virus, y el alcalde de Estambul, Ekrem İmamoğlu, intentó que el programa municipal de ayuda siguiera funcionando durante el confinamiento pese al implacable obstruccionismo del presidente Erdoğan.

Otras ciudades o regiones de varios países entablaron asimismo un abierto conflicto con sus gobiernos centrales, todos los cuales habían caído en manos de populistas de derechas. Por primera vez, la desvergüenza y la cómoda despreocupación que se habían convertido en las herramientas políticas de dichos gobiernos se veían claramente cuestionadas por los poderes locales de forma tan organizada como decisiva.

A medida que se acrecentaba esta tensión política y moral, los residentes de las tres ciudades, por primera vez en mucho tiempo, se pusieron al lado de sus gobiernos locales, actuando como una comprometida fuerza de oposición frente a la locura política que les imponía el poder centralizado. Surgía una nueva dinámica que, de hecho, podría modelar la lucha política de la próxima década. En un aparente gesto de aprobación de esta nueva tendencia, las elecciones municipales celebradas en Francia terminaron con la inédita victoria de los Verdes y los Socialistas, poniendo en tela de juicio al presidente Macron, que había sido elegido como última opción frente al fascismo

creciente. La democracia representativa nacional estaba paralizada por el populismo de derechas y los desesperados intentos de la oposición tradicional de proteger el *establishment*, pero los gobiernos locales empezaban a dar cabida a la nueva política progresista. Los ayuntamientos y gobiernos locales empezaban a parecer arrecifes creciendo sobre el esqueleto de la política convencional. Sin embargo, eso no era nada nuevo para quienes habían estado en Brasil en 2002.

«¡Otro mundo es posible!», coreaban las miles de personas que se habían desplazado desde todo el globo para reunirse en Brasil con motivo del primer Foro Social Mundial. Porto Alegre, la ciudad anfitriona del carnavalesco encuentro, había puesto en práctica un innovador modelo democrático participativo que combinaba las instituciones representativas convencionales con la participación en asambleas populares abiertas. El llamado «presupuesto participativo» era un proceso que congregaba cada año a miles de vecinos en reuniones públicas para adoptar decisiones que afectaban a la mitad del presupuesto municipal. Era la alternativa más fructífera tanto al centralismo autoritario como al pragmatismo neoliberal de la época. El proceso no solo desactivaba la corrupción que tradicionalmente había infectado las instituciones democráticas de Brasil, sino que también ponía en cuestión la pobreza y la desigualdad que prevalecían en la propia Porto Alegre.

El modelo se propuso al resto del movimiento anticapitalista, pero por entonces la resistencia se sentía demasiado confiada para limitarse al ámbito municipal. Aún no se habían producido la derrota masiva de la Coalición Paremos la Guerra, las manifestaciones sincronizadas en todo el mundo contra la invasión de Irak y la absoluta falta de reconocimiento de dichas manifestaciones por parte de quienes ostentaban el poder. Todos pensábamos todavía que, cuando la gente hablaba, las autoridades del mundo democrático la escuchaban. Aún no éramos plenamente conscientes de que en la nueva democracia globalmente deteriorada nosotros, el pueblo, teníamos aún menos poder de lo que habíamos creído en un primer momento.

Hoy, la ilusión de tener una genuina democracia en un estado de capitalismo desbocado ya no existe. Ya no asistimos a la rivalidad Rocky-Iván Drago de la rutilante década de 1980. Hoy, en una esquina del cuadrilátero se encuentran los últimos mercenarios del capitalismo: la política autoritaria que no se preocupa por la democracia mientras la maquinaria económica siga funcionando. Y en la esquina opuesta están las masas a las que rara vez se pide su opinión, y solo cuando un asunto es lo bastante intrascendente. Finalmente hemos llegado al lugar en el que desde hace tiempo estaba Porto Alegre. En el actual

crepúsculo autoritario, los municipios por fin brillan lo suficiente para atraer a los nuevos movimientos progresistas. Y parece que esta vez los nuevos progresistas se muestran por fin lo bastante maduros y experimentados para cambiar la forma de la chatarra hundida en la que han decidido alojarse. Nuestro *Zeitgeist* político sigue diciéndonos lo mismo en distintas lenguas: puede que el centro esté fallando, pero todavía hay una posibilidad de que la periferia aguante.

–Está delicioso. ¿Qué es? –preguntaron todos mis amigos cuando serví el supuesto postre al final de nuestro almuerzo democrático aquel domingo de verano de 2020.

Cualquier ciudadano turco se habría reído de sus elogios, pues ni siquiera se trataba de un postre propiamente dicho: era una mezcla de *tahini* tostado y *pekmez* turco (una espesa melaza a base de uva).

Mientras mojábamos trozos de pan de maíz, la conversación pasaba constantemente de las elecciones generales a las municipales del siguiente año y viceversa. Cada vez que salían a relucir las posibilidades políticas de las ciudades, la conversación se reavivaba, y las posibles victorias locales sabían mejor que mi falso postre. De repente ya no se trataba de cifras y del frío rostro aritmético de la *realpolitik*, sino de nombres, personas y posibilidades. Por fin había en la mesa algo de la animación política que yo recordaba de la década de 1990. Pero entonces Mika, la eterna aguafiestas de aquellos dulces momentos, preguntó en tono solemne:

–No se puede tomar el centro antes que la periferia. Pero entonces, si no tienes el centro, ¿tener la periferia supone de hecho alguna diferencia?

–Puede que deje de haber un centro –le respondí–. Nuestra actual incapacidad para imaginar ciertas cosas no altera el hecho de que puedan ocurrir.

Mi entusiasmo no se debía al subidón de azúcar, y tampoco es que habitualmente fuera capaz de resistirme a las invocaciones pesimistas de Mika. Pero hacía solo unas semanas que habíamos sido testigos de algo increíble.

–¡Me siento muy feliz de haber vivido lo bastante para presenciar este momento!

A mediados de junio de 2020 tuve la impresión de que Angela Davis, la icónica marxista y abolicionista del sistema carcelario, quería responderme personalmente. Yo llevaba semanas dando vueltas a una pregunta: «¿Qué debe de sentir Angela Davis al ver a millones de personas coreando sus reivindicaciones después de tantas décadas?»

Todas aquellas personas que, como Davis, «tenían un sueño» y habían sacrificado sus vidas por él, veían ahora cómo las cosas cambiaban de repente. Casi de la noche a la mañana, su decepción –prolongada durante decenios– iba a desvanecerse. El Ayuntamiento de Mineápolis anunció su intención de desmantelar el cuerpo de policía gracias a la presión generada por las protestas del movimiento Black Lives Matter («Las vidas negras importan»), iniciadas tras la muerte de George Floyd a manos de un agente.

La abolición de la policía era una consigna respaldada por una generación que había pedido lo imposible. En la década de 1970, los Rolling Stones le habían dedicado «Sweet Black Angel» a Angela Davis. Pero luego vinieron los decenios de 1980 y 1990. Davis fue condenada en su propio país, encarcelada y hasta hace poco anatematizada. Su historia personal era la de su generación, una generación rota y reprimida. Sin embargo, en los inicios de la década de 2000 entramos en una nueva era en la que el crujido del barco que se hundía se hizo lo bastante audible para que todos pudieran escucharlo, al tiempo que lo nuevo se hacía visible para más personas en todo el mundo.

Casi todas las revueltas producidas en la última década que consideramos que han marcado un punto de inflexión en la historia de la nueva política habían sido imposibles de imaginar, incluso para los mejores analistas políticos, veinticuatro horas antes de que comenzaran.

Nadie podía predecir que la revuelta de la Casba se iniciaría después de que un vendedor ambulante se prendiera fuego en protesta por su pobreza. No era el primero en hacerlo, y muchos pensaron que a Túnez le «daría lo mismo» que otro hombre se quemara a lo bonzo. Cuando unas pocas docenas de personas empezaron a congregarse en el parque Gezi, casi nadie supo prever que iba estallar la que sería la mayor rebelión en la historia de Turquía. Todas las grandes revueltas que han configurado el *Zeitgeist* político actual empezaron como si nada. Y nosotros, quienes tenemos el privilegio de hablar y escribir sobre esos movimientos, solo podemos entender retrospectivamente por qué y cómo se produjeron.

Para ser sinceros, ni siquiera los que creíamos que en algún momento se produciría un estallido de ira nos atrevimos a predecir abiertamente que iban a desencadenarse acciones tan masivas. No estábamos menos sorprendidos que Angela Davis, una de las voces más comprometidas que alguna vez cantaron «We Shall Overcome», cuando declaró: «Esto no se parece a nada que haya visto antes.» Y nos mostrábamos igualmente recelosos con respecto a nuestra capacidad de prever los acontecimientos políticos en nuestros propios países, por más que supusiéramos que estábamos al cabo de la calle. Quizá sea esta la época en la que la acción supera a la imaginación, y acaso

tengamos que reorganizar nuestra concepción de la política en consecuencia. Se trata de un tipo de relato distinto, un relato que se construye por sí mismo antes de que existan las palabras para describirlo.

Seguramente, querido lector, habrás oído hablar de bebés que intentan ampliar las ilustraciones de los libros infantiles creyendo que sus páginas funcionarán como las pantallas de los teléfonos o las tabletas. Y los niños están creciendo con los ojos acostumbrados a ver películas en 3D, mientras que yo personalmente no puedo soportar tal cantidad de información más de cinco minutos. Por no hablar de las gafas de realidad virtual, que a mí me hacen perder el equilibrio casi en cuanto me las pongo, mientras que los adolescentes se sienten plenamente a gusto en ese nuevo mundo. No deja de ser un poco trágico que, como narradora, tenga que rendirme al hecho de que hoy hay nuevos medios que exigen una dimensión de pensamiento completamente distinta.

Uno de mis pasatiempos consiste en pensar en cómo podría escribir un guión para una cámara de 360 grados: un relato con infinitas aperturas en infinitas direcciones. Hasta ahora nadie ha ideado una forma de relato así. En esta nueva dimensión, los relatos se siguen narrando de forma lineal: como espectador –o como participante–, se te sigue dirigiendo hacia una línea argumental concreta, ya sea por medio del sonido o de elementos visuales. Pero la cámara está ahí, aguardando pacientemente a que los narradores mejoren sus aptitudes. Y quizá solo aquellos que están creciendo acostumbrados ya a esas dimensiones serán capaces de inventar esa forma de relato en la próxima década. Y puede que también ellos inventen la nueva política en su forma cuántica. Al fin y al cabo, esta es la era de lo inimaginable y lo imprevisible. Pero hemos de estar ahí para no perdérnoslo, así que por el momento puede que tengamos que seguir actuando como los bancos y cardúmenes de peces mientras nos preparamos emocionalmente para dejarnos sorprender. Todos los sueños que teníamos podrían no seguir siendo sueños después de todo, y, si queremos estar preparados para que se hagan realidad, debemos abandonar el escepticismo.

–Quítamelos de encima. –Al principio solo susurré esas palabras. Pero Yurttaş siguió sacando fotos hasta que alcé la voz–: ¡Para y quítamelos de encima ya, por favor!

Aunque al principio dudaba, al final mi amigo fotoperiodista entró en acción y trató de actuar con contundencia para desprenderme, uno a uno, de aquellos pequeños.

Pero cuando empezaron a agarrarle los brazos y las piernas como gavilanes, se convenció tanto como yo: aquellos niños de cinco años podrían descuartizar a un adulto. Parecía Gulliver presa de la desesperación, acosado por el ataque de aquel enjambre de liliputienses al tiempo que trataba desesperadamente de no hacerles daño. El miedo a dañarles accidentalmente, a convertirse en uno de los adultos malvados, era tan aterrador que le temblaba la voz mientras intentaba no maldecir:

–¡Suéltame, pedazo de…!

La última semana de octubre de 2005, en Turquía, la gente se quedó atónita al ver un vídeo que se había filtrado de un orfanato. En él se documentaba la violencia bárbara y sistemática que sufrían los niños. La responsable de la filtración era una de las cuidadoras, y la noche del 29 esa misma cuidadora nos esperaba en la puerta de la institución, bañada en una luz de neón blanca y de una frialdad inclemente. Entramos a hurtadillas para ver a aquellos niños traumatizados que el gobierno ocultaba a los periodistas confiando en que el país olvidara pronto el incidente si no había más noticias sobre ellos. Yo estaba allí justamente para seguir contando la historia, con la esperanza de que mantenerla en la mente de los lectores obligara al ministerio a abrir la investigación pertinente.

Siempre he pensado que los niños son similares a las flores silvestres. Aun después de un largo paseo por los prados, esas flores que recoges, tan efímeras que ni siquiera se las puede identificar con un nombre concreto, siempre están dispuestas a revivir y olvidar que están rotas en cuanto las metes en agua. También los niños –creía– se muestran siempre desgarradoramente agradecidos, y es fácil engañarles para que estén contentos. De ahí que aquella tarde en el orfanato, descuidando la tarea que me había llevado allí, quisiera ofrecer a los niños un poco de compasión, una pizca de disculpa en nombre de los adultos. Sentía el impulso de mostrarles que no todo contacto duele.

Sin embargo, solo diez minutos después de tomar mi ingenua decisión se encaramaban sobre mí, me tiraban del pelo, me arañaban los brazos y me agarraban por todas partes con sus manitas. No era el daño involuntario lo que me resultaba insoportable; la verdadera agonía la provocaba mi finitud frente a su sed insaciable. Era como si quisieran arrebatarme un trozo, un recuerdo de carne para guardárselo y lamerlo más tarde, por la noche, cuando se sintieran solos. La cuidadora se quedó allí sin hacer nada, como si quisiera que captáramos toda la intensidad del asunto, que vislumbráramos la locura que puede ahuyentar incluso a los corazones más resueltamente amorosos como el mío. Prodigar amor a quienes carecen de él no es tarea fácil, debía de intentar decirme sin pronunciar palabra.

Al caer la noche, mientras me fumaba un cigarrillo frente al orfanato, vi que Yurttaş, después de todos los trabajos que habíamos hecho juntos en lugares terribles dejados de la mano de Dios, parecía destrozado por primera vez. Éramos como dos astrónomos que por fin hubieran conseguido asomarse a un agujero negro y ahora lamentaran todo lo que veían. La cuidadora debió de sentirse responsable de nuestra desesperación y decidió tomarse un minuto para unirse a nosotros y dar unas compasivas caladas. Nos dijo:

–No saben qué es el amor. Es decir, no pueden saberlo. No se sientan culpables.

Tras arrojar al suelo su cigarrillo a medio fumar, volvió a adentrarse en el neón blanco. Mientras se la tragaba el agujero más negro del universo humano, Yurttaş murmuraba entre dientes maldiciones de desolación, al tiempo que yo me planteaba la posibilidad de excluir del artículo el asunto de las manos prensiles de los niños.

*

Desde el comienzo de la historia, los narradores han tratado de convencernos de que los seres humanos son como las flores silvestres; que un gesto de compasión puede reavivar su capacidad innata de amar aunque esté enterrada en los rincones más profundos de su memoria. Sus relatos, sagrados o no, nos dicen que, si hablas el lenguaje de la humanidad, este acabará hallando eco incluso en los peores de nuestra especie, recordándoles cuál es la esencia del ser: el impulso de amar y la necesidad de ser amado. Cuando esa esperanza se pierde –nos dicen–, se trata solo de algo temporal, un instante pasajero en nuestra historia moral. Y en cualquier caso, esa es la labor de los relatos: se supone que deben demostrarnos que es posible la belleza, especialmente cuando resulta menos visible.

Los narradores son los guardianes del faro de la historia: nos indican que los miembros de la humanidad, y su humanidad individual, no

están perdidos mientras se aferren a la balsa salvavidas del amor. Pero rara vez nos dicen cuánto amor hace falta, o si hay suficiente amor en nosotros para salvarnos unos a otros.

Así, en el mundo *real*, para la gente *real*, persisten ciertas preguntas: en los momentos en que parece que la materia oscura de la humanidad ha prevalecido sobre nuestra determinación de amarnos los unos a los otros, ¿cuánto amor hace falta para redimir nuestra fe en el amor? ¿Seguimos siendo capaces de amar al ser humano cuando este actúa como si nunca hubiera sabido qué es el amor? ¿Podemos redefinir el amor en toda su realidad cuando todo lo que le rodea parece falso, manido y barato?

*

Cada vez que necesito tomarme unas vacaciones de «nuestro tiempo» y quiero volver a principios del siglo XX me paso por la antigua oficina de correos de la calle Martićeva de Zagreb. Es un lugar donde se exhibe constantemente la broma pesada de la vida: que aquellos a los que les queda menos tiempo son también los menos capaces de correr. Gracias al movimiento a cámara lenta de los ancianos, los únicos que todavía acuden a la oficina de correos, en la calle Martićeva los minutos se alargan, y uno tiene tiempo para hacerse preguntas.

Mi rincón favorito de la oficina de correos es el pequeño quiosco de libros, material de papelería, recuerdos y rosarios. Lo lleva una señora mayor que organiza constantemente las cajas recién llegadas: libros publicados por personas normales para personas normales. Clasifica sus existencias plácidamente anodinas en tres secciones: libros religiosos, principalmente de oraciones; libros de cocina, casi todos de cocina tradicional; y novelas románticas, en su mayoría escritas por aprendices de Barbara Cartland. Todos ellos tienen portadas maravillosas, con imágenes borrosas recortadas y pegadas de sitios web elegidos al azar y títulos escritos con tipos de letra de aspecto romántico, todo ello bañado en todos los tonos posibles de rosa. El quiosco es como una piedra de Rosetta que permite a alguien como yo, que vive por y para los libros, aprender sobre otros que leen para alegrarse la vida.

En una de mis visitas, estoy allí, en mi rincón favorito, intentando absorber el efecto acumulativo de todas esas novelas. Debo de parecer perdida, porque al final la señora me pregunta en croata si necesito ayuda, y yo le respondo en inglés, señalando cada una de las secciones de libros:

–Come… reza… ama… –Ella parece desconcertada durante un segundo, así que se lo traduzco–: ¡Julia Roberts!

Tras su sonrisa vacilante intenta decidir si debe rechazar a esta «elitista» con un rostro enfurruñado o mostrarse despectivamente educada. Llaman a mi número desde el mostrador, así que me alejo, muy despacio, mientras me pregunto por qué soy tan reacia a hablar o escribir sobre el amor cuando en realidad resulta tan fácil como hornear una tarta croata mientras rezas tres avemarías.

Amar es un verbo tan impreciso que su objeto puede ser cualquier cosa, desde los zapatos hasta Dios. Se puede pronunciar la palabra en el tono más solemne, pero también puede soltarse con la risita más frívola. Para un narrador, tocar el tema es como meterse en la boca un chicle ya masticado.

Pero si nos resulta tan fácil hablar del amor, en parte es porque apenas tenemos nada más de que hablar, al menos con la misma comodidad que sentimos al abordar este tema en concreto. Cuando la política, la ciencia y todos los demás asuntos relacionados con la condición humana se han convertido en auténticos campos minados de polarización, la palabra *amor* parece ofrecernos el único espacio seguro para comunicarnos sin peligro de animadversión. En nuestro mundo terriblemente dividido e injusto, el tema del amor funciona como un cajón de arena en el que todo el mundo puede hablar y jugar sin preocupaciones. Con el tiempo nos hemos acostumbrado tanto a limitarnos a ese cajón de arena y a depender de él que hoy en día hasta las más épicas de las narraciones distópicas pueden resolverse aparentemente en la secuencia final con la misma consigna: el amor nos salvará a todos. El amor es el manitas polivalente de nuestra época. O, como mínimo, una tirita larga como el ecuador y ancha como el océano.

La hipocresía de esta abundancia de amor se ha normalizado hasta tal punto que, cuando la gente reivindica su dignidad o su igualdad de derechos, los poderosos reaccionan con sorpresa: «¡Pero si nosotros os queremos!» Y de forma harto conveniente, cuando se rechaza la hipócrita representación de amor de los poderosos, en nuestro mundo inmensamente injusto cualquier protesta que reclame igualdad de derechos, justicia o dignidad puede retratarse como ausencia de un corazón amoroso.

Piensa en los polis estadounidenses hincando la rodilla ante los manifestantes de Black Lives Matter. Era lógico y justo que el movimiento respondiera: «Vale, pero no queremos vuestro amor, queremos justicia», una respuesta interpretada como «rabia negra» por quienes estaban convencidos de que el amor es la respuesta a todas las preguntas. Solo unas horas después, aquellos mismos polis aporreaban los cráneos de aquellos mismos manifestantes.

La tragedia es que nuestras líneas de comunicación están tan bien calibradas para esta dualidad de «me quiere o no me quiere» que incluso quienes son conscientes de este lamentable estado del amor a veces se encuentran clicando «me gusta» en una foto para expresar su indignación ante la imagen de otro manifestante negro golpeado por exigir justicia.

*

Gracias a una abundante investigación psiquiátrica, sabemos que el verdadero daño a largo plazo de aquella guerra no se produjo en las selvas de Vietnam, sino cuando los jóvenes volvieron a casa y vieron que a nadie le importaba lo más mínimo. Sus mentes no podían afrontar el hecho de que hay realidades distintas entre las que uno debe moverse con una flexibilidad que los seres humanos no siempre pueden manejar. En cierto modo, en lo que respecta al amor en el siglo XXI, todos somos como soldados que están experimentando o presenciando constantemente una guerra brutal, pero de quienes se espera que se muestren afables y conformistas en otra realidad en la que todo el mundo es todo corazón, corazón y solo corazón.

No me refiero solo a los policías que se arrodillaron en señal de reconocimiento de una injusticia que pronto ayudarían a perpetuar. No, este alucinante y prolongado Vietnam resulta más insidioso. ¿Nunca has tenido que intentar forzar una sonrisa genuina cuando te han organizado una fiesta sorpresa de cumpleaños, sabiendo al mismo tiempo que los que te cantaban «Porque es un muchacho excelente» podrían callar como tumbas si te despedían al día siguiente? Esa oferta de trabajo que te invita a «unirte a la familia», con todas las palabras de cariño que la acompañan –y últimamente incluso un par de simpáticos emojis–, no entraña el amor que pretende dar a entender.

Esto es lo que ocurre en un sistema en el que superficialmente tenemos montones de amor pero todos sabemos que casi nada de eso es real. El problema no es la falta de amor, sino esa otra realidad, la afable y conformista, en la que fingimos que hay amor en abundancia. De ahí que, pese al volumen aparentemente desbordante de amor del que disponemos, el mundo siga pareciendo un orfanato en el que quienes carecen de amor quieren arrancarte un trozo de carne. Millones de rostros, cada minuto del día y de la noche, suplican «¡Ámame!» en la pantalla, y la finitud del ser se ve impotente ante esta demanda masiva.

Así que la pregunta es: como persona a la que le ha tocado nacer en este momento de la historia, ¿cómo puedo amar y hablar de amor en medio de este prolongado Vietnam? ¿Sigue siendo posible concebir a los seres humanos como amigos cuando tener cientos de amigos en

Facebook pasa por amistad? Cuando *amistad* es en realidad un nombre en clave para aludir a nuestra red de contactos, a la vulgar reciprocidad de nuestras vidas orientadas a los negocios, ¿dónde queda el ideal del amor? Y por último, cuando nuestras máquinas inteligentes pueden imitar los gestos de un amigo cariñoso y a la vez ser compañeros omnipresentes, ¿por qué habríamos de seguir prefiriendo a los imprevisibles humanos?

La más importante de todas estas preguntas es: ¿podemos seguir teniendo amigos, y amar a nuestros amigos, aunque nos parezcan tan poco dignos de amor en tantísimos aspectos? Consagrándose con entusiasmo a líderes fascistas aunque no haya opresión; adorando un sistema económico que está matando el planeta y matándolos a ellos; propinando orgullosos puntapiés a los niños refugiados cuando nadie les manda hacerlo... Hoy las masas se parecen a aquellos hombres ojerosos sentados en la mesa de la ruleta rusa de la película *El cazador*: buscan su alma en su Vietnam, justo el mismo lugar que les hizo perderla. Muchos de nosotros nos hemos encontrado gritando: «¡No lo hagas!», pero en vano. Y a veces es aún peor: nuestros ojerosos amigos se quitan la pistola de la sien, se acercan al otro lado de la mesa y nos la ponen en la frente porque nos hemos atrevido a hablar del amor como el verdadero hogar mientras el público, sediento de sangre, forma corazones con las manos.

El hecho es que el amor, reducido a un nivel tan banal, se convierte en cómplice involuntario del mal. Y si ese amor distorsionado ya no cumple su propósito en esta época turbulenta, entonces necesitamos una nueva clase de vínculo. La interconectividad de los problemas de nuestro planeta nos obliga a concebir una mayor conectividad entre los seres humanos que lo ocupan. Pero ¿cómo vamos a introducir el amor entre amigos en nuestra vida pública sin ponernos sentimentales con nuestra propia especie y acabar decepcionados por ella?

–Tal vez sea hora de que limitemos nuestras relaciones a una respetuosa amistad –dijo el joven, exhibiendo su hermosa y avispada sonrisa proximooriental.

La sala de conferencias de Diyarbakır, una ciudad del sureste de Turquía de población mayoritariamente kurda, prorrumpió en una solidaria ovación.

Yo respondí desde el estrado:

–Es una propuesta genial. Pero en ese caso ¿nos elegiríamos el uno al otro? ¿Me elegirías a mí? ¿A la turca que te ha oprimido y explotado todo este tiempo? Yo, desde luego, te elegiría a ti.

Aunque el tema de conversación parecía sombrío, la atmósfera de la sala de conferencias se aligeró de inmediato. Nuestra relación ya no

era una obligada carga, sino una cuestión de decisión, de libre albedrío. De repente las palabras que empezamos a utilizar parecían novedosas, lo cual resulta bastante raro cuando llevan el peso de una historia larga y teñida de sangre.

Éramos astrónomos a los que algo les recuerda que el universo es más grande que sus agujeros negros.

Además de permitir toda clase de metáforas –en comparación con la rigidez del inglés–, mi lengua materna tiene otra maravillosa ventaja para los narradores y los poetas: en turco no existen los géneros femenino y masculino.

Así, a diferencia del inglés *brotherhood*, un término que significa «hermandad» o «fraternidad», pero con un claro sesgo masculino –en tanto deriva de *brother*, «hermano»–, el término equivalente en turco carece de dicho sesgo y resulta definitivamente más poético: *kardeşlik*, cuya raíz significa «compartir el mismo vientre», aunque su uso no se limita a los lazos de sangre. Como cualquier otra palabra de cualquier otro idioma, *kardeşlik* tiene una historia compleja para los hablantes nativos. En una tierra en la que hay varias minorías étnicas, comunidades políticas hostiles y una larga lista de venganzas, el término suele utilizarse para ocultar los conflictos no resueltos de la historia política con el fin de mantener la unidad mediante un sentimentalismo forzado. El poder político dominante utiliza con frecuencia la idea de que «en este país todos somos hermanos» con un subtexto opresivo, funcionando como una especie de silbato para perros que llama a la gente a someterse a ese código familiar común en el que se supone que los secretos del pasado no deben cuestionarse.

De modo que el joven de Diyarbakır estaba proponiendo de hecho una salida revolucionaria a la trampa política en la que mi país lleva décadas atrapado. Aquel día de 2010, su propuesta de amistad, en contraposición al concepto de *kardeşlik*, sonó a fantasía a muchos de los presentes en la sala de conferencias. Hoy, en cambio, cuando la polarización hostil que se aprecia en varios países ha creado nuevas mesas de ruleta rusa, puede que sea hora de explorar la idea de la amistad como una vía de salida de nuestro prolongado Vietnam.

La cuestión de cómo debemos amarnos los unos a los otros como miembros de la humanidad ha preocupado a los filósofos y pensadores políticos desde que Aristóteles empezara a hablar de la amistad. Spinoza recogió el balón en el siglo XVII y marcó un gol épico a favor de la amistad en el pensamiento laico. En el siglo XX les siguieron primero Hannah Arendt y luego el genial filósofo francés Jacques Derrida. Son varios los pensadores que se han devanado los sesos –y siguen haciéndolo– para responder a estas preguntas: ¿Podemos concebir a los seres humanos como amigos para crear un mundo mejor y unos vínculos más humanos para nuestra especie? Y en caso

afirmativo, ¿cuáles son los componentes de esa amistad?

Apenas hace falta señalar que la hermandad tiene jerarquías inevitables; que la noción de ciudadanía ya no se sostiene como antes de la década de 1980, cuando la idea del Estado social aún seguía viva y la globalización no era tan obvia como hoy; que el concepto de camaradería suena irónicamente retro cuando se utiliza en el contexto del sarcástico *Zeitgeist* actual; ni que los lazos comunitarios basados en la identidad, una vez cumplido su cometido político, han caducado debido a su efecto reduccionista en nuestra existencia política y moral. Ninguno de esos vínculos imaginados nos brinda el tipo de solidaridad de mayor alcance que necesitamos hoy.

La amistad, con su propuesta innata de dignidad, el fino equilibrio entre distancia e intimidad –y su capacidad para acomodar esas virtudes de modo intrínseco–, parece ser la única forma de relacionarnos para seguir siendo humanos. Teniendo en cuenta que incluso la mera mención del término como posibilidad política puede transformar uno de los conflictos más anquilosados del mundo, como ocurrió en Diyarbakır en 2010, tengo la esperanza de que también pueda activar el gozo de pensar juntos a una escala más amplia.

Es fácil adaptar la cuestión a otros conflictos: ¿Elegiría un afroamericano a un poli blanco? ¿Los argelinos elegirían a los franceses? ¿La llamada generación Windrush elegiría a los británicos? Uno no puede menos que sorprenderse al ver la frescura que se respira en las conversaciones cuando se formula la pregunta, pues todos sabemos que la amistad es la forma última y más sofisticada de justicia.

Dejando aparte la cuestión práctica y de *realpolitik* de cómo materializar la amistad en los diferentes contextos de nuestra vida pública para suscitar una conversación colectiva de la que me encantaría formar parte, conviene clarificar algo: lo que constituye el núcleo de este tipo de amistad a gran escala no es el amor sentimental, sino una postura moral; un compromiso para adquirir y mantener cierta perspectiva de la vida y de la humanidad.

El 22 de julio de 2019 me encontraba recogiendo piedras con mi madre en la costa de Lesbos. Estábamos, una vez más, en la playa a la que acudíamos todos mis cumpleaños, una nueva tradición que establecimos cuando tuve que dejar mi país.

Y en 2019, mi regalo de cumpleaños fueron dos puñados de piedras en forma de corazón. Todavía las tengo en mi piso de Zagreb. Las guardo porque me recuerdan la conversación que tuvimos mi madre y yo. Sin embargo, algunas de esas piedras no tienen forma de corazón en absoluto.

–¿Que proceso mental subyace a recoger piedras en una playa? ¿Cómo estableces las pautas? ¿Por qué cambias esas pautas al cabo de un rato? –le pregunté tras comprobar que las piedras que recogíamos habían empezado a no parecerse unas a otras.

Mi madre es pintora, por lo que la lógica y el significado de las formas revisten especial importancia para ella, y, sin embargo, no parecía haber una lógica clara en las piedras que elegía.

–Me refiero a que, cuando empiezas a recoger, decides elegir solo un tipo de piedra –me expliqué–. Pero luego, de algún modo, otras empiezan a parecer también dignas de ser conservadas. Así que, ¿qué es lo que nos hace alterar nuestra pauta inicial?

Ella me respondió:

–Supongo que es porque, si miras lo suficiente, empiezas a ver su belleza.

Como se trataba de mi madre, pude decir lo que normalmente no habría dicho:

–O quizá las piedras empiecen a devolvernos la mirada para que nosotras empecemos a fijarnos en ellas.

Nos reímos ambas, y mi padre hizo su clásico comentario:

–Vosotras dos no sois normales.

Ver el corazón de la piedra, o encontrar un corazón en ella, requiere una forma de mirar moldeada por una amorosa atención. No una mirada crítica que sopese el valor de la piedra, ni una mirada escrutadora que vea sus aspectos discordantes. Lo que hace que la piedra «nos devuelva la mirada» es esa atención omnímoda que de repente nos hace ver cierta familiaridad en ella.

Trabar amistad no es muy distinto. Al principio es solo una puntada suelta iniciada por una mirada cálida que permite a la otra persona devolvernos la mirada a su vez. El resto de la relación depende de lo que ambas tejen con sus palabras para dar sentido al mundo y darse sentido mutuamente. Y en épocas de absoluto sinsentido –sí, hay periodos así en la historia– la conversación de los amigos sigue estando ahí para crear sentido desde cero. Cuando la amistad tiene una base sólida que le permite madurar, los amigos y la conversación con ellos acaban convirtiéndose en la fuerza gravitatoria de la propia vida. La amistad es la confirmación más profunda del individuo como ser humano. Es la confirmación de que eres capaz de ver la belleza en la humanidad y el reconocimiento último del hecho de que también tú eres humano.

Si ampliamos este tipo de mirada cálida a la escala de toda la humanidad llegamos a un concepto muy cercano a *Ubuntu*. Este término filosófico bantú se popularizó en el mundo occidental gracias

a varios pensadores africanos, el más reciente de los cuales es el clérigo y teólogo sudafricano Desmond Tutu. Según esta noción, los humanos no son seres independientes; ser humano es, de hecho, un ser *nosotros*. Se trata de algo muy parecido al amor entre amigos en el que se ha explayado la filosofía occidental desde Aristóteles, y al tipo de amistad por el que aboga este capítulo.

Pero entonces, ¿dónde deja eso a mis piedras en forma de corazón? ¿Puede un ser sin palabras formar parte de este proceso que da sentido al mundo? ¿Puede unirse a la conversación amistosa que conforma este gran *nosotros*? Si se sigue esta línea de pensamiento, se llega a las puertas de Spinoza en el mundo occidental y de Mansur Hallaj en el hemisferio oriental, este último condenado por herejía en Irán en el siglo I (de la Hégira, siglo X d. C.) por decir cosas similares a las que escribiría Spinoza. El tipo de amor que inspira unidad no ha sido ni es apreciado ni por la gente corriente ni por los poderosos. Aun así, podemos y debemos imaginarlo un poquito más cerca de la realidad actual y de nuestra vida cotidiana.

—¡Me rindo!

Especialmente en los países en los que se moviliza y organiza la ignorancia para convertirla en una identidad política que defiende «el mal de la banalidad», no dejo de ver a la gente, especialmente a los jóvenes, expresar el mismo hastío moral y político, tanto en las redes sociales como en carne y hueso. En varias lenguas, personas que antaño podrían haber sido el amigo implorante en nuestro prolongado Vietnam proclaman su agotamiento emocional ante la confiada inclemencia de lo banal y lo vulgar, que hoy llega de todas partes.

Sin embargo, como narradora, mi papel consiste en recordar a todo el que quiera escucharlo que el amor requiere cierto tipo de atención, y que la fácil desesperación de renunciar a lo humano constituye solo un momento transitorio. Nuestra interminable tarea consiste en recordar que amar a otros humanos no es algo que pueda controlarse mediante un interruptor de encendido y apagado, no es un momento de sentimentalismo espontáneo. Amar a los seres humanos es un compromiso que exige un trabajo serio.

El pobre Spinoza llevó todos los días la misma chaqueta hasta su muerte. La chaqueta tenía un roto en la espalda, consecuencia de un intento de linchamiento en Ámsterdam al que sobrevivió por los pelos. Durante sus años de exilio probablemente quiso tener presente lo que puede ocurrir cuando se intenta ser amigo de toda la humanidad. O tal vez quería mostrar a los demás las heridas causadas por la oscuridad en los seres humanos. En cualquier caso, su acrisolada fe en la palabra y su profunda reflexión sobre el concepto de amistad siguen siendo

insuperables, lo que nos dice que las heridas que puedan producirse a causa de dicha fe no son nada comparadas con el potente ideal de la amistad entre los seres humanos.

Y Hannah Arendt, por su parte, sostenía que esa concepción de la amistad debía estar libre de sentimentalismos, pues también ella había experimentado una terrible decepción: su amado y mentor, Martin Heidegger, se unió al Partido Nazi en 1933, el mismo año en que ella fue encarcelada por la Gestapo. Esta extraordinaria mujer hubo de reflexionar sobre el perdón durante casi treinta años, de la forma más despersonalizada posible, mientras probablemente intentaba superar su personalísima congoja.

Durante miles de años, mucho antes de Jesucristo, quienes hablaban del amor a los humanos y de la posibilidad de concebir a todos los seres humanos como amigos fueron asesinados, torturados, exiliados y condenados por los poderes políticos con el apoyo y la aclamación de las masas. Esta bonita imagen de la historia de la humanidad resulta tan descorazonadora que a veces a una le da por pensar que todos esos libros sagrados que predican el amor y el perdón no están ahí para curar la materia oscura de la humanidad, sino para desear paciencia a quienes son capaces de ver el *nosotros*.

Pero la idea del amor a la humanidad y de la amistad eterna perduró, al igual que la determinación de quienes expresaron estos ideales. Naturalmente, los finales sangrientos de tales figuras históricas llaman más nuestra atención que el hecho de que hayan aparecido y reaparecido una y otra vez a lo largo de la historia con una terquedad inquebrantable. Esta persistencia debería servir como un crudo recordatorio de que el único apoyo disponible en un mundo así, en el que se necesita una gran determinación para seguir amando a la humanidad contra viento y marea, es la amistad. Ese es el fundamento sobre el que confirmar y reinventar la razón de amar. El único lugar en el que uno se deshace de las reservas para amar y recuerda su propia humanidad. Solo cuando esa atención amorosa se dirige a los extraños como un acto moral y político, se puede establecer el vínculo por el que han muerto tantas personas desde Mansur Hallaj. Solo cuando uno conoce la historia de esta parte concreta de la historia del pensamiento se hace consciente de la gravedad del asunto, y de la propia responsabilidad de mostrarse algo más resuelto en nombre de nuestros amigos ya fallecidos que caminaron por esta tierra.

Además, sentirse decepcionado con la humanidad constituye una reacción de lo más banal, y ese desengaño no requiere ningún esfuerzo en absoluto. El amor a otros seres humanos no es un club de corazones rotos; es una responsabilidad filosófica y política que debe trabajarse con todas las facultades de la mente, a veces llevando al límite nuestras aptitudes mentales y emocionales. Es una acción política

perpetua y una postura moral no apta para pusilánimes. Es la invitación más seria a cuestionar la sangrienta historia de la humanidad. Un acto de resistencia, si se quiere. Y así es como se hace.

Cuando uno se convierte en escritor profesional, sea lo que sea eso, en realidad habla más que escribe. En nuestros tiempos se espera que quienes hacen mi trabajo actúen de determinadas formas: con solemnidad y cierto aire de gravedad en el hemisferio oriental, y, en el occidental, con agudo ingenio y ligereza. De modo que en el otoño de 2014, en Bruselas, tenía bien ensayada mi actuación habitual con una mujer llamada Annelies Beck.

«Es una famosa presentadora de televisión y novelista –me habían dicho–. Va a hacerte la entrevista en el escenario.» De modo que, cuando empezamos el bolo, seguí el protocolo occidental de persona afable: bromas autocríticas finamente ajustadas como signo de humildad, y unos pocos halagos sin demasiado entusiasmo. En términos generales se trata de modales cortesanos modificados para la clase media culta del siglo XXI. La única motivación que me mantiene intacta durante esas noches es que pronto estaré de vuelta en la habitación de mi hotel, donde podré ver una película antigua e irme a dormir.

Así que, como suele ocurrir, yo había puesto el piloto automático cuando Annelies me dijo:

–¿Y qué me dices de tu madre? Aunque no la mencionas en el libro, me pareció que tu novela, *Mujeres que soplan en los nudos*,[1] en realidad trata de tu madre.

Todo el mundo pudo oírme tragar saliva a través del micrófono y los altavoces situados a ambos lados del escenario. En el prolongado Vietnam de este mundo, ¿quién prestaría tan delicada atención a mis palabras? Si respondo a esta pregunta tan íntima, todos esos desconocidos sabrán también la respuesta. Pero ¡con qué paso tan ligero se acerca al núcleo de mi historia! ¿Puede ser tan pura la curiosidad acompañada de una sonrisa tan genuina? ¿Es mejor hacer mis clásicos movimientos de evasión? ¿Es esta otra piedra que llevar a casa solo para descubrir que no tiene forma de corazón?

Exhibí una larga sonrisa fingida. Ella me devolvió la sonrisa, y, por alguna razón, las dos empezamos a reír a carcajadas. Fue un momento extraño para el público, pero para cada una de nosotras, dos mujeres en un estado de indefinición intermedia –periodista/escritora, profesional/no del todo, fingiendo/no fingiendo, reservada/no del todo–, supuso arriesgar la admiración de los asistentes para conectar con una absoluta desconocida al nivel más profundo posible sin saber si cuajaría.

En aquel espacio oscuro de la humanidad en el que habíamos coincidido de manera espontánea, ahora colisionábamos por decisión propia. Desde aquella noche Annelies y yo somos amigas: ella es quien vio en mí la piedra en forma de corazón, y yo soy la piedra que por un segundo tuvo la sensatez de «devolverle la mirada». Y fue solo gracias a que ella se tomó tiempo para leerme; no mis libros, sino a mí. Así, ambas mujeres nos hemos establecido como una línea de resistencia frente a la materia oscura de la humanidad.

Es hora de volver a la oficina de correos de la calle Martićeva de Zagreb para observar algo a lo que quizá antes no hayamos prestado la suficiente atención.

Sí, mostrar amistad hacia los extraños, esa resistencia auténticamente pura frente a la oscuridad humana, requiere tiempo y un decidido esfuerzo. Pero la cuestión es: ¿podemos arriesgarnos a movernos a cámara lenta como los ancianos de la oficina de correos? ¿Tenemos tiempo para ello?

Mi respuesta sería que sí, porque la amistad es el único lugar donde puedes dar sentido a la vida a su verdadero ritmo y con el vocabulario innato de la humanidad. La amistad es el único espacio donde se restablecen nuestra dignidad y nuestra capacidad de amar. Pero en ese caso tendremos que correr el riesgo de parecer tan aburridos como los viejos de la calle Martićeva, y tan ingenuos como los que nos precedieron para dar comienzo a esta resistencia. Ese es el precio que hay que pagar para ver el corazón de la piedra. Pero, a fin de cuentas, sale más barato que seguir comprando novelas de amor de imitadoras de Barbara Cartland.

–Desde que empecé a leer libros me he convertido en una persona infeliz. ¿Por qué debería leer si solo me hace desdichada?

Hace años, una mujer muy joven, de hecho una adolescente, me hizo esta pregunta aparentemente inculta. Cuando sus amigas se rieron como si fueran más listas que ella, la duda hizo que se le quebrara la voz.

–Las palabras hacen la vida... –La vergüenza la abrumó antes de que pudiera encontrar el término apropiado.

–¿Difícil?, ¿complicada?, ¿sombría?, ¿solitaria?... –pregunté, escudriñando al público para localizarla antes de que volviera a desaparecer en su asiento. Hice mi apuesta–: Yo diría que peligrosa.

*

Las palabras hacen peligrosa la vida. Una vez que están ahí para que se las lea o escuche, hacen cosas a la gente, y hacen que la gente haga cosas. Ninguna palabra resulta demasiado insignificante una vez señalada para existir mediante letras o sonidos. Quienes trabajan con palabras deben ser tan cuidadosos como un químico que manipule uranio o un biólogo que trabaje con el virus del Ébola. La naturaleza peligrosa de las palabras exige la máxima responsabilidad de los escritores, sobre todo cuando los términos que utilizan tienen una historia sangrienta. Tomemos, por ejemplo, *revolución*.

Últimamente he oído a mucha gente decir: «Lo que necesitamos es una revolución.» Afirman: «Hace falta un cambio de sistema.» Y siempre me quedo perpleja al ver con qué facilidad se pronuncian estas palabras.

¿Acaso no saben lo que esas palabras significan?

No es que yo me oponga a las palabras en sí, pero el terror que evoca «revolución», el caos que exige un «cambio de sistema»... bueno, hay que estar preparado para enfrentarse al insoportable vocabulario que se desencadena cuando entran en escena esas palabras. Porque resulta casi imposible encontrar otras que puedan curar el inmenso dolor y las pérdidas que estas arrastran consigo. Cuando se gestionan mal, las palabras tienen la costumbre de destruir vidas. Solo en contadas ocasiones pueden hacer a las personas más felices de lo que eran.

He visto a demasiados jóvenes sacrificados en el altar de las grandes palabras. Brillantes universitarios que tienen que volver a aprender a

atarse los cordones de los zapatos porque sufren el síndrome de Wernicke-Korsakofftras haber hecho huelgas de hambre que han durado demasiado; chicas adolescentes cuyos rostros se han derretido en incendios provocados en motines carcelarios; una poetisa kurda de mi edad que fue a la cárcel por atracar un banco cuando solo tenía dieciocho años y ya no ha vuelto a salir, aunque en las décadas transcurridas desde entonces solo ha escrito poemas de amor; hombres jóvenes que querían morir quemándose a lo bonzo para prender la chispa que despertara a las masas y ahora siguen viviendo con el cuerpo medio quemado… y la lista continúa. Fueron las grandes palabras que leyeron o escucharon las que activaron la rebelión en ellos cuando el resto del mundo seguía a lo suyo. Al exponer las opciones que planteo en este libro, yo he preferido utilizar palabras más pacíficas –aparentemente más pequeñas y seguras– que tuvieran en cuenta la despreocupación del mundo en el que se pronuncian.

Sin embargo, no tengo claro que ninguna palabra sea ya segura. Porque el momento en el que nos encontramos es *ahora*.

Ahora es cuando se requerirán esas grandes palabras, y ya no importa que seamos o no lo bastante valientes para pronunciarlas. El «cambio de sistema» ha empezado ya. Hoy, a escala global, las masas, durante largo tiempo consideradas indiferentes a la política y a los asuntos mundanos, están retirando su presunto consentimiento al sistema, ya sea con un grito estruendoso o mediante la desobediencia silenciosa. A falta de consentimiento, el sistema recurre a caudillos para protegerse, retener el centro y utilizar su ilimitado poder para mantener el dominio. La locura política y moral que se nos impone desde las altas esferas es consecuencia de esta nueva dinámica.

Ya no se trata de una cuestión política abstracta, sino de algo más cercano, y también más peligroso. Todos conocemos a algún colega religiosamente devoto de un dictador que considera a cualquier crítico un enemigo del pueblo, o a algún vecino que cree que Occidente debe permanecer incontaminado, o a algún compañero de viaje que ha optado por no llevar mascarilla porque cree que la covid-19 es un bulo, o, si uno vive en Estados Unidos, a algún ferviente antiabortista que se planta en la puerta de una clínica armado hasta los dientes… Estas multitudes son congregadas y movilizadas por caudillos que han sacudido el terreno político y moral con sus propias palabras potentes y enfermizas, generando una inestabilidad incesante. No es casualidad que los dictadores de nuestro tiempo proclamen todos el mismo mensaje: «Si caigo yo, caemos todos.» Un sistema que se desmorona amenaza con arrastrarnos consigo, junto con nuestra fe en todo lo que ha erigido la humanidad: en todos los consensos morales, políticos y científicos.

Así es como la nueva forma de fascismo ha abierto y seguirá

abriendo una grieta en la normalidad, un estado que ya venía mostrando signos de desgaste. Hoy podemos determinar en qué dirección se extenderá esa grieta en virtud de las palabras que decidamos pronunciar y que adoptemos como base sobre la que actuar. Porque en este momento del tiempo, pese al espectáculo de los caudillos que han secuestrado nuestras democracias, nadie tiene realmente el control.

El Estado de derecho está desapareciendo, a diferentes velocidades en distintos lugares, y en todo el planeta los consensos básicos de la moral se están convirtiendo en una cuestión de decisión personal. Es el comienzo de un reino más sombrío, donde los hombres se comen unos a otros. Gracias a mi país, que emprendió este camino hace años, resulta que sé lo que se siente al estar al borde de esa grieta cuando se abre, y al verse constantemente succionado y escupido por una centrifugadora política. Pero solo cuando estamos plenamente consumidos por esta locura perpetua, y por el miedo a lo que podría hacer con nuestras vidas, surge la necesidad de repensar nuestras ideas sobre la vida y sobre lo que significa ser humano. Este libro, con sus diez opciones, es mi respuesta a dicha necesidad.

Después de haber sufrido los manotazos, los zarandeos y el vértigo de esta nueva forma de fascismo, muchos se encontrarán en ese solitario lugar donde se materializa la insidiosa pregunta: «¿Somos los seres humanos malos por naturaleza? ¿Merecemos existir siquiera?» Para seguir adelante, para no dejar de ser humanos, tendremos que recuperar nuestra fe en la humanidad.

Mientras tanto, nos quedará claro que la manifestación constante de ira no cambia nada en nuestra realidad política, sino que más bien nos convierte en una audiencia ideal para el fascismo; exhaustos por la furia, pero totalmente irrelevantes. Para ver y revertir el mecanismo que opera tras el espectáculo se requiere una incesante atención.

Cuando sentimos que estamos rodeados de una ignorancia organizada y movilizada y que la esperanza ha desaparecido, es nuestra determinación lo que realmente nos hará sentir mejor, y no que alguien nos cuente relatos tranquilizadores sobre la esperanza.

Cuando veamos que son cada vez más quienes sucumben al escepticismo o al nihilismo, o se retiran a sus espacios seguros cada vez más reducidos, necesitaremos mantener intacta la idea de la amistad, no necesariamente porque seamos personas sociables, sino porque anhelaremos entender y ser entendidos. Cuando la polarización y el desmoronamiento de las instituciones dañen nuestros vínculos políticos y sociales convencionales, como la ciudadanía o la pertenencia a un partido, sentiremos la necesidad de tener una conexión más sólida con los de nuestra clase. Cuando la materia oscura de los seres humanos se vea vigorizada con suficiente fuerza

por esta nueva forma de fascismo que engendra violencia y represión, a la vez que depende de ellas, surgirá una nueva necesidad de fortalecer la palabra más antigua, una palabra que ha sobrevivido a genocidios y guerras mundiales: *amor*. No sus abundantes expresiones superficiales, sino el auténtico y decidido amor humano. Tras haber experimentado todos los problemas de la historia humana, esta palabra no puede morir en nosotros.

Todo esto será relevante y parecerá sustancial una vez reconozcamos la realidad que estamos viviendo: toda la locura de nuestro tiempo es consecuencia del colapso de un sistema, no del colapso de la humanidad. Todos nosotros deberíamos repetir esta distinción hasta que se convierta en el *Zeitgeist*.

Si no lo hacemos juntos, todas esas palabras humanas sobre las que he decidido reflexionar y que he elegido salvar de la tormenta actual no habrán servido de nada.

—¡No puedo respirar!

En 2020, estas últimas palabras de George Floyd antes de morir asesinado por una llave de estrangulamiento bajo la rodilla de un policía resonaron en todo el globo. Aunque muchos afroamericanos antes que él habían muerto diciendo esas mismas palabras, el último grito de Floyd se convirtió en la consigna de la que sería la mayor movilización negra de la historia. Parecía que había llegado la hora. Mientras tanto, el mundo trataba de sobrevivir a una pandemia que había asfixiado a más de un millón de víctimas. Su grito agonizante era idéntico e igualmente terrible: «¡No puedo respirar!» Justo antes de la pandemia, los jóvenes del planeta ya advertían a la humanidad: «Si no cambiáis el sistema, pronto no podremos respirar.» Y aun antes de eso, el clamor por poder respirar se había extendido a través de los continentes durante décadas: refugiados apretujados en camiones de carne; gente explotada en abarrotados talleres de trabajo esclavo; niños atrapados en sótanos durante la tercera guerra mundial dispersa que se estaba produciendo en África y Oriente Próximo; mujeres jóvenes a las que no se les permitía salir de casa; trabajadores fabriles con escoliosis causada por el proceso de limpiar la tela vaquera con un chorro de arena; empleados de oficina que sufrían el síndrome del edificio enfermo, y todos aquellos cuyas voces se consideraban insignificantes y que habían olvidado que uno solo respira a pleno pulmón cuando se dispone a gritar.

Muchos piensan que existe una infinita variedad de problemas y que cada uno de ellos exige soluciones distintas. Pero vivir en la era de las diferencias, y exagerar esas diferencias, no hace sino desdibujar el hecho de que a estas alturas ya somos bastantes los que hemos

aprendido qué es la asfixia. ¿No está suficientemente claro que todos estamos negociando con el sistema por un solo aliento?

Busco palabras irrefutables para que podamos reunirnos en torno a ellas y permanecer juntos durante esta negociación con nuestro tiempo. La palabra *democracia* no nos sirve, y exigir derechos humanos ya no estimula a las masas como antes. Por eso prefiero *dignidad*.

Necesitamos palabras que estén demasiado cerca del corazón humano para verse repelidas en nuestra peligrosa esfera de comunicación, palabras que no puedan desgarrarse por la polarización política. Esas palabras deben ser tan indispensables como respirar, y tienen que significar lo mismo en todas las lenguas. Deben ser palabras tras las que podamos caminar juntos, con la misma naturalidad y facilidad con las que reclamamos nuestro derecho a respirar. Y cuando nos sofoquen, si es que lo hacen, sabremos claramente que nos han negado ese derecho a respirar. Solo entonces, cuando se clarifique la confrontación, podremos pasar a las grandes palabras que evocan sangre y dolor.

Juntos, como palabra a la vez que como título de este libro, entraña una propuesta política además de moral. Lo que veo en el mundo actual es que las instituciones políticas convencionales están demasiado dañadas para ofrecer una solución a los retos políticos que afrontamos. Tanto las instituciones nacionales como las internacionales han perdido los últimos restos de su prestigio, por no hablar de su ya problemática autoridad moral. Todos los acontecimientos políticos positivos que hemos presenciado en las últimas décadas han procedido de nuevos organismos políticos, de movimientos que se han desarrollado en torno a los antiguos o al margen de ellos. Todos sabemos que estos movimientos políticos no han bastado para curar el sistema. Sin embargo, todos ellos han transformado nuestra percepción del mundo y de nosotros mismos. Han creado nuevos vértices de triangulación moral y política para ayudarnos a percibir una nueva dirección en la historia. No han sido tan decisivos como la penicilina ni tan invasivos como la cirugía; han actuado más bien como anticuerpos, ayudándonos al menos a sobrevivir hasta ahora a la enfermedad. Pero lo que sí puede afirmarse de todos esos acontecimientos políticos es que han tenido lugar cuando nos hemos unido y hemos actuado todos juntos.

Juntos, pues, es la única palabra que podría resultar peligrosa y que decido incluir como ingrediente de este nuevo anticuerpo político y moral. Sin embargo, mi decisión no servirá de nada a menos que tú, querido lector, decidas lo mismo. Porque, quizá de manera sorprendente, es en los momentos en que la palabra parece más peligrosa cuando la necesidad de unirse parece más inevitable.

*

Durante el maldito año 2020, cuando más necesitábamos estar juntos y menos lo estábamos, se produjo un hecho curioso en todos y cada uno de nosotros, y ese hecho me recordó a mi difunta abuela.

Ella fue una de las últimas nómadas del sur de Turquía y, contradiciendo su naturaleza, se casó con un «constructor de cimientos» (tal es el significado de mi apellido actual). Cuando se hizo evidente que yo había heredado algunas de las cualidades de mi abuela, ella me advirtió:

–El zapato que se aleja demasiado, vuelve lleno de mierda.

Sin embargo, aquella mujer, que guardó una pistola hasta su muerte, se sentía secretamente orgullosa de mis genes nómadas y del conjunto de aptitudes que los acompañan.

Nómadas o no, durante el año 2020 ninguno de nosotros debía viajar ni juntarse con otras personas. Estar codo con codo con otros implicaba arriesgarse a morir de la peor manera. Pese a ello, nuestros cuerpos y mentes seguían rechazando ese cambio repentino, y muchos de nosotros, arriesgándonos a volver a casa llenos de auténtica mierda, viajamos para juntarnos, dentro de las ciudades y entre distintos continentes. Cada vez que nuestros cuerpos se inclinaban unos hacia otros teníamos que hacer un gran esfuerzo para mantener la distancia. Estar solos, algo que tanto creíamos necesitar, acabó resultando insoportable. Durante ese año muchos ansiaron besarse, abrazarse o simplemente estar con desconocidos en un lugar abarrotado de gente, aunque supiéramos que podíamos volver a casa con alguna que otra mierda.

Juntos debe de ser una palabra arcaica en todas las lenguas. Debió de inventarse para ayudarnos a sobrevivir, o cuando se narraba la historia de la supervivencia. Las nociones que evoca –unirse, agruparse, gravitar hacia lo semejante, integrarse, aparcar las diferencias mientras se está en grupo– pueden parecer demasiado anticuadas hoy día. Al fin y al cabo, los humanos hemos recorrido un largo camino desde acurrucar nuestros cuerpos unos junto a otros para sobrevivir a una noche fría hasta viajar al espacio en solitario.

Hoy necesitamos cada vez menos la palabra en nuestra vida cotidiana, en nuestros pequeños apartamentos tipo estudio, en los cubículos donde trabajamos, de noche con nuestros auriculares, por las mañanas con nuestros teléfonos inteligentes... Sin embargo, los hitos de la vida, el nacimiento o la muerte siguen exigiendo rituales que nos impulsan a juntarnos con otros. Y seguimos sintiendo la enriquecedora alegría de estar juntos cuando se presenta una ocasión de mayor unión, sea un partido de fútbol o una manifestación. Hay una cierta calidez cuando un puñetero lunes el tren se estropea y todos

suspiramos con un sentimiento de frustración compartida, o en la complacencia adicional que experimentamos cuando comemos en un restaurante lleno de gente. Puede que muchos de nosotros ya seamos conscientes de que la necesidad de estar juntos, incluso con desconocidos, nos había pasado a todos inadvertida durante los confinamientos de 2020, cuando caminábamos por calles vacías. Probablemente no fui la única que sintió ganas de abrazar a los otros parroquianos de la cafetería de mi barrio cuando terminó el confinamiento, aunque no conocía a ninguno de ellos.

En ese nuevo marco de distancias cuidadosamente medidas, los únicos rostros felices han sido los de los dictadores: resulta mucho más fácil dirigir un país cuando la gente no puede mantenerse físicamente unida. Al fin y al cabo, la mayor parte del pueblo ha sido incapaz de aunar sus voces contra la opresión, la mentira o la desvergüenza. Todos y cada uno de nosotros hemos comprendido que la unión no es solo una necesidad física o emocional, sino también una necesidad política si queremos que el poder opresor nos reconozca como seres humanos. Ahora sabemos que el hecho de unirse constituye en sí mismo una indispensable declaración política. Es el único acto o estado del ser que ata en corto al poder político que amenaza con asfixiarnos con una llave de estrangulamiento. Hemos aprendido que, si queremos respirar, tenemos que estar juntos.

Puede que no lo hayamos dicho en voz alta, pero hemos sido testigos de lo sucedido: los seres humanos se vieron obligados a elegir cuando salieron a la calle en favor del movimiento Black Lives Matter, cuando los húngaros ocuparon las plazas de la ciudad para protestar contra un dictador, cuando los griegos marcharon junto con los turcos contra la guerra, cuando los barcos de rescate siguieron navegando por el Mediterráneo para localizar a los refugiados que se ahogaban... *Juntos* ha sido nuestra elección incluso cuando resultaba tan jodido como mortífero. Con las mascarillas puestas y el desinfectante en la mano, hemos salido juntos para evitar que la grieta política y moral se extendiera en la dirección equivocada. Y en cada ocasión hemos creído y confiado los unos en los otros con nuestras vidas enfrentadas a un virus invisible pero letal. Era una negociación con nuestro tiempo: o nos asfixiamos aquí y ahora bajo la violencia de los caudillos que gobiernan nuestras vidas, o nos arriesgamos a asfixiarnos más tarde en una cama de hospital. Eso, a mi entender, era peligroso. Pero ha prevalecido la fe en nuestros semejantes.

No necesito más de quince minutos para destruir toda la fe en la humanidad que pueda quedarte. Pero intentar restaurar esa fe requiere leer cientos de libros cuidadosamente seleccionados como preparación

para escribir uno, y todo ello mientras se experimenta una constante lucha interior. Defender la fe en Dios, incluso un siglo después de que se proclamara su muerte, resulta mucho más fácil que demostrar la valía de la humanidad como depositaria fiable de fe.

La fe religiosa presupone perdonar a Dios por toda su injusticia; sin embargo, parece casi imposible un perdón similar para quienes creen en su propia especie. Ese tipo de fe resulta incómoda, dado que implica creer en uno mismo y perdonarse a sí mismo.

Mientras trabajaba en este libro, escribí la misma frase en varias cartas dirigidas a amigos íntimos: «¡Pregúntame si creo en lo que escribo!» La mayoría de ellos supusieron que mi comentario era meramente retórico: al fin y al cabo, creer en nuestra especie en esta época parece cosa de chiste. No es fácil inspirar ese tipo de fe en la gente si, cuando miras al mundo, tus propios ojos están entrenados para ver injusticia, vulgaridad e indignidad. A ello hay que añadir el hecho de que el fascismo me ha robado buena parte de mi vida; el repugnante daño que causó en mi círculo íntimo me llevó a dudar seriamente de la naturaleza humana. Así que, ¿por qué me agobio con este asunto de la fe?

Tras haber reflexionado mucho sobre esta cuestión tan personal y política a la vez, que ha preocupado a personas como yo durante siglos, finalmente he dado con una sencilla respuesta, no menos personal ni política que la propia pregunta: quiero ser libre, y, por lo tanto, quiero perdonar a los de mi especie, sin excluirme a mí misma.

Sin embargo, como muchos otros que no son menos inquisitivos que yo, necesito razones sólidas para perdonar. A diferencia de la creencia religiosa, creer en la humanidad no es un descarado bucle que empieza y termina en sí mismo. Ha de ser algo más que una tautología divina. Debería ser algo más que un *porque sí*. Y *yo* tengo que ser algo más que eso. Personalmente –y políticamente– elegí escribir este libro para ser libre y para ser *más*.

He visto a varios ancianos, en su mayoría mujeres, dejar este mundo con el sentimiento de que la vida estaba en deuda con ellos. Eran personas virtuosas y políticamente comprometidas, que creían que la humanidad podía ser mejor, actuar mejor, y habían dedicado su tiempo en la tierra a hacer que así fuera. Pero al envejecer, contemplando toda la maldad y vulgaridad de su propia especie en el mundo actual, su fe se vino abajo.

La fe –puede que estuvieran demasiado cansados para recordarlo– no resulta de ninguna utilidad para aquel en quien se deposita. Pero, en cambio, sana al que cree, al que necesita creer.

He escrito este libro para sanarme a mí misma después de ver todas las cosas que he visto, que presumo que no han sido menos repugnantes ni más maravillosas de las que tú, querido lector, estás

viviendo hoy. No quiero morir con la sensación de que el mundo me debe algo. Este libro es mi razón sólida para perdonar a mi especie; un testimonio para recordarme a mí misma en los momentos de duda que debo conservar la pasión necesaria para prendarme de mi propia especie por mi propio bien. Es un intento de proteger mi alegría de vivir. Al fin y al cabo, *fui*, y ahora *soy*. Y hace falta escribir un libro titulado *Juntos* para decir: *seré*.

Son palabras peligrosas, pero resultan ser las más liberadoras. Así que, por la presente, elijo decir:

Creo en ti. Fuiste. Eres. Y, juntos, seremos.

MI AGRADECIMIENTO A…

Helen Garnons-Williams, *un día perfecto para el pez plátano*, y simplemente te quiero.

Jordan Mulligan, eres una persona especial y pronto mucha gente lo repetirá. Punto.

Robert Caskie, ahora lo sé: lo que quiero puede que no sea lo que necesito.

Daniel Trilling, gracias por tu paciencia con mi gramática.

Mis mujeres-maravilla: Burçak, Ayşe, Shegül, Aylin, Selen, Annelies, Mika, Petra, Asja, Mateja… Gracias por protegerme de mí misma con los superpoderes que utilizáis con tanta facilidad.

Y, por supuesto, Umut, siempre.

También, Ante, gracias por encender mi estufa cada invierno.

[←1]

El título alude a una frase del Corán que originariamente hacía referencia a la brujería: «Me refugio en el Señor del alba [...] del mal de las que soplan en los nudos» (sura 113). *(N. del T.)*.

Título de la edición original:
Together. A Manifesto Against the Heartless World

Edición en formato digital: noviembre de 2022

Pau Claris 172, Principal 2ª
08037 Barcelona

ISBN: 978-84-339-1685-3

Composición digital: www.acatia.es

anagrama@anagrama-ed.es
www.anagrama-ed.es